

0.4 La dama de la noche y el hijo del amanecer

Selena F.



Capítulo 1

Érase una vez un matrimonio concertado en el que la noche tenía que escoger entre la luz y la tormenta. Una unión que podía traer la paz y la esperanza, o la guerra y la ruina.

Érase una dama de noche y sombras con llamas en forma de serpientes corriendo por sus venas. Una criatura preocupada por su pueblo, tanto que estaba dispuesta a vivir con miles de puñaladas sin cicatrizar en su espalda.

Érase un hijo del amanecer al que intentaron criar al amparo de la penumbra y la niebla. Un descendiente de los dioses que prefería las batallas escritas en papel y tinta en lugar de sangre y ceniza.

Érase una vez la oscuridad de la noche sin luna ni estrellas y la luz dorada del amanecer, unidas por el deber hasta que comprendieron que se necesitaban. Hasta que se dieron cuenta de que una no existía sin la otra.

Capítulo 2

—Va siendo hora de que consideres casarte.

Rhiannon dejó de masticar. Apretó el tenedor con fuerza entre sus dedos para evitar que cayera de su mano y alzó los ojos hacia su padre. El Hijo Predilecto de la Casa de la Sombra y la Niebla tenía sus ojos negros, idénticos a los de su hija, clavados en ella. Se encontraba sentado en la cabecera de la mesa en la que comían, acompañados de la madre de Rhiannon, sentada al lado de su marido, y de sus hermanos más pequeños, los mellizos Iver y Carys. Rhiannon se encontraba al otro lado de la mesa, lo suficientemente grande como para que cupieran al menos otra persona más, pero lo bastante pequeña como para que resultase familiar. Así lo había querido su madre muchos años antes de que ella naciera, y su padre había accedido a su petición, como hacía con muchos otros aspectos de la vida familiar.

Rhiannon tendría que haberse esperado ese comentario. Hacía ya más de dos décadas que había pasado la Turas Mara, así que ya no era ninguna chiquilla. Además, era la hija mayor de un Hijo Predilecto y nunca había mostrado el más mínimo interés por nadie. Ni nobles, ni guerreros, ni simples ciudadanos comunes de la Casa, sin ningún título en su haber. Por lo menos, nadie que su padre conociera.

Rhiannon se encogió de hombros, un gesto muy poco elegante para alguien de su posición. El desagradable sopor que normalmente sentía a esas horas del día se disipó, y sus músculos se tensaron bajo la tela del vestido.

—Supongo.

Desvió la atención de nuevo hacia su plato y cortó un trozo de carne, despacio. Podía sentir las miradas de los otros cuatro presentes fija en ella, la de su madre y la de su padre inquisitivas y expectantes, mientras que los dos chiquillos de apenas diez años contemplaban a sus mayores con inocente curiosidad, repentinamente mudos.

Rhiannon masticó sin prisa antes de volver a hablar.

— ¿Has pensado en posibles candidatos? —preguntó con voz suave y pausada.

Su padre tardó un momento en responder. Su ceño estaba levemente fruncido, con una pequeña arruga entre sus cejas rubias.

—El hijo mayor del Hijo Predilecto del Viento y la Tormenta es un buen partido, sobre todo teniendo en cuenta que esa unión podría traer cierta

paz y una mejor relación entre nuestras Casas. Se llama Darren —añadió antes de tomar un trago de copa.

Rhiannon aprovechó la pausa para considerar las palabras de su padre, Kendrick, antes de que prosiguiera. La Casa del Viento y la Tormenta era el territorio gobernado por fae situado más al sur del continente de Elter, separada de la Sombra y la Niebla por tres Casas más y toda la Tierra de Nadie, pero eso no había impedido que entre ambos territorios hubieran existido algunas las luchas más encarnizadas entre feéricos mayores. Todo por una rencilla estúpida entre su bisabuelo y el Hijo Predilecto que gobernaba por aquel entonces esa Casa del sur.

El conflicto no había comenzado por una disputa de tierras, ni tampoco por diferencias políticas o de alianzas con otras Casas en los esporádicos conflictos que tenían lugar entre los territorios gobernados por los fae. Ni siquiera por un interés amoroso común, no. Todo había comenzado en una de las reuniones anuales que los Hijos Predilectos celebraban en Tierra de Nadie, en aquel monumento antiguo y medio derruido en el que supuestamente Padre y Madre habían respondido a su llamada durante la guerra contra los sidhe y les habían concedido sus poderes. Aquellas reuniones solían durar más de una velada, y en ellas se solían debatir temas de lo más variado. Y no solo se discutía, sino que también se celebraban fiestas en fechas señaladas para los feéricos.

Rhiannon creía recordar que todo había comenzado durante un Mabon, jugando una partida de cartas. Uno lo había llamado mentiroso al otro y, bueno... en cuestión de minutos se había armado una guerra. Todo por defender el honor de la Casa, el del apellido familiar y el enorme ego de cada Hijo Predilecto, por supuesto.

Rhiannon se llevó la copa a los labios al recordar esa historia. La palabra honor siempre hacía que le supiera la boca a ceniza.

Desde hacía casi un siglo existía entre ellos una especie de calma fría y liviana que pendía de un hilo muy fino. La última guerra entre ambos territorios había sido demasiado larga y dura para lo poco que ninguno de los dos había conseguido. Y es que no había mucho más que conseguir a parte de, bueno... honor. Honor, soldados muertos, tierras arrasadas y ciudadanos de a pie que se veían envueltos en una contienda de la que ellos no tenían culpa. Rhiannon no creía que un matrimonio entre los descendientes de los Hijos Predilectos de ambas Casas fuera a solucionar nada, pero decidió callarse y seguir escuchando.

—Luego está Gawain, claro. Todavía no se ha casado ni ha dado muestras de sentirse especialmente interesado por ninguna noble. Sería una unión muy beneficiosa —puntualizó Kendrick.

Rhiannon enarcó una ceja al escuchar ese nombre, más con sorpresa que con desagrado o escepticismo.

—La decisión final es tuya, Rhiannon —añadió Kendrick antes de que su hija llegase a hacer ningún comentario. Incluyó levemente la cabeza hacia delante antes de finalizar, sus ojos todavía clavados en los de Rhiannon—. Consideráte afortunada.

En esta ocasión, ella no pudo evitar resoplar con sorna.

—Brycen debe de estar encantado con la posibilidad de que me case con Gawain.

—Tu tío no tiene nada que decir en este asunto —replicó su padre—. Sabe que si se produce, sería una buena unión.

El tono que Kendrick había empleado era neutro, casi inexpresivo, pero Rhiannon podía notar su poder revolviéndose en los recovecos de la estancia, allí donde la luz del mediodía no llegaba. Se limitó a llevarse el tenedor a la boca de nuevo y a masticar despacio.

No buscó la mirada de su madre, aunque una parte de ella quisiera hacerlo. No para que le diera su apoyo, sino buscando respuestas a unas cuantas preguntas que zumbaban en el interior de su cabeza.

Los matrimonios entre parientes no eran raros en las familias nobles, ni siquiera en las de los Hijos Predilectos. Era una manera de preservar la pureza del linaje, y también los poderes que los hijos de su gobernante pudieran tener en su interior, aunque nunca llegasen a convertirse en Hijo Predilecto o Hija Predilecta. Kendrick no sabía hasta que punto su hija podía controlar los poderes de la Sombra y la Niebla porque Keiran le había aconsejado que no se lo mostrase, y aunque Rhiannon quería a su padre, ella siempre seguiría primero el consejo de su hermano mayor.

— ¿Cuánto tiempo tengo para decidir? —preguntó después de tragar.

—No es algo que corra prisa. Deberías ir a la Casa del Viento y la Tormenta a conocer a su heredero. Te ayudará a decidir. También podrías pasar más tiempo con tu primo, aunque conociéndoo —su padre alzó una ceja rubia—, no creo que las actividades que a él le interesan resulten de tu agrado.

En eso tenía razón, pero la joven fae calló. Gawain no era un noble al uso, por decirlo de alguna manera. Caminaba por el palacio y por la villa bien vestido y con la espalda tan recta y tiesa como cualquier otro noble de la Casa, y también sabía mirar por encima del hombro con una expresión entre desdeñosa y huraña que no tenía nada que envidiarle al resto de

aristócratas. Pero ahí se acababan sus similitudes con ellos.

A su primo no le interesaban lo más mínimo los cotilleos ni las fiestas palaciegas, aunque tuviera que formar parte de ellos como un noble más y como sobrino del Hijo Predilecto. Tampoco le interesaba nada relacionado con la guerra y la lucha, pero había recibido un entrenamiento exhaustivo en esas artes, más incluso que cualquier otro noble y mejor que algunos de los soldados del ejército de Kendrick; porque Gawain se había entrenado junto con Keiran en los campos de los dannan. A pesar de que todos sus maestros de lucha habían tratado de inspirarle cierta atracción por la pelea, a su primo solo le interesaban las batallas sobre el papel. Gawain era una mente pensante que le gustaba tener la cabeza metida en el interior de un libro, una especie de bibliotecario arisco, pensaba Rhiannon. Mientras, a ella todo lo que tuviera que ver con estar encerrada entre cuatro paredes sin poder sentir la brisa, el sol o la luz de la luna y el manto de la noche sobre su piel, le producía náuseas y unas ganas casi febriles de correr y gritar hasta dejarse los pulmones en el proceso. Así que, no, no tenían demasiados intereses en común.

Rhiannon asintió después de beber un trago de su copa. No apartó la vista de su padre en ningún momento.

—De acuerdo.

Su padre volvió a fruncir el ceño. Era un gesto que después de siglos gobernando no había podido controlar, aunque sí había conseguido que resultase lo suficientemente aleatorio como para que cualquiera que no estuviera acostumbrado a él se mostrase desconcertado al verlo. Pero Rhiannon no. Ella misma compartía con su padre y con su hermano mayor aquel ademán tan molesto.

—Sabes que es lo mejor para la Casa, Rhiannon.

Ahora, la que frunció el ceño fue la joven fae.

—Claro que lo sé —respondió, su voz haciendo eco en las paredes de la estancia. Un tono muy parecido al que en ocasiones usaba su padre—. ¿Esperabas que me negase?

Una sonrisa tironeó de los labios de Kendrick. Sus ojos de color ónice se oscurecieron más todavía y una sombra escurridiza pareció bailar tras ellos. Por un momento, Rhiannon temió que se metería dentro de su cabeza y rebuscaría en ella para hallar la verdad. Pero el pinchazo en la base del cráneo no llegó.

—Sinceramente, sí. Te quitará cierta libertad y sé lo que eso significa para

ti.

Rhiannon dejó los cubiertos sobre la mesa y se irguió en la silla, muy recta. Las palabras de Kendrick resonaron en el comedor familiar y también dentro de la fae.

—También sabes lo que significa esta Casa para mí. Haré lo que sea mejor para ella.

Capítulo 3

— ¿Lo sabías?

Rhiannon estaba sentada en el alfeizar de la ventana de su habitación, con los brazos rodeándose las piernas. El sol de esa tarde de otoño le acariciaba la espalda con delicadeza, despejada ahora de su melena larga y de color negro azabache, idéntica a la de su madre.

Aileana, aunque casi todo el mundo la conocía como Lea, estaba sentada en la cama de su hija, con las piernas cruzadas bajo su cuerpo. Ella era quien le había recogido el pelo en un moño cuidado y bonito que Rhiannon sospechaba que nunca sería capaz de hacerse. Adoraba su larga y rebelde melena, pero no tenía la paciencia suficiente para aquel tipo de cuidados.

—Sí —reconoció su madre, pasando la mano por la tela de la ropa de cama pulcramente hecha.

Rhiannon llevaba más de una semana sin dormir en el palacio, y sospechaba que esa noche le tocaría hacerlo por fin. Después del anuncio que su padre le había hecho, marcharse a dormir en su casa de la capital habría resultado una especie de huída, y ella no era ninguna cobarde

—No sabía exactamente cuándo iba a decírtelo —prosiguió su madre—, pero sí, sabía que quería hablar contigo sobre un posible acuerdo de matrimonio. Tu padre ha estado considerando diferentes opciones durante semanas, muchas, créeme, pero al final parece que solo se ha quedado con Gawain y con ese heredero. No casaría a su hija mayor con cualquiera —puntualizó, una sonrisa ladeada adornando sus carnosos labios.

Rhiannon no hizo ningún comentario. Apoyó la barbilla sobre las rodillas y sopesó las palabras de su madre. No, su padre no la forzaría a contraer matrimonio con alguien que no estuviera a la altura del apellido Maira, y menos si Rhiannon en el fondo no deseaba hacerlo. Kendrick podía ser duro y afilado como una estatua tallada, inflexible, actuando siempre según los deberes que la corona y el escudo de la Casa le imponían, pero por encima de todo eso, el Hijo Predilecto adoraba a su familia. Sobre todo a su primera hija, la que muchos decían que era la que más se parecía a él, a pesar de haber heredado el carácter fiero y más liberal de su madre.

— ¿Keiran lo sabe? —preguntó finalmente.

—No. De momento no vamos a decírselo.

Rhiannon asintió en silencio. El que un día sería el gobernante de la Sombra y la Niebla y el Hijo Predilecto actual chocaban entre ellos por las

cuestiones más nimias. Había sido así desde antes de que Rhiannon hubiera nacido. Por aquel entonces, Keiran tenía ya diecisiete años y una formación como guerrero más que respetable, incluso entre los dannan que se habían entrenado bajo las órdenes de su abuelo, Gwilym. Según le había dicho su madre, Keiran siempre había tenido un carácter fuerte que solo se había ido marcando más con el paso de los años y con los poderes que daban nombre a su Casa cada vez más despiertos en su interior. Y, por alguna razón que nadie terminaba todavía de comprender del todo, ese carácter siempre lo había descargado sobre su padre. Rhiannon sospechaba que tenía que ver con sus personalidades, completamente diferentes, y con la educación que Keiran recibía. Una educación enfocada a moldearlo y convertirlo en un noble más. En un futuro gobernante de Elter.

Keiran adoraba a su hermana pequeña tanto como ella lo quería a él, y Rhiannon estaba segura de que si se enteraba de los planes de Kendrick para casarla sin que ella lo deseara de verdad...

Se clavó los dedos en las palmas de las manos para cortar esos pensamientos. A veces le molestaba que aun ahora, con casi cincuenta años, su hermano siguiera tratándola en muchas ocasiones como si todavía fuera una chiquilla, pero ella sabía por qué lo hacía. Quería protegerla, a ella y a su naturaleza salvaje que no terminaba de casar con aquel lugar lleno de aristócratas que siseaban a sus espaldas como un nido de víboras.

Quería que siguiera siendo su hermana pequeña, indómita como el mar que golpeaba los acantilados de Llanrhidian e inocente como una flor recién abierta. Pura y auténtica, con el poder de los dioses dentro de ella, fiero y salvaje, sin las ataduras con las que Keiran tenía que lidiar para convertirse en el Hijo Predilecto algún día.

—Y, ¿Gawain? —preguntó tras una breve pausa.

—No lo sé. Me imagino que si lo supiera lo habría comentado con Keiran.

Rhiannon volvió a guardar silencio, sopesando la relación que había entre su hermano y su primo. No había tenido demasiadas ocasiones para verlos interactuar juntos, pero sabía que entre ellos existía un vínculo muy fuerte, a pesar de sus diferencias, no solamente las físicas. A simple vista, Keiran y Rhiannon no parecían guardar ningún parentesco con Gawain. Era tan alto como Keiran, pero mientras que el tono de piel de los descendientes del Hijo Predilecto era de un blanco casi níveo, sobre todo en el caso de Rhiannon, Gawain tenía una tonalidad dorada que la joven fae no sabía de dónde sacaba si se pasaba tanto tiempo en la biblioteca, entre sus libros. Además, sus cabellos eran como hebras de oro, y sus ojos, aunque azules, no tenían nada que ver con los de Keiran. Los del hermano de Rhiannon eran de la misma tonalidad cobalto que su madre, y

los de Gawain eran de un color azul muy claro, celeste decían algunos, el color del firmamento una mañana de verano. A ella le recordaba más a la superficie de un lago helado en invierno.

Gawain no era hablador como Rhiannon, ni siquiera como Keiran. Su mutismo a veces exasperaba a su prima, y su falta de interés en actividades como aprender a manejar diferentes tipos de armas o conocer cómo funcionaban determinados asuntos de Estado (los que no tenían nada que ver con la frivolidad de los cortesanos, por supuesto) la hacía cerrar los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos y apretar los dientes hasta que estos le rechinaban. Tampoco comprendía cómo era capaz de pasarse el día entero sentado con un libro en las manos y la cabeza inclinada hacia él, mientras a su alrededor había una tierra esperando a ser explorada por ojos nuevos y dispuestos a asombrarse con ella.

Rhiannon no tenía nada en contra de los libros, le gustaban, pero pensaba que el mundo que la rodeaba era demasiado extraordinario y maravilloso como para vivirlo a través de unas páginas que otros habían escrito.

—Si quieres mi opinión personal, Gawain es un buen hombre —dijo su madre sacándola de sus pensamientos—. No es como el resto de tus primos ni como tus tíos —soltó una especie de carcajada contenida antes de añadir, sus ojos azul cobalto brillando divertidos—. Es amigo de Keir, de Idris y de Alai, después de todo.

Rhiannon puso los ojos en blanco. No terminaba de comprender qué era lo que Keir, Idris y Alai veían en su primo para llamarlo amigo. Eran totalmente opuestos, como el sol y las estrellas.

—Lo conozco, mamá. Sé como es Gawain.

Su madre negó con la cabeza, la sonrisa ladeada volviendo a aparecer en su boca.

—Gawain es un Maira igual que tu hermano, Rhiri. Conoces lo que él quiere y le interesa.

Rhiannon frunció el ceño ante esas palabras. Keiran era un Maira, sí, pero también era un Fforddludw, igual que ella. Por decirlo de alguna manera, eso hacía que Rhiannon pensase que su sangre aristocrática y todo lo que implicaba estuviera más diluido. En el caso de Gawain, sin embargo, su sangre era más pura, más noble. Más envenenada, como la de todos los que habitaban aquel palacio y la villa que lo rodeada.

—A pesar de lo que has dicho en la mesa, sé que esto no va a ser fácil para ti —continuó Lea—, por mucho amor que sientas hacia esta Casa. Vas

a tener que renunciar a muchas cosas después de casarte

Su tono fue relajado y cariñoso, pero en sus ojos había otra cosa. Algo que hizo que Rhiannon apartase la mirada. La pena era una emoción que no soportaba, y menos cuando iba dirigida a ella.

—Tú no tuviste que renunciar a tantas.

—Porque yo me casé con tu padre por amor —Lea se encogió de hombros—. Si él me quería lo suficiente, tendría que aceptar mis condiciones —su tono decidido hizo que su hija no pudiera evitar sonreír—. Lo tuyo es un matrimonio de Estado, Rhiri. No va a haber amor.

—Puedo llegar a quererlo —murmuró. Su voz sonó más trémula de lo que a ella le hubiera gustado.

—Tu amas tu libertad por encima de todas las cosas, mi niña salvaje —dijo su madre, sus palabras cargadas de un cariño tan profundo que hicieron que Rhiannon se estremeciese—. Y a tus yeguas. Y sé que preferirías otro tipo de... compañía.

Rhiannon no apartó sus ojos negros de los azules de su madre. No tenía nada que ocultarle, ni siquiera con respecto al tipo de compañía que ella prefería frecuentar. Se encogió de hombros.

—Papá dijo que tenía tiempo para pensármelo.

—Y es cierto, puedes conocer a Darren y a Gawain con paciencia. Tal vez incluso tu padre encuentre otro pretendiente digno, aunque lo dudo mucho —Lea puso los ojos en blanco, un gesto cómico y escéptico que consiguió que la sonrisa de Rhiannon se ampliase—. Pero no tienes toda la eternidad. Y sabes que la paciencia de tu padre es... limitada para algunas cosas.

Capítulo 4

Gawain entró en el establo más dubitativo de lo que su actitud dejaba entrever. Nunca había estado allí dentro, ni tampoco había visto de cerca a ninguno de los animales que dormían en su interior.

Arrugó el ceño al notar el olor que desprendía el lugar. Dulzón y almizclado, por el heno y los caballos, con un toque amargo debido al cuero y a los productos que allí se usaban para lustrarlo. Nada a lo que el sobrino del Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla estuviera acostumbrado.

Su prima estaba terminando de ajustar las cinchas de la silla de montar de una yegua con un pelaje lustroso de color negro azabache que parecía engullir la luz que entraba por la puerta del establo. Igual que la melena negra de Rhiannon, recogida en una trenza. Estaba de espaldas, ensimismada en su tarea, y Gawain se permitió admirar la manera en la que sus dedos se movían con agilidad, ajustando las cintas, con cuidado de no hacer daño al animal.

Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Hola, Rhiannon.

La fae se giró con rapidez hacia él. Sus ojos de color noche sin estrellas se agrandaron un momento por la sorpresa antes de entrecerrarse. Una pequeña arruga apareció entre sus cejas.

— ¿Qué estás haciendo aquí?

Gawain tragó saliva y se irguió en toda su estatura antes de volver a hablar, con las manos detrás de su espalda. Vio como su prima alzaba una ceja ante ese gesto.

—Tu padre me ha dicho que ya ha hablado contigo.

—Entiendo —contestó ella tras una breve pausa. Comprobó las cinchas con un tirón suave y ensortijó sus dedos entre las crines de la yegua antes de volver a hablar—. ¿Quieres venir a dar una vuelta?

Ahora, el que frunció el ceño fue Gawain. Echó un breve vistazo a la yegua negra, entretenida con el heno que tenía junto a sus pezuñas. Era un animal grande e imponente, con apariencia dócil, pero nada de lo que habitase en Elter era de fiar solo por su aspecto exterior. Ni siquiera aunque tuviera sus orígenes en el mundo de arriba.

—No sé montar a caballo.

Rhiannon se encogió de hombros

—Nunca es tarde para aprender.

Gawain se contuvo para no removerse en el sitio, incómodo.

—No prefieres...

—Llevo todo el día encerrada en la villa —lo interrumpió ella, soltando a la yegua y dirigiéndose a la parte de atrás del establo, donde se imaginó que guardaba los aparejos para montar—. Necesito salir a cabalgar. Dentro de un par de días me iré al Viento y la Tormenta. Si quieres conquistarme, este es el momento, primo.

Rhiannon preparó una yegua de pelaje dorado y crines blancas con rapidez y eficiencia, mientras Gawain guardaba silencio y la miraba hacer con un gesto contrariado apenas disimulado. Su prima le dijo que era la más dócil del establo, sobre todo con los novatos que nunca antes habían estado encima de un animal como aquel. Le aseguró que no trataría de tirarlo, siempre y cuando se comportase. La sonrisa que le había lanzado antes de que Gawain pusiera un pie en el estribo le sugirió que, más que la yegua, quien decidiría si tenía o no un buen comportamiento sería Rhiannon, y que la reacción del animal dependería también de ella. Gawain sospechaba que su prima tenía alguna especie de conexión especial con aquellos animales, más allá del simple cariño.

Cabalaron sin prisa desde donde se encontraba el establo, a las afueras de la capital, y subieron las colinas que la rodeaban. A Rhiannon no le hacía ninguna gracia el paso al que se desplazaban, pero no protestó. Su yegua iba al lado de la de Gawain, y Rhiannon no perdía de vista su avance, ni tampoco la postura de su primo. No se amilanaba lo más mínimo a la hora de corregirlo, recordándole que debía de ir con la espalda bien recta si quería evitar que sus músculos protestasen al día siguiente.

Desde lo alto de las colinas, la ciudad principal de la Casa de la Sombra y la Niebla se veía espectacular. Protegida entre el agua y las lomas, casi parecía un niño arropado entre los brazos de su padre el mar y su madre la tierra. Sus casas de techos oscuros y paredes claras iluminadas por el sol de otoño parecían terrones de azúcar entre las que circulaban sus habitantes, similares a hormigas vistas desde allí arriba.

Dejaron la ciudad a su derecha y cabalaron con un poco más de ritmo. Rhiannon se le adelantó, pero no lo dejó muy atrás, hasta que se detuvo cerca del borde de uno de los acantilados, en el que había un bonito banco de madera al que iban muchas parejas a disfrutar de las vistas y a...

bueno, a disfrutar de más cosas. El fae enarcó la ceja ante la elección de su prima. Como todos los Maira, y por lo que conocía de su familia materna, Rhiannon tenía un sentido del humor bastante mordaz.

Gawain desmontó con cierta torpeza, pero Rhiannon no dijo nada. Tenía la espalda dolorida, igual que las piernas. La experiencia a lomos de la yegua había sido más agradable de lo que se esperaba, con el sol otoñal sobre su piel y la brisa ligera y cargada de salitre revolviéndole el pelo antes perfectamente peinado, pero calló. Al día siguiente, cuando sus músculos opinasen sobre aquella nueva experiencia a lomos de un animal del mundo mortal, ya decidiría si las espectaculares vistas y la sensación del sol sobre su cuerpo habían merecido la pena. Tal vez debería pasarse por los campos de entrenamiento de los dannan para volver a coger algo de tono físico.

Rhiannon lo siguió después de un momento de vacilación. No se sentó en el banco de madera, sino cerca del precipicio, con las piernas colgando. Sus ojos negros se dirigieron hacia la línea de costa que se extendía a sus pies y a la capital a su derecha. Gawain también se sentó, pero a una distancia más prudencial del borde del acantilado.

Permanecieron así, con un silencio espeso pero no del todo incómodo rodeándolos, solo interrumpido por el embate del viento que los despeinaba y el bramido del mar más abajo, afanado en su tarea de desgastar la roca del acantilado.

—Tú no quieres casarte.

Rhiannon no se molestó en mirarlo cuando habló.

—No. No es una prioridad ahora mismo. Tu padre debe de estar encantado con la idea de tenerme de nuera —añadió tras una pausa. Su primo pudo notar la sonrisa sardónica en sus labios aun sin verla.

Gawain torció el gesto. El recuerdo del rostro de su padre tiñéndose poco a poco de un tono rosado y de sus ojos casi negros lanzando esquirlas de hielo oscuro cuando Kendrick le había comunicado su idea apareció en su mente. Brycen no poseía en su interior ni una décima parte del poder de su hermano, pero en aquel momento Gawain lo había sentido vibrar a su lado con una fuerza desconocida, provocándole un estremecimiento. Por primera vez, había dudado sobre si su padre se atrevería a alzar la voz en contra de su Hijo Predilecto, pero aquello no había ocurrido. Todo había quedado en una sensación fría y resbaladiza sobre el cuerpo de Gawain, como si una serpiente lo hubiera tocado con su piel escamosa.

—Yo tampoco quiero un matrimonio ahora mismo —dijo antes de llevar los dedos a una briza de hierba—. No tiene nada que ver contigo, Rhiannon —se apresuró a añadir, aunque en el fondo sabía, o por lo menos

esperaba, que no fuera necesario—. Es solo que... Será un matrimonio sin amor.

Su prima resopló con sorna, un gesto que hizo que le recordase a los resuellos de los caballos.

—En el caso de personas como nosotros, la mayoría lo son.

Gawain no tenía mucho que decir ante esa afirmación. Solo conocía a una pareja en la aristocracia de la Sombra y la Niebla que se hubiera casado por amor, desafiando a todos los prejuicios por la sangre dentro de ella y por la posición que ocupaba él. Esos eran los padres de Rhiannon, Aileana y Kendrick.

A pesar de lo inexpresivo que podía llegar a ser el Hijo Predilecto y de lo hábil que era su esposa jugando con las emociones que pasaban por su rostro, Gawain podía ver en los ojos de ambos lo que todavía sentían el uno por la otra. Y no podía sentir cierta... envidia hacia sus tíos, aunque sana, consideraba él. Nunca había llegado a tener una relación cercana con Kendrick, pero Aileana para él había sido como una madre, más incluso que la mujer que lo había dado a luz.

Le fascinaba la relación que había entre los dos. Cómo ella había sabido lidiar con alguien como su tío, ganándose su propio espacio, su libertad, incluso. Cómo él había hecho todo lo que podía por respetar en la medida de lo posible los deseos de ella. Sin embargo, Gawain sabía que en su relación no todo era perfecto. En ninguna lo era.

—Suéltalo ya, Gawain —dijo Rhiannon sin mirarlo.

Gawain se aclaró la garganta antes de hablar.

—Si nos casamos, no voy a obligarte a hacer nada que no quieras. En algún momento deberíamos intentar tener hijos, uno al menos —dijo suavizando un poco su tono, tratando de buscar los ojos de Rhiannon, pero ella seguía con la vista clavada en el mar—. Pero a partir de ahí, eres libre, Rhiannon. Podrás hacer lo que quieras y no tendrás que darme explicaciones de nada, no voy a pedírtelas.

Rhiannon no contestó, pero vio como se echaba hacia delante, juntando las manos en su regazo. Vio como apretaba las uñas contra la piel sensible de las yemas de sus dedos.

Gawain frunció el ceño.

— ¿Qué es lo que no te convence?

—Tendría que irme a vivir contigo al palacio —contestó ella después de otro breve silencio—. Permanentemente.

Gawain se calló, comprendiendo a lo que su prima se refería, pero ella continuó hablando.

—Para mí es difícil estar ahí dentro. Ellos... sé que no se atreverán a ponerme la mano encima, pero tampoco los quiero en mi espalda murmurando día sí y día también. Por eso me fui a vivir a la capital.

Por eso Keiran pasaba casi todo el tiempo que podía en las tierras de los dannan o en la ciudad principal, en casa de su hermana. Por eso Aileana había tratado de alejar a sus hijos del nido de víboras que era el palacio y la villa de la Sombra y la Niebla, haciendo que pasaran largas temporadas con los dannan y, de paso, que aprendieran a defenderse, aunque nunca había descuidado las habilidades que necesitaban para moverse entre los aristócratas. En muchas ocasiones, las palabras podían hacer más daño que las acciones.

—Yo te protegeré. Sé que eres un mujer fuerte, pero también sé lo... retorcidos que pueden llegar a ser los cortesanos de la villa, sobre todo con las mujeres. Y con aquellas como tú —añadió. Los comentarios despectivos que había escuchado hacia sus primos pasaron fugazmente por sus recuerdos, pero se apresuró a apartarlos—. Puedo protegerte, ayudarte a hacer la estancia allí más llevadera. Ya te he dicho que no te prohibiré nada, si no quieres dormir en el palacio...

—Si estamos casados, sería un poco extraño que no durmiéramos juntos, ¿no te parece? —replicó ella. Esta vez, sí lo miró, con una sonrisa divertida en la boca. El gesto no le llegaba a los ojos.

—Puedes tener amantes si quieres, Rhiannon. Yo pienso tenerlas.

Se arrepintió de sus palabras antes incluso de que terminasen de salir de su boca. Rhiannon apartó la mirada de él y volvió a dirigirla al mar, hacia el sol que comenzaba su descenso hacia las aguas, pero Gawain pudo ver el disgusto en sus ojos. No había pretendido sonar de una manera tan superficial y despectiva.

—No eres la única opción que tengo —prosiguió de todas formas, tras sopesar sus palabras con cuidado—. A mí también me han dado una especie de... ultimátum.

Rhiannon se volvió a mirarlo con una ceja negra enarcada.

— ¿Es una amenaza?

—No, claro que no. Nunca te amenazaría. No quiero que Keiran me corte las pelotas —añadió notando una tirantez en la comisura de sus labios.

—No es necesario que Keiran lo haga. Puedo hacerlo yo perfectamente —añadió ella sin apartar la mirada de él, de sus ojos.

—No lo dudo, pero tu hermano es más rápido con la espada.

—Y yo con el arco.

Él no pudo evitar sonreír. Había visto a su prima con el arco y a caballo, y ciertamente era un espectáculo formidable, como poco. Gawain nunca había llegado a ver la belleza en la guerra y las batallas que algunos adoraban, pero sí le gustaba admirar la fuerza y la gracia de un guerrero o una guerrera.

Los músculos bajo la blusa de Rhiannon se contrajeron cuando recogió las piernas y se las rodeó con los brazos, dando énfasis a sus pensamientos.

—No es una mala oferta, Gawain. Pero creo que de todas formas debería ir a conocer a Darren.

—Puedo hacerte un resumen rápido sobre él, si quieres. Es el típico heredero de la posición de su padre, prepotente e imbécil, se cree mejor que cualquiera que pise el mismo suelo que él —hizo un breve pausa. Solo lo había tenido delante una vez, pero había sido más que suficiente para hacerse una opinión completa de él—. Tiene un hermano pequeño que también ha heredado algunos poderes de la Casa, aunque todavía es demasiado joven como para saber hasta qué punto. Ver amenazada su herencia lo hace todavía más volátil e impredecible. El doble de imbécil y prepotente, para ser exactos, y también el doble de peligroso.

—Eso ya me lo imaginaba, pero los preparativos para el viaje y para mi estancia en el Viento y la Tormenta están casi terminados. Debería ir, aunque solo fuera por cortesía. Dudo mucho que vaya a casarme con él —dijo Rhiannon luego de un prolongado silencio en el que los contemplaron el sol descender en las aguas del mar—. No me parece el típico Hijo Predilecto verdaderamente interesado en la paz.

Gawain asintió en silencio. Nunca había conocido a Darren en persona, pero se fiaba de lo que Keiran le había contado sobre él en las pocas ocasiones que había coincidido. Teniendo en cuenta lo que el heredero del Viento y la Tormenta le había transmitido a su primo, le sorprendía que Kendrick lo plantease como una opción para casarse con Rhiannon. Keiran había empleado casi las mismas palabras que su hermana; no parecía un fae interesado en la paz, por lo menos no en mantenerla, sino en todo lo contrario. Pero Rhiannon debería conocerlo, aunque solo fuera por seguir los pomposos protocolos y apariencias que marcaba la aristocracia. No

tenía sentido romper casi un siglo de paz fría por no querer ceder en ese aspecto.

La noche estaba cayendo sobre Elter; el firmamento comenzaba estar salpicado de estrellas y la luna les sonreía desde lo alto, aunque todavía estaba pintado de dorado y bronce.

Gawain contuvo un bostezo. Era tremendamente molesto que su cuerpo funcionase de una manera diferente al del resto de los inmortales, cuyos instintos parecían despertar con las últimas luces del día. El cuerpo y la mente de Gawain, en cambio, clamaban descanso y una cama en la que reposar hasta que el sol volviera a asomarse por el horizonte.

—No lo parece, porque de esos hay muy pocos —contestó—. Yo por lo menos solo conozco a uno.

Rhiannon sonrió con cierto orgullo, y él supo en quién estaba pensando.

—Dejaremos que pase este formalismo y entonces lo haremos oficial, si te parece —dijo ella cuando el sol fue poco más que una línea anaranjada sobre el agua.

—Que sea un matrimonio sin amor no quiere decir que no sea una buena unión, Rhiannon.

Ella se giró a mirarlo con una ceja enarcada. Sus ojos negros taladraron a Gawain y, por un momento, él esperó sentir un pinchazo dentro de su cráneo y una niebla liviana serpenteando en su interior, aunque sabía que eso no era posible. Rhiannon no poseía esos poderes, pero su mirada le recordaba tanto a la de Kendrick...

Su prima se levantó repentinamente con un movimiento grácil y rápido, dejando a Gawain confuso; tuvo que parpadear para volver a centrar la vista de nuevo. Rhiannon se dirigió a las yeguas que pastaban tranquilas a sus espaldas. Sin girarse, contestó:

—Si empiezas a sonar como mi padre, la respuesta será no, Gawain.

Capítulo 5

En esa parte del continente hacía un frío que pelaba, a pesar de que todavía quedaba más de un mes para que llegase el invierno. La nieve aun no cubría la tierra como en la Casa del Agua y del Cristal, cuyas latitudes más altas estaban escondidas bajo el hielo durante todo el año. Rhiannon llevaba semanas deseando que comenzase a nevar lo suficientemente fuerte en la Sombra y la Niebla como para que los caminos se volvieran impracticables durante un tiempo. Ella se marcharía a pasar unos días con su familia materna y le serviría de excusa para quedarse más tiempo.

La joven nunca había estado tan al sur. Para ser exactos, nunca había ido más allá de la montaña sagrada de la Tierra de Nadie, Beinn Nibheis. Se había recorrido su Casa de arriba abajo en múltiples ocasiones, así como la tierra de los feéricos salvajes. También había hecho alguna visita extraoficial al Agua y el Cristal sin que nadie se enterase, y estaba ansiosa por conocer los territorios restantes que le faltaban. Sus tierras y sus pueblos, no sus palacios y aristócratas, como se encontraba en esa ocasión. Cualquier lugar donde el escudo del ave y la flor de manzano de la Casa no estuviera a la vista.

Todo estaba yendo exactamente como se esperaba. Había ido sola, después de mucho insistir en que no hacía falta que llevara consigo ningún séquito; no necesitaba a la familia entera tratando de venderla al hijo del gobernante del Viento y la Tormenta. No le había permitido ni a su madre ni a su hermano ir con ella. Podía arreglárselas sola. Estaba acostumbrada a los comentarios de todo tipo, sobre todo los que hacían referencia a su linaje materno, y sabía defenderse de ellos. Por lo demás, no estaba preocupada. Nadie le pondría la mano encima. En caso contrario, llevaba una daga atada al muslo y tenía las sombras de su lado.

No tuvo tiempo de estar a solas con su pretendiente antes de la cena y a Rhiannon no le pareció mal. Se cambió el vestido negro que había traído por la mañana por otro más apropiado para la ocasión. Un vestido que ella le encantaba y que sabía que le quedaba espectacular. El corpiño era negro y dejaba a la vista sus brazos y sus hombros, hasta llegar a una altura considerada decorosa por encima de sus senos. La falda era de tul gris, un guiño sutil a la Casa del Viento y la Tormenta cuyos colores distintivos eran precisamente el gris tormenta y el blanco impoluto. La falda dejaba ver el contorno de sus piernas por debajo del tejido de una manera sutil al mismo tiempo que sensual que a ella le encantaba.

Pero lo que más le gustaba del vestido eran los diseños en subían por su falda hasta la cintura, de un tono negro parecía tragarse la luz que incidía en él, bajando desde su cintura como serpientes hasta el bajo,

difuminándose en algunas partes como si estuvieran hechos de sombras. Su pelo suelto caía en largas y sedosas ondas hasta su cintura. Lo apartaba de su rostro con una diadema de terciopelo también de color gris. La melena espesa tapaba el tatuaje que llevaba en su espalda, subiendo desde su cintura hasta sus omóplatos. Un recordatorio de quién era y de quienes descendía, un atrevimiento que se había permitido plasmar en su piel para siempre luego de haber alcanzado la inmortalidad plena.

Durante mucho tiempo, Rhiannon se había sentido insegura de su apariencia física. Se veía como un boceto en blanco y negro de su madre, con su piel de alabastro y la melena negra como la tinta, igual que sus ojos, idénticos a los de su padre. Siempre había deseado haber heredado el azul cobalto de Lea, igual que su hermano mayor, así como las facciones más suaves y atractivas de su línea materna, en lugar de los ángulos duros de Kendrick, agradables en los hombres, pero no tanto en las mujeres. Rhiannon había tardado en aprender a ver la belleza en la imagen que le devolvían los espejos en los que se miraba, y haber descubierto el poder que corría por sus venas la había ayudado. Le había dado seguridad, y eso se reflejaba en la joven mujer fae que estaba ahora sentada en la mesa de una Casa que no era la suya, sola, sin ningún cortesano de la Sombra y la Niebla a su lado.

Y como ocurría habitualmente en el mundo en el que habitaba, las mujeres fuertes incomodaban a los hombres. Los de elevada posición no eran ninguna excepción. Rhiannon podía sentirlo en sus miradas, en la manera en la que el padre de Darren y actual Hijo Predilecto de la Casa, Thane, la había sondeado, tratando de averiguar cuánto poder había dentro de ella. Rhiannon se lo había permitido, mostrándole solamente una fracción de lo que había en su interior. Lo suficiente como para que se sintiera impresionado, lo mínimo para poder dar una sorpresa en caso de que fuera necesario. Porque Rhiannon no creía en la paz fría entre la Sombra y la Niebla y el Viento y la Tormenta. Si algo había demostrado la historia de Elter en milenios de existencia, era que las relaciones entre los feéricos se calentaban con facilidad.

—Sois muy valiente por venir aquí sola —le había dicho el Hijo Predilecto de la Casa del sur luego de las presentaciones formales.

— ¿Hay alguna razón por la que deba ser valiente, mi señor? —había replicado Rhiannon con suavidad.

La ceja levemente levantada y el tono edulcorado con el que había pronunciado las dos últimas palabras hicieron que las comisuras de los labios de Thane se estirasen un poco más, de manera casi imperceptible.

—Por supuesto que no. No queremos otra guerra, después de la última. Aunque algunos salieron beneficiados, por supuesto —su sonrisa se

amplió, dejando a la vista dos hileras de dientes perfectos—. Fue lo que unió a vuestros padres, después de todo.

—A mis padres los unió el amor —contestó Rhiannon con firmeza, sus ojos negros fijos en los del Hijo Predilecto—. La última guerra con esta Casa solo fue la circunstancia que los llevó a conocerse.

Esa era lo único que Rhiannon le agradecería más a aquella contienda que había tenido lugar más de medio siglo antes de que ella naciera. Kendrick y Lea habían coincidido en Llanrhidian cuando esta última era muy joven y estaba cargada de ilusiones ingenuas que milagrosamente habían dado sus frutos. Gracias a su perseverancia (o a su terquedad y temeridad, dependiendo de a quién se le preguntase) había conseguido que las mujeres de la Casa llegasen a tener el derecho de convertirse en guerreras si lo deseaban, no solo las dannan. Lea había renunciado a muchas cosas por esas ideas, pero también había ganado otras. Un marido que la amaba y una familia propia, además de la que tenía en Llanrhidian.

Sentada en la larga mesa que presidía el salón real del palacio del Viento y la Tormenta, Rhiannon tenía muy claro que de la paz fría entre su Casa y la nación más sureña de Elter no saldría otro feliz matrimonio. Lo cierto que es que había llegado allí sin expectativas de caer rendida en brazos de Darren porque... bueno, por decirlo de alguna manera, no era su tipo. Pero sabía que su unión con él podía ser beneficiosa para la paz entre ambas Casas.

El ofrecimiento de Gawain y sus palabras resonaron dentro de su cabeza una y otra vez a lo largo de la cena. Era tentador aceptar su oferta sin pensarla demasiado, pero permitir que su libertad dependiera de otros...

Cerró los dientes con demasiada fuerza sobre el tenedor. El gesto no pasó desapercibido para los que se encontraban más cerca de ella. Rhiannon esbozó una sonrisa educada.

La libertad, para ella, para los y las que eran como ella, nunca dependía enteramente de sí mismos. Siempre estaba en manos de terceras personas, de sus deseos y de lo que se esperaba que hicieran. Siempre dependía de la imagen que transmitiesen y de la aprobación que recibieran por ella.

Siempre era de los demás más que de sí mismos.

Rhiannon solo se sentía verdaderamente libre por las noches, cuando se mezclaba con los ciudadanos de la capital como una más, dejando que percibieran el poder que había en ella de una manera muy sutil, marcándola como una Maira y como descendiente de aquellos primeros fae que habían sido bendecidos por los dioses. No lo hacía con intención

de intimidar, sino como muestra de que se sentía a gusto con lo que era y con lo que había dentro de ella. Otro momento de libertad también lo experimentaba cuando salía a montar a caballo por las tierras de la Casa y por los territorios de los feéricos salvajes. Esa independencia era diferente a la anterior; más indómita, casi feroz. Y más adictiva.

Apartó esos pensamientos de su mente y trató de centrarse en la velada que se desarrollaba a su alrededor.

Estaba sentada al lado del Thane, que presidía la mesa, y enfrente de su pretendiente. No era solo a Darren a quien tenía que agradar, sino también a su padre, por eso ocupaba esa posición. A su otro lado, Rhiannon tenía sentado al fae que le habían presentado como el gran general del ejército de la Casa; una disposición interesante, haberla sentado a su lado en lugar de encontrarse flanqueando a su gobernante, pero Rhiannon se lo tomó como un halago. Delante de este se encontraba la esposa Hijo Predilecto y también su hijo más pequeño, que no paraba de jugar con los cubiertos y con las mangas de su pomposa camisa. El resto eran familiares y nobles en los que Rhiannon no había puesto el suficiente interés como para recordar sus nombres.

Su mirada fue a parar un momento a los músicos y al baile que algunos nobles ejecutaban con elegancia y naturalidad, siguiendo el ritmo de la tonada alegre e inocente. Los estudió con medida curiosidad, evitando que su ceño expresase nada de lo que pensaba por dentro. Que aquello era una bonita pantomima. Una representación de lo que a los fae les gustaría ser y que los hiciera diferenciarse más marcadamente del resto de feéricos a los que consideraban menores. Un acto de finura y buenos modales cuando lo que de verdad ansiaban era expresar sus deseos más primitivos. Se sorprendió de que no hubiera ninguna demostración de poder por parte del gobernante sentado a su derecha; ni cabezas cortadas, nadie sufriendo el embate de su poder por algún comentario que le hubiera sentado mal, nada de duelos estúpidos entre aristócratas que dejaran el suelo manchado de sangre... Ni siquiera había visto a nadie coquetear con otro de los presentes con claras intenciones de llevárselo a la cama más tarde, reclamándolo como suyo allí delante de todo el mundo. Un poco decepcionante, la verdad, pero aun quedaba mucha noche por delante.

Un movimiento en la mesa captó su atención. El hermano pequeño de Darren se había girado en su silla y ahora se encontraba arrodillado sobre el asiento, contemplando el baile de los cortesanos. Rhiannon sondeó al niño, Taranys, con discreción, y se quedó impresionada con lo que encontró, con el poder que irradiaba siendo tan joven. Tenía apenas ocho años, una bonita pero rebelde cabellera de rizos castaños y unos ojos de color gris ligeramente más oscuros que los de su hermano mayor. Más

parecidos al cielo encapotado durante una tormenta.

Puede que Darren no llegara a ser el Hijo Predilecto una vez su padre muriese, si el pequeño vivía entonces. Rhiannon cerró los puños en su regazo ante ese pensamiento. Sabía que muchos hijos mayores se deshacían de sus hermanos pequeños si percibían en ellos indicios de que podían quitarles el puesto como gobernantes cuando sus padres muriesen, y se sintió afortunada de que Keiran fuera su hermano mayor.

Él fue el primero en enterarse de lo que había en su interior porque la propia Rhiannon se lo había contado cuando sus sombras se descontrolaron por primera vez. Lo había hecho porque ella siempre se había sentido a salvo con él y sabía que no le haría daño, sino todo lo contrario. La había ayudado a controlarlo, a pesar de que él en aquel momento estaba aprendiendo a lidiar con su propio poder. Además, la especialidad de Keiran, lo que primero había aparecido en él, era la niebla, y no se gobernaba de la misma manera que las sombras. Pero ambos habían aprendido juntos, todavía seguían haciéndolo. Keiran había tenido razón cuando le explicó por qué debía aprender a controlarlo y a ocultarlo de los demás, aunque a Rhiannon le pareciera injusto.

Los hombres débiles que gobiernan este mundo tienen miedo de las mujeres fuertes, Rhiri. Solo tienes que mirar a mamá...

— ¿Estáis disfrutando de la velada?

Las palabras del Hijo Predilecto la devolvieron al presente.

—Sí, por supuesto —contestó esbozando una sonrisa educada.

— ¿No os apetece bailar con vuestro pretendiente? —preguntó en esta ocasión la madre de Darren.

Su sonrisa era amplia y jovial, y los rizos pelirrojos que enmarcaban su rostro redondeado le conferían un aspecto ligeramente aniñado, pero Rhiannon nunca se dejaba engañar por las apariencias.

—Siento decir que soy un poco patosa en lo que a la danza se refiere —se excusó antes de llevarse la copa a los labios.

—Permitidme que lo dude —replicó Darren con un tono grave, bajo y cargado de sensualidad—. Sois una danna, por lo que sois muchas cosas menos patosa.

A Rhiannon no se le escapó el cambio en la entonación de su voz al pronunciar su ascendencia materna, pero se limitó a volver a sonreír.

—Que sea hábil con las armas no quiere decir que también lo sea siguiendo el ritmo de una canción.

—Bailar y pelear no son muy diferentes, mi señora —intervino esta vez el general que se sentaba a su lado—. En realidad, siguen el mismo principio.

Rhiannon estaba totalmente de acuerdo con su observación. Pelear era una danza salvaje en la que una de las partes hacía todo lo posible por someter a la otra, y algo similar ocurría con un baile normal de palacio. En ambos casos, se jugaba y se tentaba al oponente. Lo cierto era que a ella se le daban muy bien ambas, pero no quería hacer una demostración de hasta qué punto en una Casa rival.

—Supongo que tendré que demostrar que no siempre es cierto. Pero si os piso —dijo dirigiéndose en esta ocasión a Darren—, no digáis que no os lo advertí.

—Correré el riesgo encantado.

Se levantaron y Darren la tomó de la mano para dirigirse a donde los nobles bailaban. La canción terminó y dio comienzo a una nueva tonada, un poco más oscura y frenética. Más parecida a lo que Rhiannon se esperaba encontrar.

Se hicieron una reverencia sencilla el uno a la otra, se tomaron de las manos y comenzaron a moverse.

A pesar de que había más fae bailando a su alrededor, Rhiannon sabía que todas las miradas estaban puestas en ellos dos. Podía sentirlos, clavadas en su espalda como finas agujas, inquisitivas y curiosas. Cuando levantó la mirada y se topó con los ojos grises del heredero de la Casa, tenía claro que no iba a permitir que la distrajesen y la hicieran tropezar. Que la examinasen todo lo que quisieran, ella ya estaba acostumbrada y en cierto modo, la complacía.

— ¿Esperáis salir de aquí prometida, mi señora? —preguntó Darren después de dar los primeros pasos.

—Todavía es un poco pronto para decidirlo, no sois el único pretendiente que tengo. Y me imagino que yo también soy una más en la larga lista de posibles futuras esposas para el hijo de un gobernante de Elter —se apresuró a añadir Rhiannon al darse cuenta de cómo habían sonado sus palabras.

Darren soltó una risa baja y contenida antes de hacer que Rhiannon diese

una vuelta sobre sí misma y volviese a sus brazos.

—Sí, son muchas las que les gustaría llevar la corona de consorte sobre su cabeza. Pero es complicado encontrar a una que sea adecuada.

Rhiannon quiso reír ante la sutil indirecta. Porque estaba segura de que se refería a ella. Y a su propio ego, por supuesto.

—Tampoco es fácil para mí escoger un marido apropiado. No solo como hija de un Hijo Predilecto y como hermana del heredero, sino por mí. Soy una mujer un poco... —se alejó de él en el siguiente compás, porque la música así lo requería— especial, por decirlo de alguna manera —contestó cuando volvió a tenerlo cerca.

—Que vanidosa.

—Soy de la realeza —replicó con sencillez.

Se separó de él y soltó su agarre para moverse a su alrededor, siguiendo el ritmo más libre y agitado de la tonada. Rhiannon no estaba segura de si le recordaba al galope de los caballos o al avance de una tormenta, pero la estaba disfrutando a pesar de la compañía.

Volvió a los brazos de Darren con el pelo ondeando a su alrededor como una marea de tinta negra.

—Actuáis bastante bien como alguien de la aristocracia, es cierto.

—Lo soy —puntualizó ella, sus ojos fijos en los de Darren y una sonrisa condescendiente adornando su boca pintada de un tono oscuro—. Mi nombre es Rhiannon Maira Fforddludw.

Que no se os olvide decía su voz cuando recalcó sus apellidos paterno y materno. Que no se os olvide, ni a vos ni a ninguno de los presentes, que estoy aquí por derecho de sangre. Que por mucho que os incomode y os disguste, soy parte de los vuestros.

Darren pareció entenderla porque sus ojos se oscurecieron y Rhiannon sintió su poder vibrando en las palmas de sus manos. Ella resistió el impulso de apartarlas y cerró los dedos con más fuerza en torno a los de él.

Darren sonrió como si hubiera aceptado algún tipo de reto silencioso y ambos comenzaron a moverse con más rapidez. Rhiannon trató de dejarse llevar por la música y disfrutar de la danza, pero le estaba resultando complicado.

—No os movéis nada mal —volvió a hablar Darren después de un largo silencio de palabras que Rhiannon había agradecido.

—Confieso que he estado practicando bastante antes de venir aquí —respondió sonriendo—. No quería que se iniciase otra guerra por pisarle un pie al hijo heredero del Hijo Predilecto.

Se rió con jovialidad de su propia broma, esperando que contuviera la ponzoña suficiente como para que el hijo mayor de Thane se sintiera incómodo, pero no tanto como para que le soltase una descarga de advertencia con su poder. O como para que iniciase una guerra. Cuando vio cómo se estiraban los labios de Darren con tirantez, Rhiannon sonrió un poco más y dio otra vuelta sobre sí misma.

Nunca había estado en un baile de humanos, pero sabía que tenían ciertas similitudes con los de los fae. Algunos eran más refinados que otros, pero mientras que los mortales diseñaban pasos y movimientos que luego podían seguir un determinado tipo de música, los feéricos improvisaban de acuerdo a lo que sentían cuando escuchaban una canción. No había movimientos preestablecidos, ni normas, ni nada por el estilo. Solo el sentimiento compartido con la pareja de baile.

Cuando la canción terminó, Rhiannon sentía la frente perlada de gotas de sudor. Volvió a inclinarse ante Darren, y este hizo lo propio. Regresaron a la mesa en la que habían cenado y Rhiannon comunicó que deseaba volver a su habitación. Argumentó en un tono liviano y burlón que ya la habían pisado en suficientes ocasiones esa noche y que deseaba descansar.

Sabía que no era de buena educación abandonar así una fiesta que tenía como motivo su presencia en la Casa, pero estaba cansada de aquel ambiente. Nunca aguantaba demasiado en los bailes palaciegos, y esa noche no iba a ser una excepción. Que murmurasen de sus malos modales todo lo que quisieran a sus espaldas, ya estaba acostumbrada a sentir esos pequeños puñales clavándose en su espalda.

Rhiannon regresó a su habitación escoltada y les pidió a los criados que le transmitiesen de nuevo a la familia real que lamentaba no poder estar con ellos el resto de la velada. Se recogió el pelo en una trenza y se cambió sola el vestido, remplazándolo por un suave camisón de color azul, sin ribetes de seda ni encaje, ni tampoco un escote sugerente. Caía sobre su cuerpo con fluidez y comodidad, pero cuando abrió la ventana de su habitación para contemplar los jardines palaciegos, se arrepintió de no haber escogido una prenda con un tejido más grueso. Tal vez unos pantalones y un jersey habrían sido más apropiados para el clima de esa Casa. Los días eran ligeramente más cálidos que en la Sombra y la Niebla, pero por la noche la temperatura bajaba drásticamente, de una manera similar a como ocurría en el desértico territorio del Fuego y la Arena,

aunque ahí no había ni gota de humedad.

Rhiannon aspiró el aire con los ojos cerrados, paladeando el sabor del poder de ese lugar durante largo rato. Sabía al nombre de la Casa, a la corriente agitada entre los alerces y los abetos, y a las tempestades violentas que dejaban la tierra y la hierba empapada.

Sopesó la posibilidad de cambiarse de ropa y salir del palacio a echar un vistazo por la capital y a las tierras de alrededor. Si la cogían escapándose podía meterse en problemas, ella y su Casa. La hija de un Hijo Predilecto rival escabulléndose de noche de su habitación en el castillo era una provocación más que atrevida y una buena excusa para reavivar el conflicto entre las dos naciones otra vez, sí, pero ella no tenía ni pizca de sueño. Todos los feéricos, sobre todo los más salvajes, los que se consideraban menores, se mostraban más activos con la caída de la noche, y ella no era una excepción, pero la influencia del cielo nocturno tenía un efecto ligeramente diferente en ella. Para Rhiannon, sentir la oscuridad nocturna sobre ella, rodeándola, era casi una necesidad. La libertad y el amparo de la noche la hacían sentirse liviana y a salvo, protegida. Algo que no solía experimentar durante el día, rodeada por las paredes del palacio, llenas de tapices y representaciones de guerra, con un siseo casi animal acompañando el compás de sus pisadas.

Una pequeña arruga apareció entre sus cejas mientras sopesaba sus posibilidades.

Hacía rato que la noche había caído, pero todavía quedaba mucho para que amaneciese. La idea de estar allí encerrada hasta que el sol comenzase a salir hacía que se le erizase el bello de los brazos y que sus músculos protestasen, urgiéndola a moverse.

Luego de un breve momento de vacilación, se dirigió al armario donde había guardado la ropa que había traído. Apenas había echado la mano a la manilla cuando escuchó que llamaban a la puerta. Tres golpes firmes y autoritarios.

Se quedó muy quieta un instante, cogida por sorpresa, y luego echó un vistazo rápido a la luna, comprobando su posición en el cielo. Se preguntó quién sería a esas horas.

Cogió la bata negra que había encima de la cama y se la puso antes de abrir. Al otro lado se encontraba Darren. Sus ojos de color gris tormenta se clavaron en los de ella un momento antes de mirarla de arriba abajo con parsimonia. Rhiannon contuvo el impulso de alzar una ceja.

—Buenas noches, mi señor —saludó entrelazando los dedos delante de ella

y una breve inclinación de la cabeza.

Los ojos de Darren volvieron a los de Rhiannon. No estaba segura de lo que el heredero de la Casa vio en ellos, pero hizo que se irguiese en toda su estatura y cruzase los brazos tras su espalda.

— ¿Puedo pasar? —preguntó con una sonrisa ligera en los labios, pero no esperó a recibir respuesta— Bueno, pensándolo mejor, este es mi palacio. Claro que puedo entrar.

Y eso fue lo que hizo. Rhiannon se apartó justo a tiempo de que el cuerpo de Darren no llegase a chocar con el suyo, empujándola. La joven hizo una mueca de desagrado que él no llegó a ver, pero no dijo nada ante aquella invasión tan brusca.

Tragó saliva antes de preguntar con el tono más educado posible.

— ¿Necesitáis algo?

Darren inspeccionó la habitación con la mirada, como si estuviera buscando algo. ¿Armas, tal vez? Había dejado la daga en metida dentro del armario durante la cena, escondida entre varias capas de ropa. No la había creído necesaria para esa ocasión, y en ese momento se negó a que el arrepentimiento por no llevarla encima la hiciese cerrar las manos en puños.

Rhiannon cerró la puerta y se apoyó sobre la madera con los brazos cruzados, aguardando por la respuesta del fae. Él siguió escaneando el lugar durante unos interminables instantes más, deteniéndose un momento en la cama.

— ¿De verdad te crees que tú y yo vamos a acabar casados, Rhiannon? —preguntó de pronto Darren con una mano apoyada sobre uno de los postes de madera de la cama.

Los músculos de Rhiannon se tensaron dolorosamente debajo de su ropa de dormir. Sus ojos adquirieron un brillo acercado que destelló un breve instante, antes de que ella pudiera contenerlo.

Sopesó la pregunta con cuidado, así como su tono. Sabía exactamente lo que había detrás. Lo había escuchado en muchas ocasiones, con más o menos sutileza. Las palabras no pronunciadas hicieron eco en su cabeza como si se hubiera deslizado dentro de la mente de Darren.

Tú, media sangre, hija de una mujer sin una sola gota de sangre real en sus venas.

Los fae habían sido bendecidos por los dioses en su día para ganar la Gran Guerra Inmortal, sí, pero unos eran más favoritos que otros, y no solo los Hijos Predilectos.

Cerró los puños hasta sentir las uñas clavársele en las manos antes de contestar.

—Hay quien piensa que nuestra unión podría tener algún beneficio.

Darren rió con voz ronca.

—Sí, una extensión de esta estúpida paz fría entre nuestras Casas. Un acto de buena fe —añadió con un tono burlón más marcado.

—Una pantomima para evitar que vuelva a comenzar otra estúpida guerra, sí —replicó Rhiannon separándose de la puerta y dando un paso hacia él—. Para evitar que nuestras Casas entren de nuevo en combate y que muera gente...

— ¿A ti que más te da? —la cortó, frotándose la frente como si le estuviera empezando a doler la cabeza.

Rhiannon lo miró con los ojos entrecerrados y una expresión feroz en el rostro. Las sombras de los revocos de la habitación sisearon, pero consiguió controlarlas antes de volver a hablar con voz calmada. Peligrosamente pausada.

— ¿Que qué me importa? Son mi gente. Mi responsabilidad. Su bienestar depende de mí, de mi familia...

—Es curioso que la nieta del general de una de las legiones más grandes y temidas de todo Elter diga eso —la volvió a cortar Darren, y tampoco le dio tiempo a replicar esas palabras—. Perteneces a un pueblo guerrero, belicoso y...

—Somos el pueblo de Dannu —lo interrumpió ella en esta ocasión. La irritación de Darren era patente en el ambiente, pero a Rhiannon no le importó—. Nos hizo guerreros no para ser figurantes en las guerras y batallas caprichosas al servicio de los Hijos Predilecto, sino para defender nuestra tierra y nuestro hogar. No somos peones, somos fae como...

—No, no sois como el resto. Todo el mundo dice que ni siquiera sois del todo fae, le rezáis a una diosa que no es Madre...

Ahora, la que se frotó las sienes fue Rhiannon. Estaba cansada de aquellos comentarios, repetidos una y otra vez a lo largo de su vida. Sobre su ascendencia dannan. Sobre la justificación de las guerras, que los soldados no importaban y que la gente que estaba bajo la protección de

los Hijos Predilectos en realidad tampoco. A veces, no estaba segura de si sentirse desgraciada porque a ella la hubieran educado de manera diferente y por ver el mundo de una forma distinta a quienes la rodeaban. Pero Rhiannon era como era y una de las cosas que la caracterizaban era precisamente eso, sus creencias y sus valores. Y también la habían educado para ir hasta el final con ellos.

—Escúchame, Darren, ya lo he entendido. ¿De acuerdo? Tú no quieres casarte conmigo y yo tampoco quiero ser tu esposa. Mañana volveré a la Sombra y la Niebla y le comunicaré a mi padre que no habrá matrimonio...

Se detuvo cuando apreció el sutil cambio en la postura del heredero del Viento y la Tormenta. Una ligera variación que ella había visto muchas veces en los guerreros con los que entrenaba, antes de que atacasen. Y también en las serpientes que se preparan para lanzarse a por su presa.

Darren se irguió en toda su estatura, separándose del poste con un movimiento brusco y plantándose delante de Rhiannon. Una corriente fría le golpeó el rostro, apartando algunos mechones de cabello suelto, provocada por el movimiento repentino y por el carácter de Darren.

—Tú no eres quien rechaza aquí, media sangre —gruñó inclinándose hacia ella, un sonido grave que a la fae le recordó al viento colándose entre las ramas de los árboles, agitándolas.

Puede que eso fuera lo que su voz le transmitía porque podía sentir el poder de Darren vibrando en la habitación, sacudiendo las contras de la ventana abierta y agitando la tela del dosel de la cama. Rhiannon sintió que su propio poder respondía en consecuencia, pudo ver las sombras curvándose por el rabillo del ojo, pero les ordenó permanecer quietas.

No iba a armar un escándalo por aquello y propiciar el comienzo de una nueva confrontación. No por su culpa.

Rhiannon se alejó un paso de él y señaló la puerta con la cabeza.

—Lárgate, Darren.

Rhiannon vio el gris de los ojos del heredero del Viento y la Tormenta oscurecerse hasta volverse casi negros. Sus pupilas se habían dilatado hasta devorar casi por completo los iris. Sus fosas nasales se abrieron y cerraron como si hubiera estado corriendo de manera frenética. Su pelo de rizos castaños se agitaba levemente como acariciados por unos dedos inexistentes. Y esos dedos se extendieron hasta Rhiannon.

Fue tan repentino que ella apenas comprendió lo que estaba ocurriendo hasta que casi pierde el conocimiento. Le llevó las manos al cuello con los

ojos en blanco y notó el calambrazo del poder desatado de Darren ahí, rodeándoselo, impidiendo que el aire pasase a sus pulmones. El pánico cerró un puño helado en su estómago, oprimió su pecho y su visión se nubló durante un breve instante.

Rhiannon abrió la boca, pero de ella no salió nada.

—Tú no me mandas —murmuró Darren acercándose a ella lo suficiente como para que pudiera notar su aliento.

Su voz era firme, pero esta vez sonaba más dulce, como si le estuviera haciendo una confesión de amor. Lo suficientemente melosa como para que sonase como si estuviera constatando un hecho y no lanzando una amenaza.

Extendió la mano hacia Rhiannon y rozó su mejilla con los dedos. Ella trató de apartarse, pero los dedos invisibles de aire no solo la sujetaban del cuello, sino también de sus brazos y sus piernas, anclándola al lugar en el que se encontraba.

Rhiannon sintió cómo su corazón aumentada su galopada detrás de sus costillas. Cómo la sangre corría frenética en sus oídos, provocándole un pitido horrible. Cómo sus dedos y todo su cuerpo hormigueaban buscando un arma o buscándolo a él, para pegarle y alejarlo de ella. El miedo estaba comenzando a dominarla; lo sabía porque no era una emoción a la que estuviera acostumbrada, y las pocas veces que había tenido que lidiar con ella había dejado un regusto tan desagradable en su boca que se había quedado grabado en su memoria para siempre. La sensación de vulnerabilidad que lo acompañaba hacía que su reacción se agravase, formando un círculo infinito del que solo conocía una manera de escapar.

Trató de cerrar los puños, sentir la presión cortante de las uñas sobre la piel sensible de la palma de las manos para poder reaccionar de una vez, pero tampoco fue capaz de hacer eso.

Darren sonreía de una manera íntima, cariñosa incluso, pero sus ojos brillaban con algo afilado y peligroso. Sus dedos bajaron por la mandíbula de Rhiannon hasta su cuello y agarró la larga y gruesa trenza de pelo negro como la pinta. Frotó las yemas de los dedos contra los cabellos, como si quisiera comprobar que aquel color tan extraordinario era real. O que ella, esa media sangre tan atrevida, realmente estaba delante de él, a su alcance, y que todas las osadías que le había soltado no habían sido un sueño.

Tras un momento que a Rhiannon se le hizo eterno, en el que apenas podía respirar y en el que sentía que los pulmones le ardían y cómo el sudor comenzaba a perlar su frente y su espalda, Darren levantó la mirada hacia ella. Entonces, dio un fuerte tirón de su trenza, violento y

doloroso. Rhiannon quiso gritar, pero apenas salió de su garganta un sonido lastimero y ahogado.

—Si hay alguien aquí que da órdenes, soy yo, no tú.

Rhiannon podría haber detenido lo que vino después si realmente hubiera querido, o eso pensaba ella. Pero no lo hizo.

Se resistió cuando Darren, sin tocarla, la empujó hacia la cama y la hizo quedarse tendida sobre ella, con la espalda mojada de sudor pegada a la tela del camisón y a las sábanas frías. Trató de forcejear, deshacerse del agarre del viento, extender las manos y arañarle la cara cuando él se colocó sobre ella. Rhiannon quiso sacarle aquellos ojos de tormenta con las uñas y sentir su sangre caliente ensuciándole los dedos, salpicándole la cara.

Pero Rhiannon sabía que si se manchaba las manos con la sangre de heredero de la Casa del Viento y la Tormenta, luego vendría más. Más sangre, más dolor, más destrucción. En su propia Casa, la de su propia gente. Y Rhiannon no iba a permitirlo. Haría lo que fuera para mantener a su gente a salvo. Eso era lo que le habían enseñado a ella y a su hermano, tanto su padre como su abuelo.

Las ciudadanas y los ciudadanos de la Casa de la Sombra y la Niebla, sus vidas y su bienestar eran responsabilidad de su gobernante y de su familia. De los Maira. Y aunque los Hijos Predilectos anteriores habían dado prioridad a satisfacer los deseos más salvajes de unos pocos, Kendrick y Gwilym habían trabajado codo con codo para que eso cambiase. Rhiannon no iba a ir en contra de las ideas que habían grabado en su interior desde que había nacido.

Quienes vivían al amparo del escudo del cardo azul y la serpiente negra verían protegidas sus vidas y su bienestar.

Costase lo que costase.

Y Rhiannon hizo aquello que le habían enseñado.

No estuvo sola en ningún momento mientras Darren se encontraba encima de ella. Las sombras la acompañaron. Se entrelazaron con sus dedos allí donde el poder del hijo del gobernante del Viento y la Tormenta no lo sujetaba a la cama, arrullándola, tratando de calmarla y de hacer el momento más... llevadero, si es que eso era posible. Y también, tentándola para que las usase, para que se defendiese y lo apartase de ella. Para que las dejase agujijonearlo con sus dientes de oscuridad, cortantes como la bruma fría de la mañana. Para que lo hiciera sangrar. Para mancharse los dedos con su sangre espesa y caliente. Pero Rhiannon

no lo hizo. No quería y no podía.

No debía hacerlo.

Solo flaqueó una vez, cuando el dolor entre sus piernas, dentro de ella, no fue el único que la laceró. Toda ella se tensó más todavía cuando la boca de Darren se posó en su cuello, en la zona sensible que unía la garganta con el hombro. Siseó entre dientes cuando lo sintió sonreír, rozándole la piel sensible con los incisivos. Y apretó los labios con fuerza cuando sus dientes se clavaron en ella.

Rhiannon cerró los ojos, refugiándose en la oscuridad detrás de los párpados. No consiguió evadirse de la dolorosa presión de los dientes del fae en su cuello, ni de la vergüenza abrumadora del significado que había detrás de ese gesto, ni de la rabia abrasadora ante la impotencia. Pero por lo menos, la oscuridad estaba con ella. Al menos, no estaba sola, fingiendo ser fuerte cuando en realidad sentía que la estaban rompiendo en mil pedazos. Sintiendo que la estaba anulando, a ella, a lo que era, a la sangre que corría por sus venas, a sus decisiones y a su libertad.

Rhiannon cerró los puños hasta que sintió las uñas cortando su piel y se centró en ese dolor y en ningún otro. Se aferró a las sombras y a su oscura calma mientras todo ocurría, mientras las lágrimas se agolpaban tras sus ojos y su sangre hervía dentro de ella. Pero Rhiannon no lloró. Las lágrimas se cocieron en su interior antes de llegar al exterior. Toda ella ardió y el humo de las sombras que la rodeaban en silencio fue lo único que reveló lo que ocurría en su interior.

Cuando todo terminó y Darren se esfumó de su habitación antes de que los rayos del sol asomasen por la ventana, Rhiannon sintió que el poder del viento furioso y la feroz tormenta todavía estaban en la estancia, en su piel. Aun podía sentir los dedos de aire entre su pelo, tirando de él con caricias bruscas y desagradables. Siguió sintiéndolos después de lavarse a conciencia durante largo rato, así como la esencia del poder de aquella Casa al sur del continente feérico, que apenas había quedado disimulada por el jabón.

Se esmeró en lavarse el cabello, tratando de desenredarlo y de eliminar el olor de lo que había ocurrido en la cama momentos atrás. Olor a tempestades, a vulnerabilidad y a calvario. A rabia mal contenida y angustia. A agua salada de lágrimas sin derramar y a vergüenza por haber permitido que ocurriese. Pero ninguno de esos aromas desapareció por mucho que se esforzó. Una parte muy recóndita de su cerebro sopesó la posibilidad de que tal vez nunca se fueran, de que se quedasen allí prendados para siempre y que nunca le permitieran olvidar.

Ni siquiera lloró cuando ese pensamiento resonó en su cabeza con la fuerza suficiente como para que se extendiese por su espalda y al resto de

su cuerpo, arrancándole un escalofrío violento que le provocó un latigazo de dolor que reverberó hasta en el tuétano de sus huesos.

Rhiannon se sentó dentro de la bañera con los brazos rodeando sus piernas y el agua caliente cayendo sobre ella, pero era incapaz de aplacar el frío que sentía dentro. Como si un vendaval de invierno se hubiera instalado en su interior y se negase a abandonarla.

Como un temporal azotando una costa, desgastándola, rompiéndola en pequeños añicos solo por el hecho de estar donde estaba y ser lo que era.

Capítulo 6

Gawain detestaba estar despierto a altas horas de la noche, pero era su fiesta de compromiso, así que no tenía la más mínima opción de escabullirse discretamente. Todas las miradas estaban puestas en él y en su prima, que tenía el brazo entrelazado con el suyo.

Apenas había podido contener la sorpresa cuando la vio avanzar hacia él, antes de recorrer el recibidor del palacio juntos y presentarse formalmente al resto de los nobles de la Casa como prometidos. Estaba preciosa, como de costumbre, con un vestido azul oscuro de manga larga con ribetes negros de encaje en los puños, un lazo negro rodeando su cintura y los hombros caídos, también bordeados de delicada tela negra, mostrando su piel blanca como la luna. Sus hombros quedaban totalmente descubiertos no porque llevase el pelo recogido en un complicado peinado o apartado de la cara con una diadema, no. Sus hombros estaban expuestos porque se había cortado la melena a la altura de la barbilla.

Rhiannon soportó su análisis con la frente en alto y una fina tiara de gemas negras y azules brillando sobre su cabeza con las luces del amplio corredor. Una extraña sonrisa tirante y burlona que no llegaba a iluminar sus ojos negros era su único adorno a parte de la tiara.

La misma pregunta golpeó a Gawain una y otra vez mientras la contemplaba pasmado.

¿Por qué se había cortado el pelo?

Puede que no conociese a su prima igual que a Keiran, pero sabía que Rhiannon adoraba su larga melena de ondas negras como una cascada de tinta. Era un orgullo para ella, igual que para su madre. El cabello negro y los ojos azul oscuro eran distintivos en la familia que había dirigido a los dannan tanto como pueblo como ejército durante generaciones, los Fforddludw. Los colores de la Casa de la Sombra y la Niebla, para disgusto de más de uno.

Cuando Gawain logró recomponerse por fin, le ofreció su brazo para que lo enlazara con el suyo, y ambos salieron del palacio así, unidos por el deber, con Kendrick y su hermano menor, Brycen, el padre de Gawain, siguiéndolos un par de pasos por detrás.

Las reacciones por parte de los presentes tardaron en llegar. Aristócratas en su mayoría, pero también algunos ciudadanos de la Casa que se habían acercado por curiosidad escucharon con atención las palabras de su Hijo Predilecto mientras hacía oficial el compromiso entre Gawain Maira y

Rhiannon Maira Fforddludw, y les daba su bendición.

No hubo aplausos, ni vítores, ni nada similar. Solo asentimientos de cabeza, algunos conformes, otros resignados. Aceptación sumisa, porque tenía que ser así.

Gawain y Rhiannon bajaron las escaleras del palacio despacio y caminaron por el sendero de piedra oscura que llevaba al jardín. Caminaron con parsimonia, dejando que todo el mundo los viera, respondiendo con sonrisas falsas a las que les lanzaban con el mismo tono. El vestido de Rhiannon se arrastraba sobre el pavimento emitiendo un sonido bajo que rompía el silencio solemne del momento. Gawain sentía que el traje que llevaba, negro y decorado con el símbolo de la Casa sobre el pecho en color azul cobalto, pesaba todavía más de lo normal.

Sus ojos se cruzaron con los de su tía Aileana, que le dedicó una sonrisa dulce y cordial. Él trató de devolvérsela, pero sintió que solo conseguía formular una mueca torcida. Una punzada de malestar aguijoneó su pecho; adoraba a su tía por todo lo que había hecho por él, por todo lo que lo había ayudado a sobrevivir en aquel nido de víboras al que sentía que nunca pertenecería de verdad. Detestaba no poder corresponder de la misma manera a la mujer que se había preocupado por él como si fuera su madre.

Y con ese pensamiento en mente, los ojos de color azul cerúleo de Gawain se cruzaron con los de la mujer de la que los había heredado. La expresión de su madre fue completamente diferente a la de Aileana. Cólera e irritación no eran las palabras apropiadas para describirla, pero a Gawain en ese momento no se le ocurrieron otras.

Su mirada se desvió rápidamente y se encontró con la Keiran. No podía decirse que fuera amigable, pero por lo menos no había desprecio en ella. Solo un leve resentimiento por no haberle contado los planes de sus padres. Gawain le lanzó mentalmente la que probablemente fuera la millonésima disculpa desde que se había hecho oficial su compromiso y siguió avanzando junto a Rhiannon.

Una tímida luna creciente los observaba desde el cielo parcialmente encapotado y Gawain se dio cuenta de lo poco acostumbrado que esta a tener ese astro misterioso sobre su cabeza. A veces pensaba en lo curioso que era pertenecer a la Casa que hacía referencia a la oscuridad y la penumbra y lo poco interesando que se sentía por la noche y todo el misterio que la envolvía. Él era un hijo del amanecer y de la mañana, una criatura diurna como una alondra, le había dicho Aileana una vez. Había nacido con las primeras luces del día, y eso parecía haber marcado de su carácter de por vida.

Su mente se encontraba perdida en esos pensamientos mientras caminaba, paseando su mirada por los presentes con desinterés, cuando su vista se enfocó en la figura vestida con un largo manto de color blanco. La realidad de donde se encontraba y lo que estaba a punto de ocurrir volvió a cernirse sobre Gawain con brusquedad.

Su respiración se aceleró ligeramente, la ropa de gala que llevaba puesta volvió a pesar desmesuradamente, sobre todo el símbolo que llevaba sobre el pecho, y el lugar en el que su brazo se entrelazaba con el de Rhiannon comenzó a hormiguearle.

Gawain siempre había apreciado el silencio, pero en ese momento se le hizo demasiado pesado y no pudo evitar que las palabras salieran de su boca.

—Pensaba que tardarías más en decidirte —murmuró entre dientes, lo suficientemente bajo como para que nadie más que su acompañante pudiera escucharlo.

—Eres un partidazo, primo —respondió ella de la misma manera con un dejo burlón en su tono—, no había mucho que decidir.

Él resopló en silencio. La miró por el rabillo del ojo y se topó con la pálida piel de su hombro brillando levemente con la luz de la luna.

Quería preguntarle por su pelo, por qué se lo había cortado así de una manera tan repentina, pero algo le decía que no era el momento adecuado.

—Keiran se ha enfadado porque ninguno de los dos se lo hayamos dicho con antelación al anuncio de tu padre —dijo para volver a llenar el silencio.

Rhiannon hizo amago de encogerse de hombros, pero notó que se contenía en el último momento. Un gesto muy poco elegante para una dama de su posición y que no debía de hacerse en público, había escuchado a su madre criticar en más de una ocasión. El desinterés se mostraba con un despreciativo ademán de manos entre los aristócratas.

—Ya se le pasará. Keiran se enfada por muchas cosas, esto no va a matarlo.

—Se preocupa por ti.

Ahora, la que resopló fue Rhiannon.

—Tengo cuarenta y tres años.

—Pero él siempre va a ser tu hermano mayor.

—Estas sonando igual que él y que mi madre.

Gawain fue replicar, pero se calló cuando su mirada volvió a fijarse en la figura que tenían delante, a escasos pasos ahora.

Una sacerdotisa aguardaba delante de la majestuosa estatua de la serpiente negra y el cardo azul con un manto blanco sobre sus hombros y dos sencillas tiras de algodón rojo en sus manos. Cuando se detuvieron ante ella, la luna arrancó destellos de los hilos dorados y plateados que adornaban la tela del manto como si les hiciera un guiño.

Había llegado el momento de formalizar su compromiso ante los ojos de los dioses. Y de los que se proclamaban hijos favoritos de los dioses.

La sacerdotisa ató un lazo rojo en la muñeca derecha de cada uno de los componentes del futuro matrimonio y pronunció unas solemnes palabras que Gawain apenas escuchó. La sangre corría demasiado rápido en sus oídos, tapando todos los sonidos a su alrededor.

No comprendía por qué aquello le estaba resultado tan difícil. Estaba haciendo lo mejor, para su Casa, para las personas que quería y para sí mismo. Lo sabía, se lo había repetido una y otra vez durante días. Rhiannon era la mejor opción...

Pero un matrimonio no debería de basarse en algo así. Puede que fuera un romántico o un ingenuo, pero había albergado la esperanza de que llegaría a casarse por amor. Había encontrado a alguien con quien quería hacerlo, y ahora...

La sacerdotisa terminó de cantar sus alabanzas y sus plegarias. Un breve latido de poder se extendió por las muñecas de los recién prometidos, sellando así su compromiso de volver a reunirse para poder llamarse a partir de ese momento marido y mujer. Gawain y Rhiannon se miraron. Ella trató de sonreír, pero el gesto, de nuevo, no le llegó a los ojos. Él no se molestó en tratar de formular una mueca parecida; le ofreció el brazo de nuevo y se giraron juntos hacia la multitud que los observaba.

Gawain miró a su tío y su padre, situados cerca de ellos. Kendrick les dedicó un asentimiento con la cabeza en señal de conformidad, pero Brycen no movió un solo músculo. Sus ojos oscuros, castaños en lugar de negros como los de su hermano mayor, se clavaron en Gawain sin piedad.

Podría haberse negado a aquella unión. Debería haberlo hecho, según su padre. La sangre de los Maira ya había sido manchada cuando Kendrick se casó con Aileana y tuvieron a sus hijos. No era necesario mancillar todo el linaje, le había dicho Brycen a su hijo cuando el Hijo Predilecto les había comunicado la posibilidad de que Rhiannon se casase con él. Lo había comentado a espaldas de su hermano, por supuesto. Kendrick sabía que su hermano no lo apoyaba en la mayoría de decisiones desde el momento en el que había contraído matrimonio con Aileana, pero no era necesario expresárselo a la cara. Eso no era algo que los aristócratas hicieran.

Gawain sabía que su padre todavía tenía la esperanza de que él heredase los poderes de la Casa cuando Kendrick muriese, en lugar de Keiran o cualquiera de sus hermanos. Porque ellos eran media sangre y de ninguna manera podían llevar en su interior los poderes de sus dioses más importantes. Pero Gawain sabía que aquello no ocurriría. Él no era una criatura de la noche y de las sombras como Rhiannon, y a pesar de que sí era observador como Keiran y tenía cierta habilidad para leer a las personas, la niebla no corría por sus venas.

Gawain solo era una alondra que se levantaba con las primeras luces del día, y un ratón de biblioteca en sus ratos libres.

Los recién prometidos volvieron a pasearse entre los presentes, esta vez interactuando con ellos. Aceptaron sonrisas demasiado grandes y tirantes, comentarios de admiración y buena suerte chillones y forzados, falsa alegría por su unión y reverencias sencillas, no excesivamente profundas. Cuando consiguieron librarse tanto de nobles como de humildes ciudadanos, Gawain y Rhiannon se reunieron con quienes no les lanzarían comentarios melosos y miradas veladas de falsa cordialidad.

Keiran fue el primero que los interceptó. Nerys, su pareja desde hacía casi una década, iba cogida de su brazo. Gawain no estaba seguro sobre si sorprenderse de que no hubieran sido ellos los que anunciaran su compromiso primero. Sabía que Keiran estaba más que preparado para dar el paso, le constaba que quería hacerlo, pero Nerys...

Gawain la observó disimuladamente con detenimiento. Nerys era la hija mayor de un aristócrata de bajo rango, y también era todo lo que se esperaba de alguien como ella. Elegante, atractiva y buena mentirosa, pero había algo que la diferenciaba del resto. No se sentía cómoda con los que supuestamente eran como ella, los fae con sangre noble en sus venas. Nerys era un espíritu libre y aventurero de una manera a similar a como lo era Rhiannon, pero en el caso de la primera, ella le daba más importancia a lo que dijeran los demás a sus espaldas. Gawain la conocía desde antes de que Keiran hubiera comenzado a verse en secreto con ella y siempre le había parecido una cachorra de lobo a la que habían criado para ser un perro. Podían intentar domesticarla, pero nunca dejaría de ser

una criatura salvaje.

Keiran y Nerys se habían dejado ver en público como pareja con anterioridad, pero había sido en contadas ocasiones. Los padres de ella, aunque nunca lo hubieran expresado en voz alta, pero no aprobaban la relación de su hija con Keiran, por mucho que fuese el hijo mayor de su Hijo Predilecto. Keiran lo sabía perfectamente y no quería causarle problemas a su amada, pero también quería más. Gawain sabía cuánto más quería y qué era lo que deseaba, y lo mucho que significaba para Keiran, pero para Nerys...

Gawain se había dado cuenta de cómo su primo y amigo miraba a la joven fae, así como también había notado cómo ella lo miraba a él. Había cariño en sus grandes ojos de color castaño claro, brillaban con más intensidad cuando se fijaban en el heredero de la Sombra y la Niebla. Pero estaba seguro de que su brillo no era igual de intenso que el que aparecía en los ojos de color cobalto de Keiran cuando la miraba a ella.

La voz de su primo lo hizo parpadear y volver a centrarse en la escena que se desarrollaba delante de él.

—Siendo tu hermano —dijo Keiran señalando a Rhiannon—, tu primo —señaló ahora a Gawain— y vuestro amigo —hizo un gesto acusador con el dedo hacia ambos—, esperaba enterarme de una manera diferente que el resto de la gente.

Rhiannon miró a su hermano con una ceja enarcada antes de contestar y llevarse una copa a los labios. Gawain había estado tan ofuscado con el ambiente que los rodeaba que ni siquiera se había dado cuenta de que alguien les hubiera ofrecido de beber.

—Eso te pasa por tenerte a ti mismo en tan alta estima, Keir.

Keiran la miró contrariado y Nerys se rio a su lado. La fae de pelo trigueño fue la que replicó, pero Gawain no la escuchaba. Su atención estaba en su primo, al que le abrió la mente para poder comunicarse con él.

Keiran miró por encima de Nerys hacia él y se escurrió dentro de su cabeza, provocándole un estremecimiento. Los pinchazos que sentía dentro del cráneo cuando Keiran entraba en él cada vez eran menos dolorosos, pero todavía los sentía como si le hubieran clavado un puñal de hielo en el cerebro.

No voy a hacerle daño le transmitió.

Keiran tardó unos segundos en contestar. El poder de la niebla actuaba de una manera extraña; quien lo portaba no podía leer el pensamiento en un sentido estricto, no escuchaba las palabras que la otra persona

pronunciaba mentalmente, sino que las percibía y tenía que interpretarlas. Keiran todavía estaba aprendiendo a descifrar los ruidos que escuchaba en las mentes de otros y a darles sentido.

Lo sé contestó finalmente empleando un tono demasiado alto que por poco provoca un gruñido indecoroso por parte de Gawain. Casi me preocupa más que ella pueda hacértelo a ti.

Gawain desvió su atención hacia el suelo para poder ocultar la tenue sonrisa que asomaba en sus labios. Sí, puede que los dos hubieran recibido entrenamiento como guerreros con los dannan, pero en un combate físico, Gawain no tenía nada que hacer contra su prima.

Nunca voy a intentar quitarle su libertad repuso volviendo a levantar la mirada.

Ya sabes lo que le ocurre a un animal silvestre si lo encierres.

Gawain no le contestó. Sí, sabía lo que les ocurría a los animales salvajes si se les privaba de su libertad.

Morían, irremediablemente. Y conociendo a su prima...

Una mano se apoyó en su hombro y lo hizo dar un respingo en el sitio.

—Que no se lo dijeseis a Keir tampoco es tan importante pero, ¿y a mí?

Idris apareció a su lado, acompañado de Alai. Su amplia y blanca sonrisa contrastaba contra su piel negra, que casi brillaba a la luz de la luna y los farolillos del jardín. El cabello rojizo de Alai también parecía refulgir bajo la iluminación del lugar. Los labios de Gawain volvieron a estirarse al ver a sus amigos sin que pudiera remediarlo. No los había visto cuando se había acercado a la sacerdotisa con Rhiannon. Supuso que se encontraría lo suficientemente lejos como para que los miembros de la nobleza no notasen demasiado su presencia. Los dannan nunca eran bienvenidos en los terrenos del palacio.

— ¿Por qué iba a ser más importante contártelo a ti que a mi hermano?

—replicó Rhiannon.

—Porque yo fui quien os enseñó a ambos a aguantar una espada en las manos sin que se os cayese con un ataque enemigo —respondió el guerrero, lanzándole una mirada significativa a Gawain, que se mordió el labio discretamente para evitar que su sonrisa se hiciera más grande. Puede que a veces no lo pareciera, pero Idris tenía una paciencia increíble para enseñar a los patosos con las armas como el propio Gawain—. Gracias a mí, conseguisteis superar todos los círculos de entrenamiento

sin que acabaseis con las tripas esparcidas por la tarima.

—Bueno, eso lo dirás por mi futuro marido. Yo soy una dannan —sentenció Rhiannon resulta con un encogimiento de hombros—, tengo un talento natural para patear traseros.

Ahora, el que lanzó una mirada cargada de significado a Gawain fue Keiran. La prueba de que las palabras que habían intercambiado mente a mente eran ciertas, aunque en realidad no era necesaria.

—Tú tienes un talento natural para irritar hasta a los dioses dormidos, Rhiri —atacó ahora Alai—. Hemos hecho una apuesta sobre cuánto va a tardar Gawain en recluirse definitivamente en la biblioteca de la capital.

—Es una broma —soltó Gawain sin poder evitarlo.

Idris y Alai se limitaron a mirarlo con sendas sonrisas cargadas de travesura. Gawain suspiró. Claro que no era una broma.

— ¿Tú también? —escuchó que Rhiannon le preguntaba a su hermano.

Keiran le dedicó una mueca ladeada de disculpa que estaba ligeramente teñida de travesura.

—La idea fue mía.

—Por supuesto —puntualizó Nerys poniendo los ojos en blanco.

—Como tú no has participado...

Nerys le dio un manotazo en el antebrazo. Keiran rio y le pasó el brazo por la cintura, atrayéndola hacia sí para darle un beso en la coronilla. Gawain se contuvo de echarle un vistazo de reojo a Alai para ver su reacción ante ese gesto de cariño, aunque no sintió ningún tipo de tensión emanando de él.

Muchos años atrás, su primo y el guerrero dannan habían mantenido una relación que había ido más allá de la amistad. Gawain no estaba seguro de si amor era la palabra indicada para definir lo que habían sentido el uno por el otro, pero sin duda atracción lo era. Alai nunca había mostrado rencor hacia Keiran cuando este decidió terminar sus encuentros después de haber conocido a Nerys, pero Gawain se había dado cuenta de que en sus ojos aun brillaba algo que no nacía de la simple amistad. El guerrero había comprendido que si el heredero de la Casa había decidido terminar aquella relación era porque estaba sinceramente enamorado de la joven aristócrata.

Todo el mundo conocía los gustos variados de Keiran con sus parejas, tanto las más formales como las más ocasionales, y eso nunca había supuesto un problema en ningún sentido. Los feéricos nunca ponían trabas a la hora de buscar placer, ni tampoco con quien se hiciera. Las relaciones entre inmortales del mismo sexo eran frecuentes, casi podía decirse que era extraño quienes nunca habían experimentado con ambas opciones. De hecho, a nadie le hubiera importado que el hijo mayor del gobernante de la Casa y presumiblemente futuro heredero de esta se casase con un hombre, a no ser, claro, que este fuera un dannan. En la Sombra y la Niebla muchos ya tenían claro que con un solo matrimonio de esas características ya había sido suficiente para el resto de la eternidad. Pero por el hecho de que ese matrimonio fuera con otro hombre, nadie habría protestado. Keiran simplemente debía asegurarse de que el linaje Maira no terminase, y para eso no hacía falta amor.

Rhiannon fue a replicar a las últimas palabras de su hermano y de Nerys, pero entonces dos figuras pequeñas pasaron corriendo entre el grupo que formaban los recién prometidos y sus amigos. Como dos pequeños torbellinos de cabellera negra y vestidos con los colores de la Casa, los mellizos Iver y Carys zumbaron a su alrededor con risas joviales e inocentes hasta desaparecer entre el gentío que seguía todavía en el patio del palacio.

Los seis se los quedaron mirando mientras se perdían entre los nobles, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Gawain sintió que sus labios se estiraban. Apenas había pasado tiempo con ellos, pero adoraba a sus primos más pequeños. Los gemelos y los mellizos eran extremadamente raros en los feéricos mayores, y se consideraban un símbolo de buena suerte y de bendición por parte de los dioses. Que Aileana y Kendrick los hubieran tenido había hecho que los dientes de muchos rechinasen más de lo que ya solían hacer. Algunos habían especulado sobre la posibilidad de que no fueran hijos del Hijo Predilecto, pero eran acusaciones vacías. Los mellizos tenían los ojos negros y profundos de su padre, idénticos a los de su hermana mayor. Su manera de enarcar una ceja cuando se los contrariaba gritaba Maira a los cuatro vientos.

Lo único que empaña levemente la felicidad de ese par de fierecillas era la salud de la niña, Carys. Era extraño que los feéricos fueran seres enfermizos de nacimiento, pero en ocasiones ocurría que su salud fuera débil y que enfermasen con relativa facilidad, aunque no hasta el punto en el que lo hacían los mortales. Con los gemelos y mellizos solía ocurrir con más frecuencia, pero el poder de los dioses que habían heredado de los Maira debería haber paliado esas dolencias. Carys, sin embargo, era una criatura de huesos que se fracturaban con facilidad, al menos en términos feéricos, y con una capacidad pasmosa para enfermar ante el mínimo cambio en el clima. Esto no le permitía corretear tanto como a una niña

inquieta de su edad le gustaría, ni ella ni a Iver, que se quedaba a su lado hasta que su compañera de juegos volvía a estar lista de nuevo para compartir aventuras con él. Puede que el paso por la Turas Mara, cuando se produjese, aliviase esos pequeños defectos. Si la superaba, claro.

Gawain se reprochó en silencio ese último pensamiento. Claro que lo superaría. Era una Maira, y además una Fforddludw. Podía superar cualquier obstáculo que se le pusiera por delante, incluso un viaje de ida y vuelta de la muerte.

Las risas de Iver y Carys siguieron escuchándose aun cuando los perdieron de vista. Sonaban más altas que los murmullos venenosos de los fae y que la música melosa que había comenzado a escucharse luego de que la sacerdotisa hubiera terminado de cantar. Puras e inocentes, tuvieron sobre Gawain un efecto calmante igual que el de una sonrisa amiga tras un mal sueño.

Rhiannon aflojó su agarre del brazo de Gawain, pero no lo soltó. Él pudo sentir como su cuerpo se pegaba más al suyo, como si estuviera buscando calor. Gawain también se inclinó un poco más hacia ella y se permitió seguir soñando.

Capítulo 7

Rhiannon nunca había tenido ciclos regulares, pero jamás había experimentado un retraso de diez días. Eso la había llevado a alejarse más de la capital de la noche anterior e internarse en el norte de Tierra de Nadie, buscando algo que necesitaba.

Desde la noche en la que se había formalizado su compromiso con Gawain pasaba más tiempo en el palacio. No porque quisiera, sino porque era lo que se esperaba de ella. Ahora, Rhiannon y su futuro marido compartían una habitación en el ala residencial, ocupada también por otros nobles con los que compartían parentesco cercano. Ese era el único cambio evidente en su vida desde el compromiso. O lo había sido hasta esa mañana.

Rhiannon y Gawain no se veían ni hablaban mucho más que antes a pesar de que ahora compartían cama, si es que se le podía llamar así a lo que hacían. Él seguía levantándose con los primeros rayos del sol y desaparecía durante horas; no solían coincidir en la hora de la comida y Gawain tampoco se dejaba ver por el palacio durante la tarde. Por las noches, cuando él se iba a dormir, Rhiannon era la que salía del palacio. Visitaba la capital, la casa que allí tenía y a sus gentes, mezclándose con ellos como una más. Los escuchaba hablar de lo que quisieran compartir con ella, ya fuera banalidades de su día a día como otras pequeñas quejas sobre asuntos más importantes, más relacionados con la Casa. Nadie tenía miedo de hablar de aquel tipo de cosas delante de la hija del gobernante de su territorio, porque confiaban en ella. Rhiannon no sabía en qué momento había acontecido, ni tampoco qué era lo que había hecho exactamente para ganarse la confianza de sus ciudadanos de aquella manera, pero tampoco le importaba demasiado. Ellos le hablaban y ella escuchaba con atención para luego hacer todo lo posible por ayudarlos. La joven era como una sombra; discreta, pero siempre presente. Los ciudadanos y ciudadanas la tratan como si no fuera una aristócrata ni una descendiente de un pueblo guerrero. Solo una simple habitante más de su ciudad y de su Casa, quizás con un poco más de respeto y con la cabeza ligeramente más baja a la hora de mirarla a los ojos. Y, por supuesto, también visitaba a sus caballos. Salía a cabalgar con alguna de las yeguas durante largas horas hasta que el cielo comenzaba a adquirir el color de los ojos de su hermano y regresaba.

Los paseos a caballo eran lo que más le gustaba. Para Rhiannon significaban paz y libertad, fieras e indómitas. Desde que había vuelto del Viento y la Tormenta sentía que los necesitaba más que nunca. La calmaban, la hacían sentirse viva y dueña de sí misma durante las horas que duraban. Hasta la noche anterior.

Rhiannon se movió para aliviar la rigidez que sentía en el cuello y el agua onduló a su alrededor. Llevaba metida en la bañera de la habitación que

compartía con Gawain... no sabía exactamente cuánto.

Se había deslizado en el interior del cuarto poco antes de que el sol comenzase a salpicar el cielo de tonos rosa y se había metido en la cama al lado de su prometido luego de cambiarse de ropa a toda prisa. Había cerrado los ojos y había tratado de pausar su respiración durante los interminables momentos que pasaron hasta que Gawain por fin se levantó, se vistió y salió de la habitación en silencio. Luego de escuchar el clic de la puerta, se había levantado de un salto, había cogido las hojas de diente de león que había recogido esa noche y se había encerrado en el baño.

Metida en la bañera, cruzó los brazos sobre la parte baja de su vientre, pero no había nada protector en ese gesto. Rhiannon estaba esperando. Algo, no sabía exactamente el qué. Un movimiento, aunque sabía que era imposible todavía. Alguna pequeña chispa de vida, algo que notase que no era del todo suyo, algo que no encajase. Pero no había nada de eso, por lo menos en su cuerpo todavía no. Sin embargo, las hojas de diente de león se habían tornado rojas. Rhiannon sabía que no era un método completamente fiable, que lo mejor era ir a una sanadora o esperar más días, pero cuando el color bronceado aparecía sobre las hojas frescas después de haber orinado en ellas una hora antes, no había duda.

Estaba embarazada.

Rhiannon lo sabía antes de haber visto el resultado, pero no quería creerlo. Se había aferrado a la posibilidad de que fuera un retraso normal, le había rezado a Dannu porque así fuera, incluso a Madre. A cualquiera que quisiera escucharla. Pero ninguna deidad lo hizo.

Había llenado la bañera de agua caliente luego de haber mirado las hojas teñidas de un color poco natural y se había metido dentro, esperando que con eso pudiera disipar el frío que se había instalado en su interior.

No lo había conseguido. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba en el agua. La había cambiado varias veces sin salir de la bañera, abriendo el grifo con el pie y destacando el desagüe con ayuda de los dedos. Cada vez la llenaba más y hacía que el agua estuviera más caliente, pero Rhiannon seguía estando congelada.

Escuchó un siseo a su lado y giró la cabeza en su dirección, el pelo corto haciéndole cosquillas sobre la piel del cuello. Había una sombra negra y alargada asomada al borde de la bañera. Siseó de nuevo, tratando de decirle algo, pero Rhiannon no la comprendió. Alargó la mano hacia ella para tocarla y que se extendiera por sus dedos. Fue vagamente consciente de que tenía la piel enrojecida por el calor del agua.

La sombra murmuró cuando tocó sus dedos y creyó distinguir una palabra entre los sonidos silbantes, como soplo de aire por una cerradura.

Rhiannon.

La joven frunció el ceño y una pequeña arruga apareció entre sus cejas negras. Siguió mirando a la serpiente de oscuridad, tratando de discernir qué era lo que trataba de decirle...

Un golpe suave contra la madera de la puerta hizo que diera un respingo. La sombra se estremeció y se escabulló de su vista.

— ¿Rhiannon?

Esa era la voz de Gawain. Parpadeó y miró hacia la ventana, esperando encontrarse el sol en lo alto; eso explicaría por qué había vuelto. Sería la hora de comer y querría que la compartieran juntos, para guardar las apariencias. Pero Rhiannon no se topó con un firmamento azul como los ojos de Gawain, sino negro como los suyos, sin estrellas y sin luna.

No podía ser que se fuera de noche. No había notado su llegada...

Escuchó el sonido de la puerta del baño abriéndose y se volvió. La cabeza rubia de Gawain se asomó con cautela. Cuando la encontró en la bañera, entre sus cejas apareció una pequeña arruga, gemela a la que había estado en el ceño de la joven momentos antes.

— ¿Te encuentras bien?

Los labios de Rhiannon se separaron por inercia para hablar, pero de su boca no salió nada. Iba mentirle. Debería hacerlo.

No quería hacerlo.

Rhiannon quería gritar. Gritar y chillar, algo que hiciera que su cuerpo vibrase y que el frío en sus huesos desapareciese. No mentir. Estaba harta de mentir y de guardar las formas, como si no pasara nada. Estaba harta de pretender y de disimular que no pasaba nada. Que nadie le había hecho nada.

Pero no podía.

No debía. No si quería lo suficiente a su pueblo.

Los ojos comenzaron a escozerle y ella se hundió más en el agua, incapaz de soportar la mirada de Gawain. Volvió a cubrirse el vientre con los brazos por debajo de la fina capa de espuma blanca y cerró los ojos. Convirtió sus manos en puños, pero no sintió el familiar escozor en las

palmas de las manos, sino otro diferente, en las puntas de sus dedos. Un dolor leve, amargo. Y frío.

Escuchó el sonido de pasos acercándose y ella apretó más su propio abrazo.

—Rhiannon...

Ella siguió con los ojos cerrados, apretando ahora también los labios. Quería hablar, pero no debía. Quería contarle a alguien lo que ocurría, pero no podía. Quería que alguien la ayudase porque ella no sabía qué hacer...

De pronto, sintió calidez. En su hombro, justo al lado de la clavícula. Un punto de calor pequeño, pero que casi irradiaba hacia todo su cuerpo. Hacia su interior.

Abrió los ojos y se encontró a Gawain arrodillado a su lado, mirándola con gesto preocupado y confuso. El calor que Rhiannon sentía en su hombro eran los dedos de su prometido, tocándola con dos dedos muy suavemente.

Los ojos azules del fae, habitualmente fríos e inexpresivos, estaban cargados de preocupación. Por ella. Rhiannon detestaba que cualquiera la mirase de esa manera, pero no fue odio lo que sintió hacia su primo cuando encontró esa emoción en su mirada. Era un sentimiento diferente, más cálido, un sentimiento que la derritió por dentro, aunque lo suficiente como para que las lágrimas asomasen por sus ojos. Pero sí lo bastante como para que el nudo de su garganta se deshiciera y las palabras brotasen de sus labios.

—Estoy embarazada.

Decirlo en voz alta hizo que algo dentro de ella se retorciese. Apretó más los brazos alrededor de su barriga por inercia.

De repente, la realidad de lo que le ocurría fue abrumadoramente real. Los hechos que habían tenido lugar en la Casa del Viento y la Tormenta volvieron a su mente, provocándole de nuevo una sensación de vulnerabilidad y desamparo que consiguieron que la calidez del agua casi hirviendo a su alrededor pasase desapercibida. Volvió a sentir dedos de vientos enredados en su melena, ahora corta, a pesar de que la ventana de la estancia estaba cerrada.

Tenía que haberse tomado el tónico anticonceptivo al día siguiente, nada más llegar a su Casa. Había sido una estúpida por pensar que Darren sí se lo tomaría; muy pocos hombres lo hacían, pero al tratarse del hijo de un gobernante, Rhiannon había querido pensar que sería más cuidadoso con

a quién dejaba embarazada. Además, ella no conocía a nadie que pudiera administrárselo con discreción, sin que nadie se enterase de que algo le había ocurrido; nunca lo había necesitado.

También había sido una estúpida por pensar que Dannu no permitiría que aquello le ocurriese a ella, a una de sus hijas.

Puede que hubiera tenido que rezar con más fuerza. Puede que su diosa también pensase que se merecía aquello. Puede que se tratase de algún tipo de prueba, pero Rhiannon no sabía qué era lo que la deidad principal de los dannan quería que demostrase enfrentándose a aquella situación.

Lo único que sabía con seguridad era que estaba embarazada y que no tenía ni idea de que ocurriría a continuación.

Los ojos de Gawain se abrieron un poco más. Si no se hubiera encontrado tan cerca, lo más probable es que Rhiannon no se hubiera dado cuenta. La garganta de su primo se movió arriba y abajo antes de hablar en voz muy baja.

—Si quieres tenerlo podemos decir que es mío. Sería un poco escandaloso después de haber anunciado nuestro compromiso hace tan poco, pero...

—No quiero tenerlo.

Gawain cerró la boca y la miró con más detenimiento. El azul claro de sus ojos siempre le había recordado a la superficie helada de un lago, pero en ese momento a Rhiannon le recordó más a un cielo despejado en primavera, donde no había tempestades y todo esto estaba en calma. Un cielo que invitaba a descansar y dejarse calentar por el sol que lo alumbraba.

— ¿Puedo preguntarte quién es el padre? —preguntó Gawain, su tono neutral y al mismo tiempo cauteloso.

Ella tragó saliva, los recuerdos volvieron a agolparse en su mente, zumbando como el viento entre los árboles un día de borrasca. Tan vívidos que creyó sentir otra vez el olor y el sabor del poder de la Casa del sur sobre ella, entrelazándose en su melena. Tan a flor de piel que pensó que Gawain podría verlo, pero no apartó la mirada de la de su prometido.

Rhiannon no podía decírselo. No debía. Pero lo hizo de todos modos.

Sin apartar la mirada de esos ojos azules, casi sin parpadear, Rhiannon le contó a Gawain lo que había sucedido en la Casa del Viento y la Tormenta. Le habló del recibimiento que había tenido, de los comentarios velados de desprecio por su ascendencia dannan, y le habló de lo que Darren le había hecho. No se paró en los detalles, porque sabía que no eran necesarios y

porque ella no quería volver a revivir el momento otra vez. Gawain tampoco se los pidió.

Cuando terminó de hablar, los ojos de su prometido se habían cubierto de nubes que prometían una ventisca y que estuvieron a punto de provocar un temblor en Rhiannon.

— ¿Por qué no se lo has contado a nadie hasta ahora? —le preguntó con un hilo de voz.

— ¿A quién se lo diría? —replicó Rhiannon apartando por fin sus ojos de los de Gawain, perturbada y abrumada de nuevo a pesar de que por fin había dicho en voz alta lo que llevaba reconcomiéndola días interminables— ¿A mi madre, que iría ella misma al Viento y la Tormenta a cortarle las pelotas? ¿A Keiran y a mi padre, para que empezasen otra guerra por mi culpa? —negó con la cabeza.

Imágenes en blanco y negro de destrucción y dolor pasaron por su mente demasiado rápido como para que pudiera distinguirlas con claridad, pero lo suficientemente despacio como para saber lo que expresaba. Blanco, negro, miles de tonalidades de gris, y rojo

—No quiero problemas...

—No es tu culpa, Rhiannon.

La firmeza con la que Gawain habló hizo que Rhiannon se estremeciese con violencia, como si le hubieran dando un descarga de poder. Volvió a hacer el mismo gesto de negación.

—Será mi culpa si muere gente, si destruyen mi tierra, mi hogar... Será lo que ocurra si alguien se entera, Gawain.

Rhiannon notó que él se revolvía a su lado, pero no le replicó. Sabía que lo que su prima decía era cierto. Si su familia se enteraba de lo que Darren le había hecho, no iban a pasarlo por alto con un simple gesto airado o con un comentario despectivo en la siguiente reunión entre los Hijos Predilecto, que se celebraría en una semana con motivo del Samhain, aunque eso significase el fin de más de una década de calma fría entre las dos Casas. Habría una guerra, habría sangre y habría muerte.

Por ella.

Cuando volvió a hablar, apenas fue consciente de que lo estaba haciendo.

—Creo que no he hecho nada para merecérmelo. Nada. Nada de lo que...

—No se te ocurra pensar eso ni por un solo momento.

Gawain se inclinó más hacia ella. Rhiannon pudo sentir su aliento cálido en la mejilla y el movimiento de sus dedos en su hombro desnudo, vacilantes. No se apartó ante su contacto, sino que su cuerpo, sin que ella pudiera detenerlo, se acercó un poco más a su lado, a pesar de tener de por medio la barrera de la bañera.

— ¿Estás segura de que es de Darren? —preguntó Gawain tras una pausa de pesado silencio.

Rhiannon cerró los ojos antes de contestar. Sabía que no era un comentario que naciera de la duda ante la confesión que le había hecho, pero igualmente la hizo sentirse hastiada.

Y, sin embargo, siguió sin apartarse.

—Nunca me he acostado con un hombre, Gawain. Solo con mujeres.

Su primo se limitó a hacer un gesto de comprensión con la cabeza. A Rhiannon no estaba segura de si sorprenderse de que no lo supiera. Solo les había hablado de sus preferencias explícitamente a su madre y a su hermano mayor (y con las mujeres con las que había estado, claro), aunque no fuera algo de lo que se avergonzase o por lo que fueran a señalarla con el dedo. Otra de las cosas en las que los feéricos se diferenciaban de los humanos era que los primeros no tenían problemas con las preferencias sexuales de otros. Que cada uno compartiera la cama con quién le apeteciera y que lo disfrutase cuanto pudiera. Rhiannon simplemente quería mantener su vida privada de esa manera, para sí misma.

—Conozco a una sanadora que puede ayudarte —habló Gawain, sus dedos moviéndose por su piel helada con suavidad—. Es discreta, nadie tiene por qué enterarse de esto. Podemos ir mañana al anochecer, si quieres.

Rhiannon parpadeó. Tardó un momento en comprender sus palabras y lo que implicaban. El ofrecimiento que había en ellas. La solución a su problema.

Problema, una palabra tan cruel... pero correcta en ese momento para ella.

Junto más los brazos sobre su vientre, repentinamente consciente de la posibilidad que se abría ante ella. Se encontró pensando en cosas que nunca antes se le habían pasado por la mente; demasiados pensamientos, demasiado rápidos. Pero había uno de ellos que sobresalía por encima del

resto. Dos, en realidad.

Uno nació del deber y el otro del querer. Tenía que hacerlo y quería hacerlo.

Rhiannon cruzó su mirada de nuevo con la de Gawain.

—De acuerdo —murmuró Rhiannon—. Pero no tienes que venir conmigo, si me dices quien...

—No vas a ir sola, Rhiannon —replicó Gawain con un tono firme que a la joven le recordó a la voz de su padre cuando dictaba una orden que no admitía réplica, un tono muy Maira—. No puedo imaginarme por lo que estás pasando —añadió después de tragar saliva—, pero sé que no deberías hacer esto sola. Yo estaré contigo, ¿de acuerdo? Después de todo —sus labios se estiraron muy levemente con una sonrisa que no llegó a sus ojos— vamos a ser marido y mujer dentro de poco.

Rhiannon escudriñó los ojos de su primo con detenimiento. Gawain se había criado en el palacio como un noble más, y también con los dannan durante sus años de entrenamiento, aunque por su sangre no corriese la misma que la de los hijos de Dannu. Lea siempre le había enseñado que la sangre de la familia corría muy espesa por las venas y Rhiannon siempre había pensado que nadie con un linaje puro como el de Gawain pudiera cambiar lo que era. Un Maira puro al que le habían enseñado a mentir y a engañar. Pero Rhiannon también creía que todo el mundo podía cambiar lo que le habían enseñado que debía ser y hacer. Y los ojos de Gawain, tan azules y límpidos, tan repentinamente abiertos y sinceros... La poca desconfianza que había albergado hacia él desapareció con un parpadeo.

—De acuerdo —dijo finalmente.

Él se limitó a asentir con la cabeza. Dejó escapar un suspiro que Rhiannon no supo interpretar si era de alivio o de si pertenecía a otro sentimiento. Solo supo que Gawain no hizo ningún comentario juicioso ni moralista y solo por eso, la hija mayor del Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla dejó reposar la cabeza contra la superficie fría de la bañera tras ella, dejando que cierto alivio se extendiera por su cuerpo y espantase parte del frío que se la había estado comiendo por dentro durante todo el día.

El alivio que se sentía al saberse respaldada, al saber que alguien iba a ayudarla, a recorrer parte del camino con ella. No solo con un si es lo que quieres, hazlo, pero no cuentes conmigo para ir de la mano, porque no lo apoyo. Lo que había en las palabras de Gawain era no importa lo que yo piense, aquí lo que importa es lo que sientas tú y lo que quieras tú, y sea lo que sea, yo voy a estar contigo.

Pero entonces un pensamiento nubló su momentáneo sosiego e hizo que se irguiera en la bañera con demasiada rapidez, casi mareándose.

—Dame tú palabra de que no vas a decirle a nadie lo que has descubierto cuando has entrado por la puerta del baño. A nadie, jamás.

Sus palabras, espetadas con firmeza, fueron como un cuchillo cortando la quietud que se había instalado en el baño.

Gawain frunció el ceño. El azul de sus ojos desprendió enojo en forma de esquilas que laceraron a Rhiannon, pero ella no apartó su mirada.

Puede que quisiera ayudarla porque pensaba que ahora tenía algún tipo de deber que nacía de su futuro matrimonio, pero Rhiannon también sabía que su relación de amistad con Keiran era fuerte. Si había alguien a quien Gawain le contase todo, ese era Keiran.

—No es necesario que hagas eso —respondió Gawain—. Tienes mi palabra de que no voy a decirle jamás a nadie lo que me has contado aquí, hoy. Como también tienes mi palabra de que no voy a decir nada sobre lo que ocurra a partir de ahora, cuando vayamos a ver a la sanadora, y lo que ocurra después. A nadie, jamás.

Capítulo 8

Rhiannon contempló la cabaña de madera sin desmontar todavía de su yegua. La brisa de otoño trajo consigo el olor del mantillo descomponiéndose y los dientes agudos del frío, pero ella no se arrebuja en la capa que la cubría por entero. Comenzaba a acostumbrarse a la sensación gélida anidada dentro de ella.

Gawain aguardaba a su lado a que terminase su análisis sin decir palabra. Apenas habían hablado desde la noche anterior. La naturaleza dicharachera que la joven había heredado de su madre parecía encontrarse en el mismo estado que la tierra en invierno; silenciosa y fría, aguardando a que el calor volviera a devolverle la vida que el frío le había arrebatado. En aquel momento, Rhiannon no estaba segura de si volvería a haber primavera para ella, a pesar de encontrarse delante de la que podría ser su solución.

La cabaña no era demasiado grande ni tenía nada que hiciera indicar que en su interior una mujer curase los males de otros feéricos. El techo a dos aguas estaba cubierto de hojas secas que habían caído desde los árboles que rodeaban la construcción, y de una de las ventanas colgaba un ramo de flores secas entre las que Rhiannon pudo distinguir retama, helechos y hierba Luisa. Dos escalones de madera llevaban hasta el porche, separando la casa un par de palmos del suelo.

Tenía un aspecto acogedor, pensó Rhiannon antes de desmontar de la yegua. Transmitía seguridad y cierta calidez, el ambiente apropiado para el tipo de trabajo que se desarrollaba en su interior. Gawain la siguió, todavía sin hablar. Subieron juntos los escalones, que emitieron un quejido de bienvenida con su peso.

Rhiannon se quedó mirando la puerta, sus dedos estirados hacia la manilla. El corazón había comenzado a latirle con fuerza en el pecho. Sintió un tacto muy ligero en los dedos de su otra mano, piel cálida contra la suya.

— ¿Estás segura de que esto? —escuchó decir a su lado.

Rhiannon levantó la cabeza y miró a Gawain a los ojos. No fue necesario que contestase. Sí, quería, pero necesitaba...

Gawain se adelantó un paso y abrió la puerta. Le hizo un gesto para que entrase primero.

Rhiannon se bajó la capucha para poder observar mejor el lugar en el que se encontraba. La cabaña era más amplia por dentro de lo que dejaba ver su apariencia exterior, pero era evidente que no había sido concebida para

ser un lugar de residencia propiamente dicho, sino de consulta y sanación.

El recibidor se abría a una sala que ocupaba gran parte de la casa. El suelo estaba cubierto por una alfombra de tonos marrones, las paredes tenían cuadros y tapices con representaciones que Rhiannon desconocía. La chimenea estaba apagada, pero todavía quedaban algunas ascuas de tonos rojizos caldeando la estancia. Había un par de sillones de aspecto viejo pero confortable y una mesa baja en la que había un par de tazas con restos de infusiones que se mezclaron en la nariz de la fae.

Todo aquel lugar estaba impregnado de agradable aroma a plantas medicinales, papel viejo y tinta. Rhiannon había visitado a más de un sanador a lo largo de su vida, sobre todo en su etapa de instrucción entre los dannan, pero ninguno había tenido ambiente tan acogedor como ese.

Se giró hacia Gawain para preguntarle de qué conocía esa consulta, pero no tuvo tiempo. Una voz les llegó desde el fondo de la estancia.

—Estoy a punto de cerrar.

—Soy yo, Caillic —respondió Gawain.

Con el ceño fruncido, Rhiannon volvió a mirar a Gawain. Había una pregunta muy sencilla de leer en sus ojos negros, pero su primo se limitó a mirarla con una expresión vacía.

Escuchó el sonido de pasos ligeros sobre la tarima de madera y se giró en el momento en el que una mujer fae salía por la puerta que se encontraba al otro lado de la estancia. Su mirada se centró brevemente en Gawain, pero el reconocimiento que había en sus ojos no pasó desapercibido para Rhiannon antes de que sus ojos se posasen en ella.

—Y la hija mayor del Hijo Predilecto, por lo que veo.

Instintivamente, Rhiannon se irguió y dejó que la mirase con una expresión neutra en su rostro engañosamente joven. Sabía que las buenas sanadoras tardaban siglos en llegar a trabajar solas, y estaba segura de que su primo no la habría llevado junto a una cualquiera.

—No vendríamos a estas horas si no fuera importante —dijo Gawain detrás de Rhiannon.

La sanadora, Caillic, observó con detenimiento el rostro de Rhiannon. Sus ojos de color castaño claro no eran dulces ni amigables, pero transmitían cierta serenidad y calidez. Lo que Rhiannon necesitaba en ese momento.

—Pase por aquí, mi señora —dijo Caillic finalmente, haciendo un gesto con la mano hacia la puerta detrás de ella.

—Rhiannon —replicó la joven fae por costumbre.

Odiaba que se refiriesen a ella en esos términos formales, sobre todo los ciudadanos de la Casa. La hacía sentirse demasiado distante de ellos.

La mujer no hizo ningún comentario y le sostuvo la puerta abierta mientras entraba a la siguiente estancia. Era mucho más pequeña que la anterior y con aspecto más aséptico, o esa fue la sensación que tuvo Rhiannon con el breve repaso visual que echó antes de que sus ojos se posasen sobre una estrecha cama elevada en uno de los extremos de la estancia.

—Túmbese, necesito saber de cuánto tiempo está antes de nada —ante la mirada que le lanzó Rhiannon, Caillic esbozó una sonrisa paciente—. Llevo unos cuantos siglos en este trabajo —se limitó a contestar.

Sin decir nada, Rhiannon hizo lo que se le indicó, con paso firme pero con piernas temblorosas. Se quitó la pesada capa negra y la dejó sobre el respaldo de una silla cercana antes de acostarse boca arriba sobre la estrecha cama. La sanadora se recogió la melena de rizos de color fuego en un moño prieto antes de aproximarse hacia ella, frotándose las manos con un líquido que emitía un olor penetrante.

Rhiannon sentía el cuerpo dolorosamente tenso. Trató de controlar su respiración agitada y el latido que notaba recorriéndole todo el cuerpo, pero no pudo evitar cerrar los puños en sus costados. Si Caillic sintió la tensión que la recorría, no dijo nada mientras se arremangaba la túnica oscura y colocaba las manos desnudas sobre el vientre de Rhiannon sin llegar a tocarla. Una suave oleada de cálido poder recorrió a la joven fae, desde el vientre hasta el resto de su cuerpo, pero centrada sobre todo en esa zona.

Rhiannon cerró los ojos, dejando que la calidez la inundase por dentro y haciendo que el frío se replegase hasta casi desaparecer. Sus músculos se relajaron y dejó reposar la cabeza sobre la fina almohada. Hasta ese momento, con el cálido poder de Caillic recorriendo su cuerpo, aliviando la sensación gélida y actuando como un calmante, no se había dado cuenta de lo cansada que estaba, de lo mucho necesitaba aquella sensación de... paz. Tragó saliva todavía con los ojos cerrados; el poder de la sanadora sabía a canela y manzanilla.

El examen duró apenas unos instantes, o eso le pareció a Rhiannon, que volvió a abrir los ojos cuando el aroma a plantas medicinales se hizo más

tenue en su nariz y el frío volvió a asentarse en el tuétano de sus huesos.

—Tres semanas, casi exactas. Unos diecinueve días, probablemente
—sentenció Caillic separando las manos.

—No quiero tenerlo.

Las palabras salieron atropelladamente de la boca de Rhiannon. Volvió a tragar saliva después de haberlas pronunciado, sintiendo que habían dejado un regusto amargo en su boca.

Caillic dirigió su mirada hacia ella. En esta ocasión, la descendiente de Dannu juraría que el castaño de sus ojos se había derretido hasta convertirse en melaza.

—Me lo imaginaba. ¿Desea sentirlo?

Rhiannon se quedó muy quieta. El tiempo a su alrededor pareció detenerse; su corazón se pausó, casi como si se hubiera olvidado de latir, e incluso el frío dentro de ella pareció darle tregua durante unos instantes, cogido por sorpresa, expectante.

Hizo un gesto vago con la mano hacia su abdomen. Cuando el aire volvió a llenar sus pulmones, contestó con voz estrangulada:

— ¿Al...?

No llegó a terminar la pregunta. No se sentía capaz de hacerlo.

Caillic asintió.

—Sí.

—Si no voy a tenerlo —dijo Rhiannon muy despacio—, no veo qué sentido tiene.

—Desconozco las razones exactas que traen a las mujeres aquí con la intención de interrumpir un embarazo —argumentó Caillic, sus palabras firmes, pero sin ser duras—. Nunca las pregunto, porque no son de mi incumbencia. Pero a veces —repuso tras un instante— sentir lo que llevan dentro puede hacerlas cambiar de opinión. No tiene la culpa...

—Yo tampoco la tuve —replicó Rhiannon, pero cerró la boca con fuerza nada más hablar.

Su tono estaba teñido con una fiereza que no pretendía, arañando las paredes de madera de la estancia y los tarros de cristal. No era su intención pagar la tormenta que sentía en su interior con aquella mujer ni

con nadie, pero tampoco quería discursos moralistas ni que intentasen hacerla cambiar de opinión. Solo quería que todo terminase de una vez.

—Yo no he dicho eso. Solo quiero que las mujeres tengan la oportunidad de ver la situación con pleno conocimiento de todo lo que está ocurriendo —contestó la sanadora—. No pretendo impartir lecciones de moral, solo ayudar a tomar decisiones más conscientes.

Rhiannon volvió a quedarse muy quieta. Ella ya tenía pleno conocimiento de lo que había ocurrido y de lo que estaba ocurriendo en su interior. El justo y necesario. O eso había pensado.

Lanzó una mirada rápida hacia su barriga cubierta por la tela oscura de su jersey antes de desviarla de nuevo hacia el rostro de la sanadora, que aguardaba pacientemente su respuesta. Sus ojos castaños parecían miel líquida, aunque sin su dulzura. Sin embargo, Rhiannon no se encogió ante ellos. Ni tampoco ante las palabras que seguían flotando a su alrededor, en el aire.

No una lección moral, sino consciente. Ella no tenía culpa. Y lo que había dentro de ella tampoco. Si iba a dejar de llevarlo en su interior, tal vez por lo menos le debiera aquello.

Finalmente, Rhiannon asintió.

—De acuerdo.

Caillic le hizo un gesto para que Rhiannon rodease sus manos con las suyas antes de volver a colocarlas sobre la parte baja del abdomen de la fae tumbada en la cama. Rhiannon cerró los ojos cuando volvió a sentir el poder de la sanadora fluyendo por ella, cálido y balsámico. Dejó que el suyo propio se entremezclase con el de la sanadora, creando una especie de canal continuo de poder, hilándose entre sí hasta casi hacerse uno. Tardó unos largos segundos en percibir lo que había dentro de ella.

No era un latido, como Rhiannon se había esperado, sino algo que solo podía definir como fuerza. Algo que se entremezclaba con ella, con su esencia y su poder, pero al mismo tiempo diferenciado. Algo vivo y brillante que palpitaba en cierto modo en su interior. Extraño, pero no de un modo desagradable como se esperaba. Simplemente era desconocido y, en consecuencia, la asustaba.

Nunca se había planteado de verdad la posibilidad de ser... madre. No de aquella manera, llevando durante nueve meses a alguien en su interior. Con sus preferencias en cuanto a compañía en la cama nunca había sopesado aquella posibilidad, a pesar de ser la hija de un gobernante de Elter y de que por lo tanto se esperaba de ella que le diera un descendiente a algún noble que tuviera un rango no muy diferente al

suyo... Fue así como recordó la manera en la que aquella fuerza había llegado a su interior.

Agarró las manos de Caillic con más fuerza sin darse cuenta, clavando las uñas sobre la piel morena de la sanadora.

—No quiero tenerlo.

Caillic, que no había perdido de vista su expresión en ningún momento, asintió y retiró las manos.

—Cuanto antes se interrumpa, será menos doloroso —dijo mientras se levantaba. Su mirada de color miel se fijó en la de Rhiannon antes de proseguir—. En todos los sentidos. Espere fuera, no tardaré.

Rhiannon se incorporó de la cama, pero se tomó un momento antes de levantarse. Se había mareado, el poder de la sanadora todavía estaba presente en su cuerpo, entremezclándose de una manera abrumadora con sus emociones.

Consiguió salir por la puerta de la consulta sin tropezar a pesar de sentir las piernas débiles.

Encontró a Gawain apoyado en uno de los sillones de la sala que hacía las veces de recibidor, leyendo los lomos de los libros que había en las estanterías. Su prometido desvió la atención hacia ella en cuanto se asomó por la puerta de la consulta y Rhiannon vio que una pequeña arruga aparecía entre sus cejas, pero no hizo ningún comentario ni le preguntó nada.

Luego de un momento de vacilación, Rhiannon fue a sentarse a su lado, en el sillón en el que él se encontraba reclinado, pero no les dirigió ni una mirada a los libros de aspecto antiguo y gastados, aunque bien cuidados. Se limitó a contemplarse las manos, cruzadas sobre el regazo.

Tras unos breves instantes, sintió cómo se movía el respaldo del sillón tras ella, debido al peso de la mano de Gawain. No llegó a tocarla, pero Rhiannon agradeció esa proximidad.

La joven cerró las manos hasta convertirlas en puños; en esa ocasión, en lugar de sentir las uñas largas clavándose en la carne sensible de sus manos, lo que notó fueron las puntas maltratadas de sus dedos presionando sus palmas. Había comenzado a morderse las uñas días antes de que las hojas de diente de león se tornasen cobrizas y ahora le dolían cada vez que se las tocaba. Rhiannon trató de centrarse en ese pensamiento, en el de sus preciosas y largas uñas siempre perfectas a pesar de lo mucho que le gustaba jugar con diferentes armas que dejaban callos en sus dedos. Sus uñas, en cambio, siempre estaban bien cuidadas

y pintadas de negro.

Ahora su longitud apenas llegaba a la mitad de lo que solían ser y la laca estaba descascarillada. Con los acontecimientos que había ocupado su cabeza como un torbellino en los últimos días, ni siquiera se había dado cuenta de que las tenía tan desastradas. Trató de limpiárselas frotándolas contra los bordes irregulares de sus uñas restantes mientras aguardaba a que Caillic volviera a aparecer. Cuando se dio cuenta de que no lo conseguía, volvió a dejar caer las manos sobre su regazo.

Lanzó una mirada ansiosa hacia la puerta cerrada del cuartito en el que había sentido... Se negó a pensar en eso. Se inclinó hacia delante, entrelazando los dedos sobre sus rodillas, agazapada y en tensión como un animal antes de atacar. O de huir.

No entendía por qué tardaba tanto. No podía ser que un brebaje o lo que quiera que fuera a darle para interrumpir el embarazo tardase tanto.

Echó un vistazo rápido por encima del hombro a la ventana cubierta por una fina cortina que había a sus espaldas. Puede que no llevasen tanto tiempo en la cabaña, pero a ella se le estaba haciendo eterno. Quería salir de allí con la solución de su problema. Y quería correr. Moverse, hacer algo, lo que fuera. Algo que la ayudase a no pensar o a ordenar sus pensamientos. Lo que fuera, menos estar allí sentada, inmóvil, con el cuerpo dolorosamente tenso y su cabeza zumbando como si tuviera un avispero dentro.

—Estas cosas llevan su tiempo —dijo Gawain a su lado repentinamente, provocando que Rhiannon diera un respingo en el sitio—. No solo por los ingredientes que lleva, sino por el hechizo que la sanadora emplea para que todo el proceso sea más llevadero.

Rhiannon abrió la boca para preguntarle por qué sabía tanto de todo aquello. Por qué Caillic y él parecían conocerse y no solo de una simple coincidencia, pero entonces la puerta que llevaba a la salita más pequeña se abrió y Rhiannon se levantó de un salto. Sus ojos se dirigieron directamente a la pequeña botella que llevaba entre sus manos.

—Bébase esto cuando esté en su casa, y espere —dijo Caillic extendiéndole la botellita—. No tardará en hacer efecto. Vuelva por aquí dentro de tres días, a esta hora, si quiere discreción, para comprobar que todo haya ido bien.

Rhiannon asintió tomando el pequeño recipiente con cuidado. Miró su contenido de color oscuro, a medio camino entre una tonalidad parda como la de la madera mojada y verde oscuro. La magia del hechizo que la sanadora había empleado golpeó las paredes de cristal de la botella con suavidad, como una pequeña onda de mar lamiendo la playa en un día

pacífico. Una caricia cálida y amigable que se extendió por dedos de Rhiannon y subió por su muñeca.

Ensimismada como estaba en esa reconfortante sensación, apenas vio por el rabillo del ojo cómo Gawain se llevaba la mano al bolsillo interior de su abrigo.

—¿Qué haces? —le preguntó cuando sus ojos repararon en la cartera que sostenía en la mano.

—No vamos a discutir por dinero, Rhiannon —replicó él sin aspereza ni reproche, sacando una especie de pequeña libreta del interior de la cartera.

Los feéricos tenían muchas formas diferentes de pagar por productos y servicios. Los inmortales salvajes que vivían en Tierra de Nadie y muchos que de los que no habitaban las grandes ciudades de las Casas solían hacer trueques. En muchos pueblos e incluso en las capitales todavía seguían aceptándose ese tipo de retribuciones, pero los feéricos mayores preferían los métodos más sofisticados, por supuesto.

Desde hacía muchos siglos, los fae empleaban una especie de billetes en los que no había gradaba una cantidad de dinero exacta, sino un número de identificación con el que podía cobrarse directamente de sus arcas personales. El propietario de ese número solo tenía que poner la cantidad que desease pagar y hacer una pequeña firma. Un método de pago sofisticado e ingenioso que todavía no existía en el mundo humano y que los fae habían inventado en parte para seguir diferenciándose del resto de feéricos.

Rhiannon negó rotundamente con la cabeza.

—No, porque no vas a...

—No es necesario pagar ahora —interrumpió Caillic con su voz grave y paciente—. Tienen tres días para decidir quién de los dos paga.

Gawain aguardó un instante, mirando a la sanadora y luego a su prima, todavía con la cartera en la mano. Rhiannon creyó escuchar un débil sonido de contrariedad escapar de su garganta cuando al final guardó la cartera.

No había apartado la mirada de su primo mientras este se decidía, pero podía sentir la atención de Caillic clavada en ellos, analítica, con las manos entrelazadas delante de ella. Rhiannon volvió a mirarla cuando la cartera de Gawain desapareció en uno de los bolsillos de su abrigo. Su mirada negra se cruzó con la de color castaño de la sonadora, profunda y

penetrante.

—No te asustes si notas que el dolor es muy fuerte —habló dirigiéndose ahora a Rhiannon—; es normal. Pensarás que no puedes soportarlo —prosiguió tras una breve pausa en la que miró a la joven con intensidad y también con cierta ternura en sus ojos color miel—, puede que en algún momento pienses que te arrepientes, que deberías haber tomado otra decisión, pero es normal y sí, puedes soportarlo. Somos mucho más fuertes de lo que creemos. Vivimos en un mundo que nos exige serlo, y tomamos las decisiones que creemos convenientes en su función —finalizó bajando la voz, como si solo quisiera que Rhiannon la escuchase.

Por un momento, Rhiannon tuvo el presentimiento de aquella mujer podía ver dentro de ella igual que su padre y su hermano, pero de una manera más cálida, sin ningún pinchazo en la base del cráneo ni ninguna niebla espesa nublando su mente. Solo comprensión, pura y cálida como el poder que corría por las venas de la sanadora. El entendimiento que nace cuando se han compartido vivencias, o cuando han pasado tantas veces por sus manos que casi se sienten como propias.

Rhiannon asintió sin decir palabra y salió de la cabaña con Gawain detrás de ella.

Capítulo 9

Rhiannon les había comprado el apartamento de la capital a sus abuelos poco después de superar la Turas Mara. Llevaba mucho tiempo queriendo tener una casa propia, pero ninguna de las que había ojeado la convencían del todo. La idea de comprar una propiedad en la villa palaciega ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Ninguno de los apartamentos que se encontraban en venta en la capital en aquel momento terminaba de gustarle. Aquel, sin embargo, era perfecto. Estaba lo suficientemente cerca del mar como para que el olor a salitre se colase por las ventanas abiertas, igual que la arena en los días más ventosos. El centro de la ciudad se encontraba a apenas un par de calles de distancia, pero se situaba sobre una elevación de terreno, en la base de una de las colinas que rodeaban la ciudad, lo que le permitía contemplarla desde lo alto. Podía ver todo lo que sucedía en su interior, a sus ciudadanos recorriendo las callejuelas como pequeñas hormigas, lo suficientemente cercana para unirse a ellos en cualquier momento, pero lo bastante alejada como para poder observarlos como una madre protectora, siempre pendiente de sus retoños.

Rhiannon estaba segura de que Gawain nunca había estado allí. Por lo menos, ella nunca lo había invitado. Lo sintió caminar despacio detrás de ella, observándolo todo con sus atentos ojos de color cielo, mientras Rhiannon se dirigía a la cocina.

El brebaje que Caillic le había dado palpitada en el bolsillo interior de su manto, provocándole una sensación pulsante en su costado derecho, cerca de las caderas. Por la pinta que tenía, sospechaba que su sabor sería muchas cosas menos agradable, y había pocas cosas que desquiciasen más a Rhiannon que un regusto molesto en su boca.

Gawain entró en la cocina justo cuando ella se encontraba destapando la botellita de cristal. Un penetrante olor a hierbas llenó la estancia; demasiado intenso y con una cantidad de ingredientes tan grande que apenas consiguió distinguir el aroma de ninguna de las plantas que la sanadora había usado. Tampoco lo importaba. Lo único que le interesaba era que fuese eficiente.

No vaciló antes de llevarse la botellita a los labios y beber hasta la última gota de su contenido, aguardando hasta que sintió que dejaba de palpar en su mano. El hechizo que acompañaba al brebaje bajó por su garganta, dejando en el camino una sensación de agradable calidez junto con el sabor amargo y terroso de la combinación de hierbas.

Cerró los ojos mientras bebía y tragaba, y se quedó así durante apenas una fracción de segundo después de estar segura de que ya no quedaba

nada dentro de la botellita.

Ya estaba hecho. No había vuelta atrás. Y aunque sintió inquietud por la situación desconocida que vendría a continuación, una que sabía que sería desagradable e incómoda como mínimo, no sintió ni pizca de remordimiento. Era lo que tenía que hacer. Y ella quería hacerlo.

Cuando separó la botellita de sus labios, no pudo contener que un gruñido de disgusto escapara de sus labios y que una mueca de asco torciera sus facciones.

—Sabe a barro embotellado —protestó antes de llevarse el vaso un agua a la boca y beber.

— ¿Cómo sabes...? —comenzó a decir Gawain desde la entrada de la cocina.

—Aunque no lo parezca —interrumpió Rhiannon llenándose de nuevo el vaso—, he mordido el polvo muchas veces en los campos de entrenamiento. Sabe igual, pero con un toque más... primaveral —sentenció con una ceja enarcada mirando a su primo.

Gawain se encontraba asomado a la cocina, con solo medio cuerpo visible para Rhiannon. No se había quitado el abrigo oscuro que llevaba y la miraba con gesto dubitativo, como si no supiera si acercarse más a ella o marcharse, o ni siquiera si debía decirle algo. La brisa había despeinado sus cabellos de color oro y el frío parecía haberse comido el tono dorado de su rostro, salpicándolo de manchas rosadas. Parecía tremendamente fuera de lugar, allí plantado en su apartamento, desarreglado y con una expresión poco habitual en él.

Rhiannon abrió la boca para cortar el silencio, pero no llegó a decir nada. Volvió a cerrarla con fuerza cuando un pulso de poder cálido palpitó en sus entrañas. Dentro de ellas, un pequeño punto de calor que irradiaba hacia fuera. Se llevó las manos con gesto sorprendido hacia su vientre.

Aguardó, pero no volvió a notar nada más durante unos largos instantes. No había sido doloroso. Por el momento, no.

Rhiannon volvió a enfocar la mirada y se topó con el rostro de Gawain más cerca de ella. Había dado un par de pasos en su dirección, adentrándose en la cocina. La luz del techo hacía que la arruga de preocupación que había aparecido entre sus cejas y las que ahora se encontraban alrededor de sus labios apretados se vieran más profundas y marcadas. Tenía una de sus manos extendida en su dirección, con la palma hacia arriba y los dedos abiertos, como si fuera a tocarla. Como si fuera a tratar de agarrarla por si caía. O como si le estuviera haciendo un

ofrecimiento.

— ¿Vas a quedarte aquí? —dijo Rhiannon con un hilo de voz.

No fue consciente de que estaba temblando hasta que esas palabras salieron de su boca. Cerró los dedos con fuerza alrededor del vaso de cristal, que protestó tenuemente bajo su agarre.

— ¿Quieres que te deje sola? —preguntó Gawain, sus ojos azules clavados en los negros de Rhiannon.

Ella se quedó muy quieta, tensa como un arco antes de ser disparado. Sintió que sus pulmones se vaciaban de aire ante la idea de quedarse sola. Vulnerable de nuevo, con el frío comiéndosela por dentro.

—No. Por favor —añadió moviendo solo los labios.

Gawain se limitó a asentir con la cabeza.

Capítulo 10

Rhiannon siempre había adorado la noche; la oscuridad infinita plagada de estrellas y lunas de diferentes tamaños observándola, unas veces con más descaro que otras. Su madre siempre le decía que la propia Rhiannon era como uno de esos astros nocturnos. En ocasiones discreta, otras totalmente invisible, y a veces acaparando toda la atención, brillante y misteriosa como una luna llena. Para ella las horas nocturnas siempre eran escasas, incluso en invierno, cuando los días se veían reducidos considerablemente y las estrellas no terminaban de desaparecer en el cielo. Sin embargo, esa noche para ella fue interminable.

Se cambió el pantalón y el jersey por un camisón de algodón grueso, pero ni eso ni las ventanas cerradas ni el calor que desprendía el sistema de calefacción mágica del apartamento impidieron que el frío volviera a devorarla.

Sin embargo, todo comenzó como un calor palpitante en la zona de su bajo vientre, pulsante e incluso agradable, que se iba extendiendo desde el centro de su origen hasta sus piernas y su estómago. Pero el calor fue aumentando poco a poco, igual que las pulsaciones de su vientre y, dejaron de ser reconfortantes para convertirse en un tormento que ella no había experimentado ni en sus peores días de sangrado. Cuando comenzó a sentir que el calor la quemaba por dentro, se dio cuenta de que no era un fuego lo que la abrasaba, sino el frío más penetrante que jamás había sentido.

Los temblores comenzaron a agitar su cuerpo casi al mismo tiempo que la sangre empezaba a deslizarse por sus muslos y manchar el camisón de tela oscura y las sábanas de su cama. Rhiannon estaba tumbada de costado, con los brazos rodeando su cuerpo y sus dedos clavados en la tela del camisón, crispados, como si fueran las garras de un ave rapaz sobre la carne de su presa. Sus ojos estaban cerrados con fuerza para evitar que ningún resquicio de luz de la lámpara del techo se colase hasta sus retinas, pero ni siquiera la oscuridad tras sus párpados conseguía reconfortarla. Además, tampoco quería toparse con la mirada preocupada de Gawain, a quien podía sentir no muy lejos de ella, aunque no estaba segura de dónde se encontraba.

El cuerpo de su primo rezumaba una preocupación asfixiante que llenaba su boca y su nariz de un regusto ácido, pero no tenía fuerzas para pedirle que se tranquilizase, para decirle que se encontraba bien, o tal vez que se alejase un poco de ella. Rhiannon no estaba segura de si de verdad deseaba eso último. No soportaba la idea de quedarse sola con aquel cuerpo tembloroso y aquel frío atroz que no dejaban de torturarla, no solo

físicamente, sino también en un plano más profundo, más cerebral.

La razón por la que estaba pasando por todo aquello volvía a su mente una y otra y otra vez. Rhiannon no dejaba de agitarse, cada vez con más fuerza, como un árbol ante una tormenta, sola ante un vendaval, sin más árboles que la protegieran. El dolor que nacía de su vientre y se extendía por su cuerpo en ondas furiosas como un mar embravecido no cesaba, sino todo lo contrario. Crecía y crecía, y la sangre entre sus piernas no dejaba de manar y manchar la ropa. Hasta esa sangre la sentía fría en sus muslos, como un río de agua helada.

Soltó un gruñido bajo y entre dientes cuando una mano cálida le tocó la frente, pero no abrió los ojos. Era una mano increíblemente suave, sin callos producidos por las armas y la guerra. Una mano amable que se había tendido hacia ella y la había ayudado cuando creía que no le quedaba nada más a lo que aferrarse.

—Joder, Rhiannon, estás ardiendo.

Ella quiso replicar, pero tenía la mandíbula apretada con fuerza para evitar que los dientes le castañeteasen. Tanta, que estaban empezando a entumecerse los músculos de esa zona.

Era imposible que tuviera fiebre. El frío se la estaba comiendo. Poco a poco, sin prisa, incansable. Royéndola desde dentro, desde los huesos, formando esquirlas que navegaban por su sangre a todo su cuerpo, clavándose con saña en sus músculos y sus entrañas. En cada recoveco de su cuerpo.

La mano suave y amigable se apartó de su frente. Ella quiso protestar, pero las palabras no le salieron. Escuchó pasos que se alejaban, moviéndose sobre la tarima de madera de la habitación de una manera demasiado ruidosa como para pertenecer a un soldado experimentado. Demasiado incluso para alguien acostumbrado a moverse por una biblioteca silenciosa, pensó Rhiannon en la distancia, en medio del zumbido furioso que había dentro de su cabeza.

No estaba segura de cuánto tiempo pasó hasta que las manos volvieron, pero cuando lo hicieron no se posaron de nuevo en su frente, sino que la rodearon y la levantaron de la cama.

Creyó escuchar su nombre, pero el sonido lastimero de protesta que escapó de su garganta le impidió estar segura. El cuerpo cálido de Gawain se pegó a su costado y los brazos del fae la rodearon por debajo de las rodillas y por la cintura, acomodándola contra su cuerpo duro y reconfortante. Cálido. Deliciosamente cálido, casi balsámico.

Rhiannon cerró los dedos alrededor de la tela de su camisa, tratando de acercarse más a su cuerpo al de Gawain, pero entonces los brazos que la rodeaban trataron de alejarla.

—Si no me sueltas, no puedo meterte en la bañera, Rhiannon —escuchó susurrar contra su pelo.

La joven entreabrió los ojos, pero volvió a cerrarlos con rapidez. La luz de la estancia le aguijoneaba las retinas, pero había podido distinguir la pileta del baño y el espejo que había sobre ella. Había vislumbrado, también, una figura alta reflejada en la superficie brillante, con un bulto encogido en sus brazos.

Respiró profundamente y el vaho pesado del cuarto de baño le llenó los pulmones. Se arrebujó contra el cuerpo de Gawain y cerró los dedos con tanta fuerza que estuvo segura de haber escuchado la tela de la camisa protestar. Apretó los dientes al mismo tiempo, sintiendo una nueva oleada de dolor palpitante recorriendo su cuerpo. Frío y lacerante como una esquirla de hielo.

—Por favor —murmuró entre dientes—. Por favor, no me sueltes.

El silencio antes de la respuesta de Gawain le resultó eterno y casi tan agónico como el dolor que recorría su cuerpo.

—De acuerdo —lo escuchó murmurar finalmente, de nuevo pegado a su coronilla.

Gawain volvió a moverse y Rhiannon con él. No estaba segura de qué era lo que ocurría, qué era lo que su prometido pretendía, hasta que sintió un líquido cálido mojándole los tobillos, las piernas, la parte baja de la espalda.

Volvió a entreabrir los ojos, solo lo suficiente para ver que ahora se encontraba dentro de su bañera, llena de agua levemente tibia que casi rebasaba el borde. Y Gawain estaba con ella. Su pecho estaba apoyado a su espalda, sus brazos le rodeaban la cintura, con sus manos reposando en su vientre, en el punto donde todo aquel sufrimiento se originaba. Cálidas y reconfortantes. Protectoras.

Un siseo escapó de sus labios cuando una nueva pulsación recorrió su cuerpo. Arqueó la espalda, con los músculos tensos y llenos de esquirlas de cristal de hielo. La tibieza del agua ayudaba, el cuerpo cálido que la sujetaba también, pero... no era suficiente. No del todo.

Un sollozo ahogado trató de avanzar por su garganta, salir a la superficie, pero seguía apretando los dientes con tanta fuerza que el sonido murió

dentro de ella.

—Lo siento, Rhiannon —murmuró Gawain muy cerca de ella—. Lo siento mucho.

Ella también lo sentía. Desde que todo había comenzado, desde que la tormenta se había cebado con ella en su hogar, al sur del continente. Desde que había nacido, incluso. La hija de las sombras y de la niebla con la sangre mezclada. Siempre lo había sentido, pero nunca de aquella manera tan cruda y desatada, fría y desgarradora.

Ella...

—Yo no hice nada... —siseo en algún momento entre calambres de dolor.

Fue vagamente consciente de que Gawain se tensaba detrás de ella y a su alrededor.

—No, no lo hiciste —dijo finalmente—. No es culpa tuya, Rhiannon. Dilo.

Ella tragó saliva; su garganta estaba áspera como una hoja de lija, su mente embotada por el dolor y el frío abrumadores, y su lengua pesaba dentro de su boca. Su respiración era fatigosa, como si hubiera estado corriendo, y su corazón martilleaba dentro de su pecho con la fuerza suficiente como para que su golpeteo se extendiese a su cabeza.

Rhiannon se estaba ahogado. Su cuerpo la estaba ahogando.

No, no su cuerpo. Lo que habían hecho con él, con toda ella. Habían tirado de sus límites una y otra vez desde que había nacido, los habían probado, habían comprobado constantemente hasta dónde podía llegar, cuantas puñaladas podía aguantar en su espalda sin flaquear. Y ahora, se estaba ahogando en su propia sangre, que manaba de todas aquellas heridas sin cicatrizar. Algunas más recientes, otras más antiguas, pero todas aun abiertas.

Rhiannon se abrió paso entre todo eso. Entre el dolor y la rabia, entre frío y la vergüenza, entre la sangre y el miedo.

Tomó aire y cuando las palabras salieron de su boca, lo hicieron como una exhalación, dolorosa pero liberadora.

—No es culpa mía.

Sintió que los brazos de Gawain se apretaban más a su alrededor. Apoyó la frente en su coronilla y lo escuchó murmurar detrás de ella, contra su pelo, y aunque no escuchó sus palabras, Rhiannon hizo lo que le pedía. Seguir abriéndose camino entre todo lo que tiraba de ella hacia abajo,

entre el dolor y el frío que la ahogaban.

—No es culpa mía.

Repitió esas palabras en voz alta, en sus susurros, o solo moviendo los labios, una y otra vez, como una plegaria, pero esta vez no iba dirigida a ninguna deidad feérica. Esta vez, se las dedicaba a sí misma.

Rhiannon abrió los ojos cuando escuchó un siseo conocido a su lado. Las sombras la rodeaban. Se había arrastrado por el suelo desde los rincones donde la luz no llegaba en forma de pequeñas culebras y habían subido por las paredes de la bañera. Y ahí permanecían, en el borde, aguardando. Esperando a que ella las aceptase en esta ocasión.

La dama de la noche no vaciló cuando extendió una mano temblorosa hacia ellas. Las serpientes se entrelazaron con sus dedos y subieron por su muñeca, por encima y por debajo de la tela húmeda del camisón. Se deslizaron por el borde de la bañera hasta llegar al agua que la rodeaba, teñida de un tono rojizo. Los labios de Rhiannon se curvaron con tirantez hacia arriba mientras apoyaba la espalda contra el pecho duro de Gawain. No fue consciente de que los brazos de su prometido se habían vuelto más rígidos a su alrededor, ni de que su pecho apenas se movía tras ella. No percibió su sorpresa ni su tensión ante las sombras que ahora los acompañaban.

A Rhiannon lo único que le importaba en ese momento era que las sombras estaban con ella, protegiéndola, y que unos brazos cálidos que a pesar de no espantar el frío por completo la estaban sosteniendo.

Nada de todo aquello conseguía aliviar por completo su sufrimiento, porque era ella quien tenía que afrontarlo, limpiarlo, sanarlo. Era ella, Rhiannon, quién tenía que superarlo.

Pero al menos no estaba sola. Y solo ese pensamiento bastaba para hacer que todo su dolor le resultase más llevadero.

Capítulo 11

Rhiannon dejó de estremecerse con violencia cuando el cielo empezó a adquirir una tonalidad azul marino. Consiguió sostenerse en pie con ayuda de Gawain cuando el azul dio paso al violeta y al rosa.

Él la ayudó a cambiarse la ropa empapada y teñida de rojo desvaído por otra seca y limpia. Gawain no pudo evitar detenerse un momento a contemplar el tatuaje que recorría la espalda de su prima, desde la cintura hasta casi la altura de sus hombros; llamas negras y furiosas, similares a serpientes, lamiendo la piel de sus costillas y sus omóplatos, entrelazándose entre ellas y con las cuatro fases de la luna y una flor abierta que reconoció como un cardo. Sus dos linajes entremezclados en su piel.

Le secó el pelo y la frente húmedos de sudor y la llevó en brazos hasta la cama, con su cuerpo tibio, pero ya no febril y apenas tembloroso, exhausto, sin fuerzas ni siquiera para recorrer la corta distancia que separaba el armario donde Gawain había cogido el pantalón holgado y el jersey oscuro. La arropó con las sábanas después de asegurarse de que no tenían manchas de sangre y aguardó a que se sumiera en un sueño pesado que no tardó en llegar.

Gawain dejó escapar un suspiro largo y profundo cuando el pecho de Rhiannon comenzó a subir y a bajar con regularidad y las sombras, que parecían vibrar en cada recoveco de la habitación a donde la luz no llegaba, se quedaron quietas y tranquilas.

Abrió la ventana lo justo para que la brisa fresca se llevase poco a poco el olor de lo que había ocurrido en el apartamento esa noche y luego volvió al baño. Allí el olor era más intenso, entremezclado con el de las lágrimas no derramadas y el del poder de las sombras que habían acompañado a Rhiannon durante las últimas horas. Quitó el tapón de la bañera y dejó el agua ya fría y teñida de rojo se marchase por el desagüe.

Él también estaba empapado, desde los pantalones hasta la camisa, y tenía manchas escarlata por toda la tela de su ropa. Se quedó mirando el reflejo que le devolvía el espejo durante un momento, con el frío de finales de otoño colándose entre los hilos de sus prendas húmedas. Su pelo, habitualmente impoluto, estaba hecho un desastre; él también estaba sudado, pero de preocupación e impotencia. Y también de rabia y dolor. Esas emociones no solo se las había transmitido Rhiannon mientras se encontraba con él en la bañera, sino que habían nacido en su propio interior al ver a su prima así. Su prima, siempre entera y con una mirada traviesa que parecía vaticinar algún enredo inocente, siempre fuerte y fiera como la guerrera que se ocultaba bajo los vestidos elegantes y de

diseños sencillos pero sensuales.

Rhiannon, a quien siempre había tenido en mente como una dama de sombras y noche, se había hecho pedazos entre sus brazos y le había pedido ayuda. A él. Al hijo de los cielos celestes y los amaneceres despejados, que se ocultaba detrás de las páginas sobadas de los libros y contemplaba desde lejos las peleas y los entrenamientos.

Ojalá nunca hubiera tenido que ocurrir; no de la manera en la que había sucedido. Gawain no era una persona violenta, siempre había reunido las contiendas físicas, pero la idea de lo que el desgraciado de Darren le había hecho...

Abrió los puños cuando los pinchazos de dolor que sentía en las palmas de las manos se hicieron insoportables. Apartó la mirada de su reflejo cansado, ojeroso y de piel pálida, hacia sus manos que ahora presentaban medias lunas rojizas. Ese gesto hizo que volviera a reparar en la sangre que manchaba su ropa.

Suspiró de nuevo y salió del baño. Se aseguró de que Rhiannon siguiera durmiendo antes de dirigirse a la habitación que ocupaba Keiran cuando se dejaba caer por allí. El hijo mayor del gobernante de la Sombra y la Niebla no tenía ninguna casa en propiedad, ni en la villa palaciega ni en la capital, ni tampoco en Llanrhidian. Cuando se quedaba a dormir en la capital, la hacía en la habitación más pequeña del apartamento de Rhiannon, que antes había pertenecido a sus abuelos maternos, Maeve y Gwilym.

El jersey que Gawain cogió prestado le quedaba ancho en los hombros y tuvo que doblar las perneras del pantalón para que no se arrastrasen por el suelo. Ya se las arreglaría para devolver la ropa sin que Keiran se diera cuenta de que las había cogido.

No quería husmear en la vida privada de su prima mientras esta se recuperaba de la dura noche que había pasado, retorciéndose de dolor entre sus brazos, pero no pudo evitar echar un vistazo al apartamento. En parte, lo hizo porque tenía curiosidad por conocer más de la mujer con la que compartía sangre y pronto sería formalmente su esposa. Ese ente misterioso que adoraba las sombras y que, al parecer, podía controlarlas, igual que su tío Kendrick. Esa criatura que creía hecha de dura roca inquebrantable, pero que había resultado no serlo. Rhiannon era como los acantilados de la costa de la Sombra y la Niebla; duros, pero con paciencia y perseverancia, moldeables.

Gawain no estaba del todo seguro de quién habría pintado los cuadros que había en el salón. Los que tenían una gama más amplia de colores probablemente fueran de su tía Aileana; Keiran prefería dibujar con carboncillo, empleando tonos grises y negros. Muchos de los dibujos

representaban lugares de Llanrhidian, pero el que más llamó su atención era un pequeño retrato de Kendrick.

Aparecía casi de perfil, sin corona y sin el escudo de la Casa visible por ningún sitio, lo cual resultaba tremendamente extraño para Gawain; nunca había visto a su tío así, sin ningún distintivo de su posición en sus hombros o en su cabeza, ni siquiera en su mirada, que a pesar de transmitir la negrura infinita que se podía apreciar en persona, parecía más... relajada.

Ladeó la cabeza y se quedó mirando durante unos instantes el retrato del Hijo Predilecto; a pesar de estar dibujado en diferentes tonos de negro y gris, solo con un poco de color más vivo en el cabello, Gawain estaba seguro de que ese retrato lo había pintado su tía Aileana. Keiran nunca le daría a su padre una imagen tan afable.

Siguió ojeando el apartamento. Para Gawain, las estancias en las que los feéricos hacían su vida privada eran como las páginas escritas de un diario. A Rhiannon le gustaba la comodidad y la sencillez, pero también algunos toques lujosos, aunque no por ello fastuosos; por lo menos, no como los que había en el palacio o en la villa que lo rodeaba. Y, por supuesto, le gustaban los tonos oscuros. Todo el lugar parecía un cuadro en blanco y negro, desde las paredes de color blanco hueso, hasta la madera oscura y robusta de los muebles, pasando por los sofás de cuero negro con cojines y mantas de color nieve recién caída. Solo los cuadros aportaban algo de color, así como los azulejos de azul pálido de la cocina.

No le sorprendió encontrar sobre la mesa en la que apenas cabían cuatro comensales una daga enfundada. Estaba seguro de que Rhiannon no la había dejado allí anoche, pero también sospechaba que no era un utensilio más con el que pelar patatas. Su prima era una dannan y la habían enseñado a dejar armas de fácil alcance en todas y cada una de las estancias de su hogar. La espada que había visto enfundada y casualmente apoyada en el lateral de uno de los sofás del salón era otra prueba de ello.

Gawain abrió las alacenas, a pesar de que no tenía hambre. Aunque no le vendría nada mal algo caliente que beber. La frescura de finales de otoño que se había colado por las ventanas cuando aun llevaba la ropa mojada le había dejado el cuerpo aterido.

Se detuvo bruscamente cuando sus ojos cansados repararon en un pequeño tarro cuyo contenido dorado lanzó un destello mate cuando la luz de la mañana indicó sobre él. Alargó la mano y sacó el pequeño recipiente medio vacío. Una sonrisa muy pequeña tironeó de las comisuras de sus labios.

Era miel, oscura y espesa, de un tono a medio camino entre el bronce antiguo y el oro viejo. Por supuesto que habría miel en ese apartamento, pensó dándole vueltas al tarro entre los dedos. Empezaba a sospechar que todos los Fforddludw tenían algún tipo de adicción a aquel fluido dulzón que él no soportaba.

Fue a devolverlo a la alacena, pero cambio de idea antes de dejar el tarro sobre la superficie de madera. Gawain no tenía ni la más remota idea sobre cocina, como cabría esperar en un noble de su posición, pero sospechaba que unas rebanadas de pan con miel no serían tan difíciles de preparar. Solo tenía que procurar no cortarse, lo cual era una tarea un tanto complicada para él, pero podía intentarlo.

Apenas había comenzado su tarea cuando su fino oído feérico captó un sonido amortiguado detrás de él. Se giró en redondo con rapidez, los músculos tensos y preparados en un acto reflejo, y buscó con la mirada a quien había producido ese golpeteo, contrariado consigo mismo por no haber percibido ninguna esencia cerca de él... hasta que su mirada lo encontró.

Gawain frunció el ceño cuando sus ojos se toparon con otros de una tonalidad muy parecida a la de los suyos, tal vez un poco más clara. Un gato, grande y con un espeso pelaje grisáceo excepto en las patas y el rostro, donde era casi negro, se lo quedó mirando un momento, con una pata alzada y apoyada en el cristal de la ventana de la cocina, como si estuviera pidiendo permiso para hablar. Sus bigotes temblaron, como queriendo olisquear a aquel desconocido a través del cristal, antes de mover la pata arriba y abajo, golpeando la ventana con suavidad y rozándola con las uñas.

Gawain todavía se lo quedó mirando un momento antes de reaccionar.

Los gatos eran los únicos animales traídos del mundo de arriba que habían prosperado en Elter, aparte de los caballos. A diferencia de estos últimos, los gatos no eran criados por los feéricos como animales de compañía o para exhibirlos, por lo menos no actualmente. Alguien los había traído a tierras inmortales pensando que serían buenos para esos fines, pero esa iniciativa no había prosperado como con los caballos. Curiosamente, los gatos que habitaban Elter cuando los feéricos perdieron el interés por ellos no habían salido mal parados. Todo lo contrario, abundaban en las ciudades, e incluso habían aprendido a moverse por los bosques, con las demás criaturas salvajes que los habitaban.

Era curioso que aquellas criaturas pequeñas, peludas y de aspecto entrañable incluso se hubieran adaptado tan bien a un mundo como Elter, donde el matar o el morir eran las reglas básicas que lo regían. A Gawain no le sorprendía lo más mínimo; los gatos eran felinos, cazadores natos, con una apariencia externa que no los delataba. Eso, pensaba el fae, les

confería cierta esencia feérica.

De pronto, el cansado cerebro de Gawain comprendió por qué había un bote de pescado en conserva en una de las alacenas de la cocina. Keiran odiaba el pescado, y estaba bastante seguro de que Rhiannon se le parecería hasta en eso, así que el que había en la cocina del apartamento no podía ser para ninguno de los dos. Además, por las miradas que el gato lanzaba a la estancia, lo más probable era que el animal estuviera acostumbrado a dejarse caer por allí.

Gawain buscó en los armarios hasta que encontró un platillo pequeño donde poner un poco del pescado que había visto antes. Cuando abrió la ventana para dárselo al animal, las pupilas del gato se agrandaron, y el fae pudo percibir la tensión de sus músculos a pesar de no haberse movido ni un palmo de su sitio. Lo miró un momento, dudando sobre si debería decirle algunas palabras tranquilizadoras como las que Rhiannon usaba con sus yeguas cuando estas se alteraban, pero rechazó la idea casi de inmediato; dudaba que a un felino, un ser lo suficientemente parecido a un feérico como para poder vivir en el mundo inmortal, se le pudiera hablar de la misma manera que a un caballo.

Dejó el platillo sobre el alfeizar, lo más lejos posible del gato para que este no se asustase y volvió a su tarea inicial. De vez en cuando, lanzaba miradas furtivas al felino, que hacía lo propio con él mientras masticaba concienzudamente los lomos de pescados húmedos de aceite. Cuando Gawain terminó con lo que estaba haciendo, el gato había desaparecido sin que él se hubiera dado cuenta.

Volvió a la habitación donde Rhiannon seguía durmiendo haciendo equilibrios con un plato lleno de rebanadas de pan untadas en miel y dos infusiones humeantes. Con cuidado, depositó el plato y una de las tazas sobre la mesilla de noche al lado de la cama. Rhiannon apenas se movió. Seguía sumida en su sueño profundo, aunque por las arrugas de su frente, Gawain no estaba seguro sobre si clasificarlo como plácido.

Dio un paso hacia atrás y levantó la vista hacia la ventana entre abierta detrás de su prometida. El olor a sangre ya había desaparecido, así que decidió cerrarla para guardar el calor del apartamento sin tener que encender la estufa que había a los pies de la cama. Un fear sciathánach de larga barba blanca y alas cristalinas pasó volando por delante de la ventana mientras Gawain la cerraba. El fae parpadeó cuando el sol arrancó un destello de luz de las alas del feérico menor.

Parecía ser un día ajetreado entre los mensajeros de la Casa, vestidos con sus colores y portando bandoleras en las que transportaban correos urgentes de un lado a otro de la capital y también fuera de esta, al resto del territorio. Mientras estaba en la cocina esperando a que el agua para las infusiones se calentase, después de que el gato se hubiera marchado,

Gawain se había asomado al exterior y había hecho detenerse a uno de aquellos seres de aspecto anciano y le había pedido que hiciera llegar un mensaje al palacio. Tenía que avisar a su padre y a su tía Aileana de que él y Rhiannon habían pasado la noche juntos en la ciudad y que no sabían con seguridad cuándo iban a regresar, pero que se encontraban bien.

El feérico alado había hecho un gesto de contrariedad cuando supo a dónde tenía que dirigirse, pero asintió después de aceptar una moneda de oro y se elevó por encima del tejado del apartamento, hacia el cielo sorprendentemente límpido y claro de finales del otoño.

Cuando cerró la ventana, Gawain reparó en el reflejo que había sobre el cristal limpio. Con el ceño fruncido, se giró y se topó con una amplia estantería de madera oscura llena de... libros. Muchísimos libros, en los cuales no había reparado en ningún momento antes. Había sido una noche demasiado ajetreada y la decoración del piso le había importado más bien poco.

Se aproximó con pasos silenciosos al mueble y fue pasando sus ojos de un lomo al siguiente, leyendo los títulos y tratando de adivinar de qué trataban las historias en base a estos. Muchos de esos libros le eran conocidos, había leído algunos, incluso. Enarcó una ceja al darse cuenta de que estaba ordenados por temáticas, y dentro de estas, su disposición era más caótica, aunque Gawain imaginó que su prima los habría colocado según su orden de lectura.

Una sonrisa tironeó de sus labios cuando advirtió que la sección mejor surtida era la de temática romántica. Podía imaginarse a Rhiannon allí, leyendo esos libros melosos y con finales felices; dudaba que su prima fuera de que las que le gustaban los desenlaces trágicos. Seguro que aquellas historias estaban llenas de heroínas que se salvaban solas, sin ayuda de ningún hombre a caballo y con armadura impoluta.

Sin perder esa pequeña sonrisa, cogió uno de los libros, encuadernado en tonos azules y con las letras plateadas, muy manoseado, y fue a sentarse a la silla que había delante del escritorio, cerca de la ventana. La giró para que quedase mirando hacia la cama y se sentó, con el libro en una mano y la taza con la infusión en la otra. Contempló un momento a su prima, que seguía durmiendo profundamente, de espaldas a él. Su corta melena negra se había ondulado y estaba revuelta, enredada desde las puntas hasta la raíz. Su cuerpo se movía acompasadamente por la respiración y sus emociones estaban en calma, o al menos eso era lo que podía percibir Gawain.

Dejó escapar un suspiro mudo y dio un sorbo a la infusión de canela antes de dejarla en el suelo a su lado. Cruzó una pierna sobre la otra y, a pesar de que sentía la vista cansada y la cabeza ligeramente embotada después de pasarse toda la noche despierto, comenzó a leer. Sabía que no sería

capaz de dormir con el sol en el cielo, así que aquella actividad era lo único que le quedaba mientras su prima no se despertase.

Apenas llevaba cuatro capítulos, los cuales había tenido que leer al menos dos veces para poder enterarse de qué era lo que contaban, cuando escuchó el movimiento de tela contra tela.

Levantó la cabeza con brusquedad, provocando que sus músculos cansados protestasen ante el repentino movimiento, y se encontró a Rhiannon dándose la vuelta para encararlo. Se quedó tumbada boca arriba, con la cabeza ladeada en su dirección para poder mirarlo con los ojos entrecerrados. Gawain tragó saliva para deshacer el nudo que se había formado en su garganta.

A pesar de la luz que entraba por la ventana, la piel de Rhiannon se veía cetrina, su bonita tonalidad de alabastro estaba sustituida por una más enfermiza. Su melena revuelta y enredada formaba una aureola de aspecto agresivo alrededor de su rostro, como un nido de serpientes o como una maraña de espinos negros. El blanco alrededor de sus irises negros estaba surcado de finas venas rojas, y debajo de sus ojos tenía manchas de una intensa tonalidad púrpura, casi como moratones.

Rhiannon lo miró con el ceño fruncido, como si terminase de comprender que hacía allí sentado, en su habitación, con un libro en las manos. Gawain trató de esbozar una sonrisa, pero apenas consiguió componer una mueca tirante y forzada que no le llegó a los ojos.

— ¿Qué tal te encuentras? —graznó con voz ronca.

Por toda respuesta, su prima enarcó una ceja. Gawain apretó los dedos en torno a las páginas del libro para evitar removerse en el sitio.

—Lo siento —replicó ahora con voz queda.

Su prima dejó escapar una exhalación y giró el cuello para quedarse mirando el techo blanco. Gawain vio que las sábanas se movían a la altura de su abdomen. Se estaba abrazando a sí misma, igual que lo había hecho durante la noche.

No, no de la misma manera.

En esta ocasión, el abrazo no era tenso y desesperado, y su expresión no estaba crispada. Sus brazos se movían debajo de la ropa de cama como si estuviera acariciándose el vientre en un gesto reconfortante, y su semblante, aunque evidentemente cansado, transmitía paz. Alivio, incluso.

Gawain, que siempre había apreciado la quietud y el silencio, de repente sintió que el mutismo de la habitación lo ahogaba.

—No sabía que eras de las que le gustaba el romance —dijo levantando el libro con un ademán ligero.

Rhiannon volvió a girar la cabeza en su dirección y entrecerró los ojos para leer el título. Las comisuras de sus labios se curvaron muy levemente hacia arriba.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, primo —contestó con una voz sorprendentemente firme y pausada, aunque no inexpresiva ni analítica como la que usaba su padre.

Gawain trató de devolverle el gesto, pero de nuevo, falló. Fue a levantarse cuando vio que Rhiannon trataba de incorporarse y apoyar la espalda en el cabecero, pero ella le hizo un gesto con la mano para que se detuviera. Compuso una mueca de dolor cuando se quedó sentada y volvió a llevarse la mano al abdomen. Cerró los ojos un momento y respiró profundamente bajo la atenta mirada de Gawain.

La vio abrir y cerrar sutilmente las aletas de la nariz instantes antes de que una pequeña arruga apareciera entre sus cejas. Cuando giró la cabeza para mirar al lado contrario a donde él se encontraba, Gawain dijo:

—Te he preparado un té de canela, aunque me imagino que ya estará frío.

Rhiannon alargó las dos manos y cogió tanto el plato con las rebanadas de pan untadas en miel como la taza con la infusión, de la que ya no salía ningún fino hilillo de vaho.

—Gracias —contestó ella antes de dar un largo sorbo.

Gawain la contempló en silencio. Rhiannon paladeó otro trago de la infusión ya fría despacio, pero su vista estaba clavada en el plato que había en su regazo. Por un momento, Gawain tuvo miedo de haberse equivocado. Puede que a Rhiannon no le gustase la miel después de todo. Tal vez el tarro de la cocina estaba allí por Keiran y no por ella, o por cualquiera con quien ella compartiese una intimidad que Gawain desconocía.

Apretó los labios, dubitativo y contrariado. Era su prima, eran familia, se conocían desde hacía casi medio siglo y pronto estarían casados, pero él no tenía ni la más remota idea sobre... sobre nada.

No sabía nada sobre Rhiannon. Ni siquiera había sospechado lo que escondía en su interior. Nunca le había prestado la atención suficiente

como para sentir el poder de su propia Casa corriendo por las venas de una de sus familiares.

Se quedó muy quieto cuando Rhiannon cogió una de las tostadas de la bandeja y se la llevó a la boca. La joven dio un mordisco generoso, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás con una expresión de deleite en su semblante mientras masticaba despacio.

Gawain sintió como su pecho se liberaba de una presión que desconocía estar experimentando.

— ¿Cómo sabes que me gustan las tostadas con miel? —preguntó Rhiannon después de tragar el bocado— Nunca desayunamos juntos.

—Tu hermano tiene una adicción con ellas. Las toma para desayunar, para comer, después de cenar... Vi la miel en la cocina y pensé que a ti también te gustarían.

Rhiannon dejó escapar una risa baja que cogió a Gawain completamente desprevenido. El rostro macilento de la joven se iluminó un momento antes de volver a mirar a su primo. Sus ojos negros, aunque todavía conservaban una expresión cansada, ya no se veían opacos como cuando se despertó, sino que tenían un destello conocido y vivaz.

—Gracias —dijo antes de terminar lo que quedaba de la tostada que sostenía.

La mirada oscura de Rhiannon, clavada en la de color azul celeste de Gawain, le hizo saber que no se refería solamente a las tostadas y a la infusión. Una mano invisible se cerró en torno a las costillas del fae, oprimiendo su pecho de una manera incómoda. Las manifestaciones de gratitud no eran algo a lo que él estuviera acostumbrado, y menos cuando iban dirigidas hacia su persona. Sobre todo, viniendo de alguien resuelto como su prima.

—No tienes que darme las gracias por nada, Rhiannon —replicó Gawain en voz baja.

Ella negó con la cabeza.

—Gracias por respetar lo que yo deseaba hacer —repitió ella, esta vez con palabras que quedaron suspendidas entre los dos—. Y por ayudarme.

—Entiendo por qué lo has hecho; todo —asintió él—. No creo que callárselo sea lo correcto, pero entiendo por qué lo haces y, por supuesto, lo respeto. La decisión es tuya, Rhiannon —sentenció sin vacilación y sin

apartar la mirada de los ojos de ella.

Rhiannon se la sostuvo durante un momento que a Gawain le pareció eterno. Sus ojos negros siempre le habían parecido extraordinarios, profundos e infinitos como la noche sin luna ni estrellas en invierno. No eran fríos y afilados como los de su tío Kendrick, pero tenían la misma intensidad y la misma belleza insondable de la oscuridad y las tinieblas. Unos ojos que parecían ver en su interior, aunque Gawain sospechaba que Rhiannon no había heredado la niebla como su hermano, por lo menos no todavía. A él no le habría importado que ella se hubiera colado dentro de su cabeza; así podría ver que sus palabras eran ciertas, que la apoyaba y la respetaba, y que estaba dispuesto a ayudarla hasta donde pudiera y en lo que ella le pidiera. Cualquier cosa.

Cuando Rhiannon parpadeó y sus miradas por fin se desligaron, Gawain dejó escapar el aire que había estado conteniendo en sus pulmones de manera inconsciente.

—Viste mis sombras —dijo ella con la atención puesta ahora en sus tostadas.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Gawain, aunque no era de desagrado. El recuerdo de las serpientes negras hechas de humo, subiendo por las paredes de la bañera y rodeando a Rhiannon con celo, volvieron a su mente. Había intentado apartar esa imagen de su mente desde que había ayudado a su prima a deshacerse de la ropa mojada de agua y sangre no porque le disgustase, sino porque tenía la sensación de haber presenciado algo que no debería haber visto.

Keiran era meticuloso a la hora de mostrar su dominio de los poderes de la Casa, y si Rhiannon no le había enseñado antes lo que era capaz de hacer con lo que había dentro de ella, sus razones tendría, y él no iba a cuestionarla, como tampoco lo había hecho cuando le dijo que no deseaban seguir adelante con su embarazo. Cuando las sombras aparecieron en la bañera, siseando como pequeñas víboras olfateando el aire cargado de dolor y miedo, había sentido que estaba presenciando un momento íntimo, algo privado, derivado de la situación de vulnerabilidad de Rhiannon.

Gawain no había visto sus sombras porque Rhiannon lo quisiera, sino porque no se encontraba en disposición de controlarlas y de elegir voluntariamente si deseaba mostrárselas a él o no.

—Sí —contestó Gawain con un asentimiento de cabeza—. No tenía ni idea...

Calló cuando Rhiannon hizo un gesto de negación.

—Solo Keiran y mi madre lo saben.

Gawain no pudo evitar que la pregunta escapase de sus labios.

— ¿Por qué?

Rhiannon se tomó su tiempo para contestar. Tomó otra tostada y la masticó despacio, sopesando sus palabras, pudo imaginarse él.

—Porque yo quiero que sea así —contestó finalmente—. Creo que mi padre puede sentirlo —añadió con la mirada perdida—, pero nunca ha dicho nada.

Era casi imposible que el Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla no detectase su propio poder en sus hijos. Tal vez desconociera la cantidad de poder que albergaban o hasta que punto lo dominaban, pero si había alguien que pudiera percibir el poder de los dioses en otro feérico, esos eran los gobernantes de Elter. Entre los inmortales, igual que la sangre llamaba a la sangre, el poder también lo hacía consigo mismo.

— ¿Cuándo desarrollaste el poder? —preguntó Gawain.

—Era una niña —contestó ella—. Keiran ni siquiera había pasado la Turas Mara.

Gawain frunció el ceño. Rhiannon había nacido menos de un mes después de que Keiran cumpliera los diecisiete, en la noche de Yule, la más larga del año y una de las fiestas más importantes entre los feéricos. Gawain sospechaba que a los hijos del gobernante de la Casa les gustaban los días señalados en el calendario inmortal para llegar al mundo; Keiran había nacido el primer día del año feérico, el uno de noviembre, en la madrugada de Samhain, y los mellizos habían nacido en el equinoccio de primavera, con la festividad de Ostara. El hijo mayor de Kendrick tenía treinta y un años cuando superó la Turas Mara, por lo que Rhiannon no podía tener más de catorce años cuando sus poderes comenzaron a manifestarse, una edad muy temprana si no era la descendiente que se convertiría en gobernante de la Casa...

—Tenía casi once años —comenzó a decir Rhiannon, contestando a la duda silenciosa de Gawain—. Fue en el palacio, estaba alterada porque estaba más lleno de gente de lo habitual. Faltaban tres días para Samhain y, al terminar el año, se reúnen todos los generales y los consejeros, y nobles que en realidad no tiene nada mejor que hacer que andar pululando por el palacio y los jardines, comiéndole la oreja a mi padre cuando tienen la oportunidad y siseando a espaldas de mi madre cuando ella se da la vuelta —explicó sin acritud y con la mirada perdida en el recuerdo, con sus ojos clavados en el fluido espeso sobre las rebanas de pan—. Por aquel entonces yo no era... como ahora. Todavía estaba aprendiendo a moverme

por la villa y entre los aristócratas —se detuvo un momento para coger aire antes de continuar—. Estaba en el tercer piso del palacio, iba camino de mi habitación, pero había un montón de cortesanos en el pasillo, no tengo ni idea de por qué —volvió a hacer otra pequeña pausa para retomar lo que estaba diciendo, en esta ocasión con un tono más bajo—. Cuando escuché sus siseos viperinos, me desquicié. Tanto que atravesé el suelo convertida en una sombra.

Los ojos de Gawain se agrandaron muy levemente. Había visto a su tío convertirse en sombra y atravesar objetos sólidos, y siempre le había resultado un tanto perturbador. Keiran todavía no dominaba esa parte del poder de la Casa; su especialidad era la niebla, no las sombras, y estas solo habían comenzado a manifestarse con fuerza recientemente. El heredero de la Casa más extensa de Elter le había contado que las sombras eran dolorosas, que hacían revolverse algo dentro de él, afiladas y frías de una manera desagradable e incómoda. Si para Keiran, siendo un guerrero entrenado para saber manejar aquel poder, manejar aquel poder era complicado y doloroso, Gawain no podía imaginarse el shock que habría supuesto para una niña como Rhiannon en aquel momento.

—Atravesé el suelo del tercer piso —prosiguió su prima con la mirada perdida, velada por los recuerdos que se agolpaban en su mente—, el del segundo, y probablemente habría seguido bajando, más allá de la cocina, si Keiran no me hubiera cogido en el pasillo de entrada al palacio —las comisuras de sus labios se estiraron levemente hacia arriba—. Consiguió aunar su poder con el mío y sujetarme el tiempo suficiente como para que me tranquilizase y volviera a... bueno, a tener un cuerpo sólido.

Rhiannon parpadeó una única vez para volver del momento en el que había descubierto lo que había dentro de ella. Sus ojos negros recuperaron su brillo habitual y se clavaron en Gawain, que se sobresaltó ante la intensidad de su mirada, cogido por sorpresa en sus propios pensamientos.

—Fue él quien me aconsejó no contárselo a nadie —dijo Rhiannon—; para protegerme.

Gawain hizo un asentimiento con la cabeza apenas perceptible. A veces, los hijos que no eran los primogénitos y que presentaban capacidades prometedoras para controlar los poderes de la Casa a una edad temprana eran eliminados por sus hermanos mayores. Gawain sabía que Keiran jamás le pondría la mano encima a Rhiannon, nunca le haría daño, bajo ningún concepto. A él no le importaría que fuera su hermana la que se convirtiera en Hija Predilecta, aunque Gawain sabía que prefería ser el mismo quien cargase con toda la responsabilidad de ser el gobernante de la Casa, así como todo lo que eso implicaba. Sin embargo, había muchos, muchísimos nobles en la villa palaciega, así como feéricos fuera de ella, que no soportarían la idea de que una mujer los gobernase. Puede que

Keiran fuera un media sangre también, hijo de una diosa menor, pero por lo menos era un hombre, pensaban muchos.

—Las sombras siempre han estado ahí para protegerme —sentenció Rhiannon.

Como para corroborar sus palabras, la sombra que proyectaba el cabecero de la cama sobre la pared que tenía detrás onduló y se estiró, desperezándose como un animal adormilado. Se estiró sobre la madera y se escurrió por esta, bajando hasta la almohada como una planta enredadera. Rhiannon alargó la mano hacia ella y la sombra se curvó entre sus dedos, vibrando con suavidad, como el ronroneo de un felino.

Gawain observó la escena sin decir nada. Pudo percibir que el comportamiento de la sombra con forma de zarcillo era diferente al de sus compañeras de la noche anterior, que había rodeado a Rhiannon en la bañera de una manera fiera y celosa, vibrando como un enjambre de abejas alrededor de su reina para protegerla. Ahora, la oscuridad se parecía más a un cachorrillo obediente y cariñoso que buscaba el afecto y la aprobación de su señora.

Perdido en esa idea, Gawain no fue consciente de que Rhiannon desviaba la atención de la sombra y la dirigía hacia él. Apenas fue consciente de que sus ojos lo escaneaban, desde su cabello despeinado y su rostro cansado inusualmente pálido y ojeroso, pasando por la ropa que había cogido prestada, hasta llegar al libro que todavía sostenía en sus manos.

Fue el sutil movimiento de una de sus cejas negras enarcándose lo que lo devolvió al presente.

— ¿En qué página vas? —preguntó Rhiannon haciendo un gesto con la cabeza hacia las manos de Gawain.

—No estaba prestándole demasiada atención, la verdad —reconoció él siguiendo su mirada.

Lo poco que había sido capaz de hilar en los capítulos que había leído le había resultado interesante, pero tenía la mente demasiado embotada como para poder seguir los acontecimientos de verdad. Solo se había quedado con el detalle de que a la protagonista le gustaban las mujeres y que tenía algún tipo de fijación con el arco y las flechas.

—Pues deberías, es un libro muy bueno —dijo Rhiannon cogiendo la penúltima tostada—. Puedes coger cualquiera de los que hay en mi casa, si quieres —le dijo haciendo un gesto hacia la estantería que había al otro lado de la habitación.

Gawain volvió a echar un vistazo a los libros. La verdad es que, al menos por el título, más de uno le había resultado bastante tentador...

—Creo que es el libro que más veces me he leído de todos los que tengo —dijo Rhiannon mirando las manos de Gawain—. Me sé los diálogos de memoria.

— ¿Qué tiene que te guste tanto? —preguntó él, aunque estaba bastante seguro de que podía imaginarse la respuesta.

—La protagonista —le corroboró ella con una sonrisa—. Si un libro se queda en las estanterías de mi casa en lugar de ir a parar a la biblioteca o alguna tienda de segunda mano, es porque la protagonista me ha gustado y merece quedarse conmigo.

Gawain no pudo evitar soltar una risa baja y corta. Puede que sí conociera a su prima un poco más de lo que se había imaginado, o al menos comenzaba a dilucidar qué era lo que había detrás de las sombras que hasta ahora la había arropado sin que él se diera cuenta.

El zarcillo oscuro que todavía se encontraba entre los dedos de Rhiannon pareció sisear con aprobación ante sus palabras. El sonido viperino lo transportó a la noche anterior, a la calidez febril del cuerpo de Rhiannon contra el suyo y a la humedad del agua manchada de sangre que los rodeaba. A los estremecimientos violentos y a las palabras rotas de la joven, preguntándose si había sido culpa suya...

Ahora, quien quiso preguntar fue él. Quería preguntarle cómo se sentía ahora, qué era lo que pasaba por su cabeza ahora que todo había pasado... Ahora que todo estaba hecho y ya no había marcha atrás.

De nuevo, Rhiannon le contestó solo con la mirada. No había remordimiento en la negrura infinita de sus ojos; solo cansancio, calma y alivio. Pero también dolor por haber tenido que enfrentarse a todo aquello. Una muesca en su coraza que nunca se borraría, pero que ella llevaría con orgullo, aunque nadie supiera cómo había aparecido.

Gawain tragó saliva para aclararse la garganta antes de volver a hablar.

— ¿Quieres que te lea?

Rhiannon frunció el ceño con sorpresa, pero no tardó en asentir.

—Vale. Pero empieza por el capítulo veintiuno —le pidió acomodándose en la cama, volviendo a arrebujarse entre las sábanas.

La sombra que la había acompañado se escabulló y regresó al lugar del

que había salido.

Gawain fue a buscar el capítulo que ella le pedía. Abrió la boca para comenzar, pero se detuvo cuando sus ojos siguieron la primera frase escrita. Y la siguiente. Y la siguiente...

No pudo evitar enarcar una ceja.

— ¿Me vas a hacer leer una escena erótica? —preguntó mirando a su prima, incapaz de esconder la diversión que había en su mirada.

Rhiannon le dedicó una sonrisa maliciosa antes de encogerse de hombros.

—No. Por lo menos durante unos cinco capítulos, no.

Gawain negó con la cabeza, pero no volvió a replicar. Él también tenía una mueca divertida y traviesa en la boca. Y feliz.

Le hacía feliz ver que la fisura en la coraza de sombras que la protegía no la había hecho pedazos ni había acabado con ella.

Capítulo 12

Gawain y Rhiannon pasaron los tres días siguientes en mutua compañía. Él escribió un mensaje a su tía Aileana comunicándole que querían pasar algo de tiempo a solas para conocerse mejor antes de contraer matrimonio, y a la madre de Rhiannon le pareció buena idea.

Lo que Gawain le contó no era del todo mentira. Además de ayudar a Rhiannon a recuperarse y a hacer más llevaderos los días en la ciudad, donde por una vez no le apetecía salir a socializar y a corretear, sino descansar y estar tranquila, también quería saber más de su misteriosa prima pequeña que podía controlar las sombras y la oscuridad. O eso pensaba ella. Tampoco le importaba demasiado.

A Rhiannon le gustaba tener sus momentos en soledad consigo misma, pero después del aborto lo que sentía que precisaba era calma, pero no necesariamente a solas. La presencia de Gawain a su lado era tranquila, silenciosa. Su voz grave y sosegada cuando le hablaba no hacía que los recuerdos de la noche en la que había abortado desaparecieran, pero aplacaban los estremecimientos y el frío que le hacían sentir.

Rhiannon no quería olvidar. No quería evitar el dolor. Solo quería que fuera soportable, poder mirar la herida que le había dejado aquella experiencia, toda la experiencia, y no sentir que un viento invernal y una tormenta furiosa se la comían por dentro. Probablemente tres días no serían suficientes para conseguirlo por completo, pero sabía que no podía volver al día siguiente a la villa palaciega como si nada hubiera pasado. Ya lo había hecho una vez, y casi la había desquiciado.

El hecho de tener a alguien con quien hablar del tema también la ayudaba. Alguien que no la juzgase y que no le dijese si las decisiones que había tomado estaban bien o mal. Rhiannon solo necesitaba que la escuchase y no sentirse vulnerable cuando las sombras protectoras se replegaban y dejaban a la vista la joven que había debajo. Alguien que no quisiera hacer estallar una guerra por lo que le había pasado.

La tarde del tercer día, Rhiannon y Gawain salieron a dar una vuelta a caballo. El establo donde la joven alquilaba las cuadras para sus yeguas no se encontraba lejos del apartamento, pero a ella se le hizo eterno y tremendamente transitado de repente. Nunca había rehuido la compañía de nadie, ni siquiera la de los cortesanos de la villa (aunque en el caso de estos, tampoco la buscaba), pero durante esos días, en los que se sentía incómodamente frágil, tenía la sensación de que cualquiera que se quedase mirándola el tiempo necesario sabría lo que le había ocurrido. Y si sentía eso con los ciudadanos de la capital, con su magia sencilla y

mundana, cuando estuviera delante de su padre y de Keiran...

Negó con la cabeza sin dejar de caminar. Eso era algo que tenía que controlar. Ninguno de los dos se metería en su cabeza a rebuscar en ella a propósito, pero si la veían agitada le harían las preguntas adecuadas para que su mente se llenase con aquellos pensamientos y entonces a Keiran y a Kendrick no les haría falta colarse en forma de niebla dentro de Rhiannon para saber lo que había ocurrido. La hija mayor del gobernante de la Sombra y la Niebla se parecía a su padre en muchos sentidos, pero si había algo en ella que gritaba Lea a los cuatro vientos, eran sus pensamientos ruidosos. Nunca había sentido la necesidad de pararse a controlarlos demasiado porque las únicas dos personas que literalmente podrían leerlos nunca los usarían en su contra. Pero en esa ocasión era diferente.

Los Hijos Predilectos necesitaban pocas excusas para armar una guerra en apenas un parpadeo. Si su familia descubría lo que le había ocurrido a ella, Rhiannon estaba segura de que harían lo imposible por borrar la Casa del Viento y la Tormenta del mapa de Elter. Incluso aunque eso significase reducir la Sombra y la Niebla a un montón de cenizas.

— ¿Puedo hacerte una pregunta?

Rhiannon parpadeó, cogida por sorpresa. Ella y Gawain llevaban un rato en silencio, sentados en el borde de uno de los acantilados que guardaban la capital. Bueno, ella estaba sentada en el borde, con las piernas colgado. Él se encontraba apenas un paso más atrás, pero con todas las partes de su cuerpo seguras en tierra firme.

El atardecer estaba comenzando a salpicar de estrellas el cielo y Rhiannon sentía cómo la criatura nocturna que había dentro de ella se desperezaba con cada nuevo tono violeta o azulado que aparecía en el firmamento. Gawain, en cambio, estaba comenzando a bostezar, aunque con la discreción que lo caracterizaba, por supuesto.

—Claro —contestó ella girándose para mirarlo.

Su prometido pareció dudar un último instante antes de hablar de nuevo.

— ¿Te cortaste el pelo por lo que ocurrió en el Viento y la Tormenta?

—preguntó en voz baja, como si la brisa que los rodeaba o el mar a sus pies pudieran contarle a alguien lo que escuchaban— No tienes que contestar... —añadió cuando ella no respondió al instante.

—Sí —cortó ella con suavidad, pero al mismo tiempo con firmeza—. No solo por lo que ocurrió cuando me estaba... violando, sino porque... —frunció el ceño, sopesando sus palabras y tratando de ordenar sus pensamientos— Creo que es una tontería, y no sé si es la palabra adecuada, pero es como

una especie de simbolismo de cambio. No sé si me explico —dijo mirando la bruma de color blanquecino que se extendía sobre el mar, separando el mundo conocido del desconocido. Se encogió de hombros antes de continuar—. Es complicado. No quiero que Darren tenga ese poder sobre mí. Obviamente lo que ocurrió me ha afectado y siempre va a estar ahí —dijo despacio—, tanto por el acto en sí como por todo lo que lo ha rodeado, pero no quiero que esté presente en mi vida y que influya en todo lo que hago y decido.

Rhiannon se detuvo, tratando de calmar el ritmo de su respiración y de su corazón, que habían comenzado a coger velocidad a medida que las palabras salían de boca. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz firme y mirando a Gawain sin vacilación, ni en sus ojos ni en su sentencia.

—Me corté el pelo porque quería hacerlo y voy a seguir llevándolo así porque me gusta.

Cortarse su larga melena negra como la tinta, el atributo físico del que siempre se había sentido más orgullosa, había sido duro. La había visto caer al suelo del baño de su apartamento en la capital con parsimonia, con las hebras oscuras casi levitando en aire. Prolongando el dolor y la agonía que le había producido deshacerse de esa parte de ella. Pero no había podido no hacerlo; no dejaba de sentir los dedos fantasmales del poder de Darren en su pelo, tirando de él con suavidad, casi como un ademán sensual y juguetón. Como una burla ante lo que le había estado haciendo a Rhiannon.

Un juego. Para Darren no había sido más que un juego con el que mostrar su poder y su dominación. Para que jamás olvidase lo que pensaba de ella y que si quería podía hacer lo que quisiera con Rhiannon. Con la media sangre que se había atrevido a menospreciarlo.

Algún día Darren se convertiría en un gran Hijo Predilecto, pensó Rhiannon. Si es que llegaba vivo a la muerte de su padre.

Sí, en un primer momento, Rhiannon se había deshecho de su melena para no sentir los dedos de viento enredados en ella y tener que revivir aquellos angustiosos momentos una y otra vez. Mirarse al espejo después de haber terminado, con las tijeras todavía en sus manos, había resultado duro. Pero ahora, cuando contemplaba su reflejo, no le disgustaba lo que veía. Era una muesca más, otra cicatriz que atestiguaba una de las muchas situaciones duras y terribles por las que había tenido que pasar, y pretendía llevarla con orgullo. Un recordatorio de lo que había sucedido, sí, pero también de que estaba dispuesta a hacer todo lo posible por salir adelante.

Se llevó la mano a la melena con un gesto pensativo. Lo que más detestaba era que las puntas le hacían cosquillas en la piel del cuello,

como si fueran las patitas de una araña paseándose por su piel. Echó un vistazo a su primo de reojo, pero él no la estaba mirando. Tenía la vista perdida en algún punto del suelo al lado de sus pies. Con una de sus manos, se acariciaba la barba rubia que había comenzado a nacerle esos días.

Rhiannon nunca lo había visto así, tan... descuidado. Gawain se parecía al resto de nobles de la Casa en muchos aspectos, y uno de ellos era el esmero con el que cuidaba su imagen. Siempre bien vestido, sin la más mínima arruga en su ropa oscura, el cabello de color oro perfectamente cortado y bien peinado, sin ni una sola hebra dorada fuera de su sitio y, por supuesto, siempre afeitado, sin sombra de barba. Su tono de piel le ayudaba a ocultarla, pero Rhiannon estaba bastante segura de que era el tipo de hombre que se afeitaría ante la más mínima señal de vello duro y rasposo.

Tampoco se había retocado las cejas en esos días, ni se había llevado al apartamento nada de maquillaje para ocultar las orejeras que había bajo sus ojos. Rhiannon tenía entendido que en tierras mortales ese tipo de cuidados no estaban bien vistos entre los hombres, pero entre los fae eran perfectamente normales, tanto entre los aristócratas, como entre los guerreros, comerciantes, raterillos de poca monta... Todos los feéricos tenían un punto vanidoso en realidad, cada especie a su manera, pero los fae eran el sumun de la soberbia y la petulancia.

Gawain llevaba tres días sin apenas dormir por las noches. No quería dejar sola y aburrida a Rhiannon durante las interminables veladas de otoño, así que trataba de mantenerse despierto todo lo que podía. Cuando el sol comenzaba a asomar por detrás de las colinas que rodeaban la ciudad y Rhiannon empezaba a bostezar, él ya no era capaz de dormir. Ella sospechaba que el cuerpo de su primo funcionaba de manera inversa al de los demás inmortales; la influencia del sol en él era mayor que la de la luna y la noche, algo todavía más extraño siendo un descendiente de la Sombra y la Niebla.

Aunque apreciaba su compañía hasta un punto que jamás habría sospechado, teniendo en cuenta que ambos eran... bueno, como el sol y la luna, podría decirse, cada vez que se fijaba en su rostro cansado no podía evitar sentir una pequeña punzada de culpabilidad. Y no solo por robarle horas de sueño....

—No quería arrastrarte a esto —dijo en voz baja, sintiendo de nuevo ese pinchazo culpable en su interior mientras lo observaba—. A engañar a quienes nos rodean...

—Lo sé —cortó él con suavidad—. Podría haberte dejado en la bañera sin hacer preguntas, aunque tu comportamiento me pareciera extraño —añadió tras una breve pausa—. No te ayudé porque pensase que tenía

algún tipo de deber marital contigo. Lo hice porque... porque quería hacerlo. Tú me ayudaste aceptando casarte conmigo.

Rhiannon ladeó la cabeza muy sutilmente, de la misma manera en la que lo habría hecho un felino.

—No entiendo cómo.

Gawain la miró, pero no contestó. Rhiannon aguardó, paciente, pero terminó desistiendo. Ella se había abierto a su prometido en los últimos días de una manera casi desgarradora, pero lo había hecho porque así lo deseaba. Gawain había respetado los silencios que ella había guardado, y Rhiannon estaba dispuesta a hacer lo mismo con él, aunque la curiosidad la estuviera comiendo por dentro.

—Creo que de todas las personas que podrían haberme ayudado, tú eras la última en la que habría pensado —dijo tras un silencio espeso, pero no incómodo.

Respetaría sus silencios, por supuesto, pero no por ello iba a amedrentarse y dejar de hacer preguntas.

Gawain la miró frunciendo el ceño.

— ¿Qué concepto tienes de mí?

Rhiannon se encogió de hombros.

—Nunca he tenido una idea clara sobre ti, la verdad —reconoció con ligereza—. Supongo que siempre me he fiado de ti, por decirlo de algún modo, porque eres amigo de Keiran y sé que te cuenta cosas que no compartiría con cualquiera.

—Nunca le haría daño a Keiran —replicó Gawain con voz firme y mirada intensa, con sus irises ligeramente más oscuros por la luz del atardecer—. Siempre me ha sorprendido, desde que éramos apenas unos chiquillos y mi padre solo quería que pasara tiempo con él para que me ganase su confianza.

— ¿Con la intención de clavarle luego un puñal por la espalda? —preguntó Rhiannon con una leve sonrisa y una ceja enarcada.

En realidad, aquella pregunta no era necesaria. Podía imaginarse las intenciones de su tío Brycen, y serían las que acababa de formular a modo de pregunta retórica. El hermano pequeño de su padre no los soportaba, ni a Keiran, ni ella, ni a los mellizos, siempre lo había dejado bien claro. Si quería que su único hijo se relacionase con sus sobrinos, eran por una razón muy clara; no para deshacerse de ellos, sino para que le hicieran un

huevo al lado del trono con la serpiente y el cardo, igual que el propio Brycen se había buscado un lugar junto a su padre. Hasta que su madre había llegado y la distancia entre el Hijo Predilecto y su hermano pequeño se había ampliado, volviéndose prudencial.

Cuando Gawain le respondió, su contestación no sorprendió a Rhiannon.

—No lo tengo muy claro. No sé si su intención era simplemente que me considerase de confianza para luego convertirme en su segundo al mando, igual que él con el tío Kendrick, o... o algo más —dijo bajando la voz y apartando la mirada—. Dejé de prestar atención a las palabras de mi padre cuando comencé a conocer de verdad a Keiran y cuando tu madre empezó a preocuparse más por mí que la mujer que me había dado a luz.

Rhiannon se quedó callada. Los padres de Gawain no estaban casados y conociendo a su tío, a ella no le habría sorprendido demasiado que tuviera unos cuantos primos más de los oficiales. Sin embargo, si era así, le sorprendía que Brycen no hubiera presentado a ninguno de ellos en sociedad, teniendo en cuenta que Gawain no había salido como ninguno de los dos esperaba.

Su tío nunca lo había dicho en voz alta, pero Rhiannon podía leer en su mirada, así como en la de Mae, la madre de Gawain, que su prometido era... decepcionante. Demasiado blando. Demasiado apegado a sus primos. Demasiado desinteresado en los asuntos sociales y políticos de la Casa.

Demasiado poco Maira para lo que les interesaba.

El hecho de que Gawain hubiera aceptado casarse con ella sin rechistar solo había dejado más en evidencia lo que para su tío eran defectos. Taras que habían comenzado a quedar al descubierto cuando Gawain y el hermano mayor de Rhiannon empezaron a hacerse amigos.

Sin poder evitarlo, comenzó a hablar de él, con las comisuras de sus labios curvadas hacia arriba.

—Keiran es...

—Keiran —finalizó Gawain con una mueca similar a la de Rhiannon.

Ella no pudo evitar que la sonrisa se hiciera un poco más grande.

—Algún día será un gran gobernante. Aunque espero que ese momento tarde mucho en llegar, por supuesto —se apresuró a añadir.

Sí, su hermano sería un buen Hijo Predilecto, estaba segura, pero no le importaría que el día en que comenzase a llevar la corona de gemas

negras y azules sobre su cabeza no llegase nunca. Eso significaría que su padre se habría reunido con los dioses mayores y, a pesar de lo frío y duro que podía llegar a ser, Rhiannon lo quería con la misma fuerza con la que amaba al resto de feéricos a los que consideraba parte de su familia, incluso aquellos con quienes no compartía sangre. Además, sabía que la muerte de su padre haría añicos el corazón de su madre. Muchos y demasiado pequeños como para volver a recomponerlo, estaba segura.

Apartó esos pensamientos de su mente con rapidez. Pensar en el sufrimiento de quienes quería siempre le llenaba los ojos de lágrimas.

—No sé si esa es la expresión que muchos utilizarán para definirlo llegado el momento —escuchó decir a Gawain a su lado.

—Puede que no —replicó ella, comprendiendo a qué se refería—, pero quienes lo conocemos sabemos que va a hacer todo lo que esté en su mano y más para que esta Casa prospere y que no acabe reducida a tierra quemada y cenizas cada pocos años.

—Esa es la razón por la que no va a aparecer en los libros de historia como gran gobernante —añadió Gawain con suavidad.

Los ojos del fae estaban puestos en el horizonte, donde el mar oscuro de color azul cobalto, se tocaba con la neblina venenosa que separaba los territorios conocidos de aquellos que jamás se habían explorado. Era una visión bonita; el color sólido del mar en contraste con el tono vaporoso de la Bruma, ambos reflejando la tonalidad del cielo y los puntos de luz brillantes de las estrellas, pero de una manera muy diferente. Rhiannon, sin embargo, tenía su atención puesta en su prometido, de nuevo con la cabeza ligeramente ladeada.

Cuando volvió a hablar, la joven dio un respingo en el sitio, cogida por sorpresa.

— ¿No vas a preguntarme qué es lo que pienso yo de ti? —preguntó finalmente.

Una pequeña arruga apareció entre las cejas negras de Rhiannon. Gawain seguía sin mirarla. Sus ojos todavía estaban fijos en el horizonte, aunque sospechaba que tenía toda su atención puesta en ella.

Rhiannon se tomó un momento para contestar.

—Hace mucho que dejé de importarme lo que los demás pensasen de mí —dijo con sinceridad—. En realidad, creo que nunca le di demasiada importancia. Solo lo justo para poder sobrevivir en la villa palaciega. Pero

si insistes —añadió con una sonrisa invitadora.

Rhiannon lo vio tragar saliva antes de volverse para mirarla por fin.

—Nunca hemos tenido una relación cercana.

—No. La verdad es que no —reconoció ella.

Gawain apartó la mirada. Parecía incómodo, repentinamente cohibido y también arrepentido. Rhiannon fue a decirle que si no quería no era necesario que continuase, pero entonces Gawain habló por fin.

—Siempre me has intimidado.

La reacción de Rhiannon se hizo esperar más de lo natural. Su primera respuesta fue poner los ojos en blanco por la sorpresa, pero luego una carcajada corta y sincera escapó de sus labios.

—A día de hoy puedo entenderlo —respondió palmeándose la bota en la que llevaba escondida una daga perfectamente afilada—, pero cuando tenía... no sé. ¿Cinco años y tú veintitrés? Era literalmente así.

Rhiannon estiró el brazo hasta dejar la mano pocos centímetros por encima de la cabeza de Gawain. Igual que su madre, siempre había sido de baja estatura en términos feéricos, tanto de niña como de adulta. Nunca había llegado a dar un estirón propiamente dicho, y estaba más que segura de que su primo, que había recibido formación de guerrero aunque no tuviera las habilidades para ello, podría haberle pateado el culo a una canija como la Rhiannon de cinco años sin demasiado esfuerzo.

—No de esa manera —replicó con una pequeña sonrisa brillando en sus ojos—. No del todo —reconoció casi al momento, antes de hacer una pequeña pausa en la que su expresión concentrada reveló que estaba sopesando con cuidado sus palabras—. Siempre me ha intimidado el hecho de que nunca has tenido miedo de mostrarte como eras. Puedes controlar las sombras como tu padre y en cambio nunca las has usado para esconderte entre ellas y pretender ser alguien que no eras.

Rhiannon lo miró con el ceño fruncido. Había una pregunta en sus ojos negros, pero antes de que pudiera decir nada, Gawain siguió hablando.

—Puede sentirlo cuando estábamos en la bañera. Las sombras te protegían, pero no te escondían. Nunca lo han hecho —añadió bajando la voz.

Ella permaneció callada. No, ella nunca había usado las sombras como su padre, para esconderse y dar la imagen que se esperaba de ella. A él

también lo protegían, pero formando un reflejo distorsionado de lo que era. Rhiannon solo las usaba para esconder aquello que le interesaba guardar con más celo, pero nunca había engañado a nadie.

—Eres una criatura de la noche, Rhiannon —prosiguió Gawain—, cualquiera que sea mínimamente observador puede ver el poder que hay en ti.

—Nadie en el palacio lo sabe, además de Keiran y mi madre —dijo, a pesar de que ya se lo había contado la mañana siguiente al aborto—. Mi padre puede percibir algo, pero nunca se lo he mostrado.

—Eso es porque nadie se plantea la posibilidad de que una mujer pase a ocupar el puesto de gobernante de la Casa.

Rhiannon asintió en silencio. Nunca había habido una Hija Predilecta en la Casa de la Sombra y la Niebla. De hecho, muy pocas habían sido las mujeres al frente de cualquiera de los seis territorios gobernados por fae en Elter. El poder de los dioses, por alguna razón, no solía escogerlas, y ninguna había pasado a la historia como una gran líder. No en los términos en los que los feéricos mayores usaban ese apelativo, al menos.

Ninguna de ellas había sido belicosa ni había llevado su Casa a una guerra larga y cruenta con otro territorio.

—Keiran será el próximo Hijo Predilecto —dijo Rhiannon sin dudar—. Su poder es mucho mayor que el mío.

—Con la niebla —puntualizó Gawain—. Keiran controla la niebla con bastante destreza, pero el poder que gobierna las sombras todavía no se ha manifestado en él con fuerza. Solo lo tienes tú.

—Yo no voy a ser Hija Predilecta. En la Sombra y la Niebla nunca ha habido una mujer en el trono, y nunca la habrá. Los cortesanos no dejarían que eso ocurriese —añadió con un resoplido sarcástico—, y menos una con sangre dannan en sus venas.

Rhiannon notó cómo Gawain se tensaba a su lado. Fue un cambio muy sutil, pero ella estaba entrenada para percibir ese tipo de reacciones. En consecuencia, su cuerpo respondió, esperando.

— ¿Te gustaría ser Hija Predilecta? —preguntó Gawain despacio.

Rhiannon pensó en las conversaciones escuchadas a hurtadillas de su padre con sus consejeros, en los papeles con datos, presupuestos y leyes por aprobar o derogar. En las largas e interminables reuniones que Kendrick mantenía con quienes lo ayudaban a gobernar la Casa y de las que Keiran siempre salía con un fuerte dolor de cabeza cuando participaba. Pensó en las conversaciones que ella misma mantenía con los

ciudadanos de la Casa cuando decidían abrirse y expresar sus inquietudes y deseos con una de las descendientes del linaje que lo gobernaba. Y también, pensó en lo mucho que la emocionaba la idea de poder ayudarlos en todo lo que pudiera.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de lo mucho que significaban todas esas situaciones para ella.

Rhiannon se encogió de hombros y respondió con total sinceridad.

—No es algo en lo que me haya parado a pensar demasiado.

Gawain no dijo nada, pero su cuerpo seguía rígido, expectante. Rhiannon apretó los puños por delante de sus piernas, que ya no colgaban del acantilado, sino que se encontraban flexionadas delante de ella. Las uñas no se clavaron en sus manos porque todavía seguían cortas e irregulares, pero al menos llevaba tres días sin mordérselas. Esa mañana, antes de ir a visitar a Caillic para que comprobase que todo había marchado como debería, se las había pintado de negro.

—No me gustaría ser lo que se espera de una gobernanta, en el sentido tradicional —reconoció finalmente con apenas un susurro—, pero por el resto... no me importaría dedicar mi vida a cuidar a las gentes de esta Casa. Traer la paz entre los dannan y los demás ciudadanos, sobre todo con los nobles, si es que eso es posible. Lo sé, sueño demasiado —dijo acompañando sus palabras de una risa baja y cargada de humor ácido.

A pesar de la acritud de sus palabras, Gawain no la estaba mirando como si lo que acabara de decir fuera una idea descabellada o el ideal de niña inocente. En realidad, la estaba mirando con sus ojos azules cargados de afecto y simpatía. Como si compartiera los sueños de su prometida.

—No tiene nada de malo soñar, Rhiannon —le dijo sin apartar la mirada de ella.

Rhiannon parpadeó y volvió a mirar el mar de color cobalto a sus pies.

Soñar no tenía nada de malo hasta que lo que había dentro de aquellas ilusiones nocturnas se tornaba realidad y salía a la luz del mundo real. Entonces, los sueños felices podían convertirse en pesadillas.

— ¿Y tú, querido mío? —preguntó, tratando de desviar el tema de conversación.

La amplia y traviesa sonrisa que había aparecido en su rostro se hizo todavía más grande cuando vio el gesto de Gawain fruncirse y sus ojos cargarse de recelo y desconcierto ante el apelativo que acaba de usar con

él.

—Yo, ¿qué?

—Creo que nunca he llegado a tener una opinión de ti porque me desconciertas —confesó Rhiannon, mirándolo con detenimiento—. Eres un descendiente de la Sombra y la Niebla y sin embargo te mueves en la luz. Pero nunca te muestras. No de verdad —se detuvo un momento para coger aire y escoger mejor sus palabras—. Eres como mi hermano y mi padre en ese sentido, un Maira. Esa es la sensación que siempre he tenido.

El gesto de Gawain se hizo más profundo, pero no evitó su mirada.

—No me gusta moverme en las sombras porque son muy frías —contestó—. La villa ya es un sitio lo suficientemente frío y oscuro como para evitar la luz del sol.

Rhiannon se sorprendió ante su respuesta, pero no permitió que él lo notase.

Sí, las sombras eran frías, pero no de una manera desagradable, sino todo lo contrario. Eran balsámicas y revitalizadoras, como un trago de agua fresca. Incluso cuando había estado en la bañera, sangrando, débil y con constantes temblores violentos mientras el frío la congelaba desde el tuétano de sus huesos hacia afuera, las sombras que había ido a proteger a Rhiannon, aun estando frías, habían sido reconfortantes.

Fue a replicar, pero entonces vio un movimiento detrás de Gawain que la hizo ponerse alerta y llevarse la mano a la bota en la que guardaba la daga. Se detuvo cuando vio qué era lo que merodeaba los matorrales bajos detrás de ellos, lanzando destellos con sus alas vítreas. No pudo evitar fruncir el ceño con desagrado cuando el olor y el sabor cítrico de aquellas criaturas le llenaron los sentidos.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Gawain girándose en la dirección en la que ella estaba mirando.

—Pixies —espetó Rhiannon como si se tratase de un insulto—. Odio a los pixies.

Gawain dejó escapar un sonido de desagrado por lo bajo.

—Creo que a nadie le gustan demasiado los pixies.

Rhiannon dejó escapar un gruñido poco elegante por lo bajo.

— ¿A qué criatura en sus sano juicio iban a gustarle esos bribones con alas?

Capítulo 13

El olor de Llanrhidian era único y especial, perfectamente reconocible. La tierra de los dannan olía a hojarasca húmeda incluso en verano, a humo de hoguera de roble, al salitre del mar de sus costas de acantilados negros y a cuero viejo. Una mezcla entre naturaleza antigua y caprichosa, y guerra sin muerte. A Gawain le había gustado ese olor desde el momento en el que había puesto un pie allí por primera vez, y eso al principio lo había sorprendido. Había tardado muchos años en comprender el porqué.

Allí, en la tierra de los hijos e hijas de la diosa Danu, Gawain había encontrado el hogar que no tenía en el palacio de la Sombra y la Niebla.

El impacto de una flecha contra una diana de cuero tensó sus músculos. Había estado esperando el disparo, igual que en la media docena de ocasiones anteriores y, de nuevo, lo había vuelto a coger desprevenido. Los dannan lo habían entrenado bien y habían conseguido hacer de él un guerrero decente, pero el arte de la lucha seguiría sin ser su fuerte hasta el día en que muriera. No como a sus primos, los hijos de Lea Fforddludw y descendientes del líder de su comunidad y de la legión que componían.

Si ellos no eran buenos guerreros entre los danan, ¿qué le quedaba a alguien como Gawain?

El sobrino del Hijo Predilecto, el único fae que no pertenecía a la comunidad dannan y que se encontraba en ese momento en sus campos de entrenamiento, enarcó una ceja cuando Iver sacó otra flecha del carcaj que llevaba colgado a su espalda. Si se tratase del propio Gawain, habría empezado a quejarse de que le dolían los brazos después de haber disparado el tercer proyectil. El arco de los dannan era más duro y robusto que los que usaban el resto de feéricos, y también más grande, por lo que requería mayor destreza y fuerza para usarlo. Gawain había tardado décadas en cogerle el truco, pero Iver, con apenas diez años, parecía estar adaptándose bien a esa arma, aunque de momento solo practicaba con una versión más pequeña y ligera que la que usaban los dannan en la guerra.

—Tiene mucho talento con el arco —dijo cuando la siguiente flecha salió disparada e impactó en uno de los círculos periféricos de la diana.

Todavía le faltaba un poco de puntería, pero la destreza estaba allí. Los dannan creían que las habilidades podían entrenarse, por supuesto, pero también que se nacía con ellas. Por eso los guerreros siempre mostraban predilección por un arma en concreto. La de Gawain era la ballesta; un arma que requería precisión, paciencia para apuntar y que permitía

mantenerse alejado del enemigo una distancia prudencial.

Keiran, sentado en el suelo a su lado, rio por lo bajo.

—Sí, pero está deseando que Rhiri termine con él y poder practicar con las espadas gemelas. Es lo que más le gusta —dijo con una sonrisa traviesa teñida de admiración.

Gawain, en cambio, apretó los dientes con fuerza. Las espadas gemelas eran el arma que más nervioso lo ponía. Había visto a muy pocos dannan controlar con afectividad, sin perder un dedo o hacerse algún corte feo mientras practicaban con ellas. Una de esos guerreros era Maeve, la abuela materna de sus primos.

Esta se encontraba a la derecha de Iver, a un par de pasos de distancia, con las manos sobre las caderas, observando cómo este disparaba una flecha tras otra. La mujer de cabello castaño claro y ojos grises les daba la espalda a Gawain y a Keiran, dejando a la vista los dos juegos de espadas gemelas que llevaba prendidos del cinturón.

Al otro lado de Iver, un poco más cerca y con los brazos cruzados, pero también de espaldas, se encontraba Rhiannon. Se había quitado la chaqueta de combate después de practicar con la espada con su hermano mayor, y ahora la tela de la camisa blanca que llevaba debajo se pegaba a su espalda con el sudor, dejando a la vista el diseño en tinta negra que había debajo. Gawain siguió el dibujo de llamas y serpientes, de lunas en diferente fase y cardos en flor, desde la cintura hasta los hombros de su prima, donde el diseño terminaba y el cabello de la joven comenzaba. Se lo había apartado del rostro con una diadema del mismo color que su melena y el sudor había hecho que se le encrespase, haciendo que pareciera más corto. Sin embargo, con su postura resuelta y serena, al mismo tiempo que enérgica, y la forma de su cuerpo atlético y fuerte de baja estatura, no pudo evitar pensar en lo mucho que se parecía a Aileana.

Su tía no los había acompañado ese día a Llanrhidian. Hacía mucho tiempo que no era necesario que acompañase a sus hijos y a su sobrino a la tierra de quienes para ella siempre serían los suyos, pero solía hacerlo como excusa para pasar tiempo en el lugar que la había visto nacer y convertirse en la mujer que había acabado casándose con el Hijo Predilecto de la Casa.

La primera vez que Gawain había pisado el hogar de los dannan, lo había hecho cogido de su mano. El joven fae podía imaginarse que esa era la razón de que las miradas de sorpresa y recelo que le habían lanzado los habitantes de aquella tierra solo se hubieran quedado en eso, en simples miradas. Vistazos furtivos que con él tiempo habían desaparecido y se habían convertido en pequeñas sonrisas de reconocimiento y bienvenida.

El propio Gawain se había convertido en el único fae de la nobleza en tener un recibimiento así, cálido y amistoso.

Hacía mucho tiempo que Aileana se había fijado en el callado y esquivo hijo de Brycen, pero no fue hasta que un día se lo encontró totalmente solo en la biblioteca del palacio, con apenas seis años, cuando se atrevió a acercarse a él. Gawain se encontraba sentado en el alfeizar de una ventana, con las piernas cruzadas debajo de él y un libro abierto delante, con la luz cayendo sobre las páginas ilustradas de aquella antología de cuentos demasiado macabros para un niño de su edad. Pero no había nadie supervisándolo; casi nunca lo había. Su padre estaba demasiado ocupado durante el día como para poder hacerle caso, y por las noches Gawain estaba demasiado cansado como para poder prestar atención a las lecciones que Brycen pretendía darle. Con respecto a su madre, Gawain siempre había pensado que tenía un sexto sentido para percibir que su hijo no era... de provecho, por decirlo de alguna manera.

Por aquel entonces, Gawain ya había aprendido a dedicar una parte de su atención a los pasos silenciosos sobre la moqueta de la biblioteca. Pero Aileana era una guerrera y la había entrenado para que sus pisadas fueran completamente mudas.

Cuando Gawain percibió su presencia, ella ya se encontraba prácticamente a su lado. Llevaba a Keiran en brazos, rodeándolo con un gesto protector que no pasó desapercibido ni para el Gawain de seis años de aquel entonces. Su primo, un año más pequeño que él, parecía más interesado en los colores que las vidrieras proyectaban sobre las estanterías, los lomos de los libros y la moqueta negra que en el hijo de su tío.

Gawain no pudo evitar fruncir el ceño con recelo cuando vio a Aileana tan cerca de él. La mujer a la que su padre le había dicho que evitase acercarse. La mujer que no era como los demás fae que se paseaban por el palacio y la villa que lo rodeaba.

La sonrisa amable de Aileana se hizo poco más amplia al ver ese gesto.

—Hola, pajarillo.

La desconfianza de Gawain fue sustituida por la sorpresa. Nadie se había referido a él de esa manera. Jamás le habían llamado nada que no fuera su nombre Gawain, o incluso un título más recatado, como mi señor. Poco tiempo después, cuando la confianza comenzase a tejerse con más fuerza entre Aileana y su sobrino, ella empezaría a referirse a él como alondra.

— ¿Qué estás haciendo? —preguntó Aileana con voz afable.

Gawain tardó en reaccionar, y cuando lo hizo, se limitó a señalar el libro

que tenía delante.

—Ya veo. ¿Te pasas todo el día aquí encerrado?

El niño parpadeó, desconcertado. No había mucho más que un chiquillo de su edad pudiera hacer el palacio de una Casa. Nada que a él le interesase, al menos. Y allí no había muchos niños de su edad, a parte de su primo Keiran, a quien de momento su padre no le permitía acercarse. Pero eso no tardaría en cambiar.

Gawain abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla herméticamente cuando la voz de su padre llegó desde detrás de su tía.

— ¿Qué estás haciendo, Aileana?

Ella se giró en redondo para encarar a Brycen, que se encontraba a varios pasos de distancia, donde la luz que se filtraba por la ventana no llegaba. A Gawain no se le escapó la manera en la que los brazos de Aileana se apretaron más alrededor de Keiran.

—Hablar con Gawain —respondió ella con calma—. ¿No me está permitido?

Brycen no contestó al instante. Miró a la esposa del Hijo Predilecto con detenimiento largo rato, con el ceño levemente fruncido y algo oscuro bailando en sus ojos casi negros. Dio un paso lento hacia ella antes de volver a hablar, empleando un tono de voz peligrosamente baja y cargada de ponzoña.

—Ten cuidado con lo que haces con mi hijo, pequeña víbora.

Aileana replicó algo, pero Gawain no escuchó qué decía. Las palabras que su padre había usado para referirse a ella resonaban en su cabeza. Miró a los dos adultos, desconcertado. Su tía no era una víbora. Aquellos animales desagradables y peligrosos rezumaban veneno por sus largos colmillos. Aileana no tenía veneno; por lo menos, para Gawain no.

Ella se marchó y el chiquillo se quedó a solas con su padre. Brycen no lo miró con disgusto o reprobación, sino con sincero interés por primera vez en mucho tiempo. Fue a partir de ese día que las cosas cambiaron para Gawain. Su padre le pidió que se acercase más a Keiran, y procurase llevarse bien con su primo, porque a todos les interesaba que eso ocurriera. A toda la nación de la Sombra y la Niebla.

Gawain obedeció, pero no solo porque quisiera ganarse la aprobación de su padre. Sino porque eso le permitiría estar más cerca de Aileana.

Cuatro meses después, ella lo llevó por primera vez a Llanrhidian, junto con Keiran, con quien había comenzado a trabar una amistad sincera. Y

allí seguía yendo siempre que Aileana hacía una escapada con sus hijos, décadas después, al lugar donde se sentía seguro rodeado de guerreros armados hasta los dientes. Un lugar en el que se sentía acogido y donde había encontrado amistades insospechadas entre los legionarios más temidos de Elter.

—Pasas mucho tiempo con Rhiannon.

Gawain echó un vistazo de reojo a su primo, tratando de que este no notase la tensión que atenazaba su cuerpo repentinamente. Sabía que Keiran no se metería en su cabeza sin su permiso, pero también era consciente de que los pensamientos demasiado altos llegarían hasta él como si los hubiera pronunciado en voz alta.

Keiran no lo estaba mirando. Su atención estaba puesta en sus hermanos y en su abuela, mirándolos con cariño y un gesto sereno en su atractivo semblante.

Keiran no había heredado los rasgos duros de su padre, sino los ángulos suaves pero fuertes de la familia de su madre. De los cuatro hijos de Kendrick, Keiran era el que menos se parecía a él físicamente. De hecho, el heredero de la Casa era una réplica prácticamente exacta de su abuelo materno, Gwilym. El mismo cabello negro y ondulo, la misma piel clara a pesar de las horas que pasaba al sol y los mismos ojos de un impresionante azul oscuro. El color del mar cuando la noche aun no ha caído del todo, pero sí lo suficiente como para que la luna y las estrellas brillen con fuerza.

—Vamos a casarnos en poco más de un mes —respondió Gawain—. Y es mi prima, igual que tú. Nos conviene llevarnos bien —finalizó siguiendo la dirección de su mirada.

—Debe de confiar mucho en ti si te ha mostrado lo que puede hacer con las sombras —dijo Keiran.

Gawain no se sorprendió al saber que Rhiannon le había contado a su hermano que él ahora era conocedor de sus habilidades para controlar las sombras. Estaba bastante seguro de que había pocas cosas que Keiran y Rhiannon no compartieran el uno con la otra. Por lo menos, él solo tenía conocimiento de una cuestión.

— ¿Por qué no iba a hacerlo? —preguntó.

—Rhiannon no es de las que les gusta hacer demostraciones de ese tipo de cosas.

—Tampoco es de las que se ocultan.

Keiran resopló con sorna. Gawain fue a replicar, pero se quedó callado cuando vio que la chiquilla que Keiran tenía entre sus brazos se removía y soltaba un suspiro en sueños. Su melena de color negro azabache, recogida en una trenza medio desecha, cayó por el brazo izquierdo de su hermano, contrastando con la piel blanca de este, pero también confundiéndose con el dibujo hecho en tinta negra que subía desde su muñeca hasta su codo. Llamas rodeando las cuatro fases de la luna.

Gawain contempló el rostro sonrosado y dormido de Carys, que había entrenado con Iver hasta que su cuerpecillo no fue capaz de continuar. La niña apenas había durado media hora antes de rendirse y sentarse en el suelo al lado de Gawain, sudando y con la respiración trabajosa. Keiran y Rhiannon había terminado su entrenamiento un poco antes de lo previsto para que él pudiera quedarse con ella, controlando el ritmo de su corazón y la fiebre que le sobrevenía después de hacer ejercicio intenso.

La niña se removió entre los brazos de Keiran sin despertarse, con la cabeza reposando contra su pecho y las piernas encogidas entre las de su hermano mayor. Él la estrechó más contra su cuerpo, en un gesto protector que hizo que una sombra de sonrisa asomase en los labios de Gawain.

— ¿Tú vas a contarle...? —escuchó decir a Keiran.

No llegó a terminar la pregunta, pero no hizo falta. Gawain sabía a qué se refería, y no estaba seguro de tener una respuesta todavía, a pesar de que esa cuestión había estado rondándolo desde la noche en la que Rhiannon abortó.

—Quiero hacerlo —contestó—. Sé que puedo fiarme de ella, pero si hay algo en lo que tu hermana y yo nos parecemos, es en lo poco que nos gusta compartir aquellas cosas que nos hacen... vulnerables.

La risa de Keiran vibró con suavidad a su lado.

—Creo que esa es una característica muy Maira.

Gawain asintió en silencio. Sí, los Maira eran expertos en dejar ver lo que les interesaba. Algunos usaban las sombras para esconderse, otros se escapaban de ellas para despistar, y otros difuminaban su imagen con ellas, pero todos encontraban su manera de ocultar aquello que los hacía débiles a ojos de quienes los rodeaban.

Bueno, a veces también usaban esas sombras como un bálsamo relajante. Como prueba de ello, Keiran acarició la mejilla de Carys con una de aquellas lenguas de humo asomando tímidamente entre sus dedos. Eso

era lo poco que podía hacer de momento con esa fracción del poder de la Casa. Muy diferente de lo que Rhiannon era capaz de hacer. Pero ella no tenía ni rastro de la niebla en su poder. Puede que con el tiempo acabase desarrollándola, pero Gawain lo dudaba. Rhiannon no tenía la capacidad natural de su hermano para observar a quienes la rodeaban y leerlos, incluso sin ningún tipo de don concedido por los dioses.

Las sombras siguieron en los dedos de Keiran cuando los apartó de Carys. Se extendieron ligeramente hacia la hoja de la espada desenfundada que había entre los dos primos y que pertenecía al futuro heredero de la Casa, antes de desaparecer.

Gawain se fijó en el arma, elegantemente decorada, sin llegar a estar recargada. Tenía la hoja grabada con un diseño casi idéntico al que tenía Rhiannon en su espalda; llamas furiosas entrelazadas con serpientes escamosas con la boca abierta, la luna en sus cuatro fases, y flores de cardo en todo su esplendor. La empuñadura era sencilla, para facilitar su agarre. La parte en la que esta se unía con la hoja tenía cinco letras grabadas. Las letras del nombre completo de su primo, aquel que aparecía en los documentos oficiales y el que sería escrito en la placa debajo de su retrato cuando se convirtiera en Hijo Predilecto.

G. K. M. M. F

Gwilym Keiran Morgan Maira Fforddludw.

Desde que había pasado la Turas Mara, en más de una ocasión alguno de los guerreros dannan se había referido a él como Gwilym, confundiéndolo con su abuelo, pero lo más habitual era que los dannan lo llamasen con la abreviatura del nombre con el que lo conocía todo el mundo, Keir. Sobre todo los que tenían una edad similar a la suya y se habían entrenado con él desde chiquillos.

Gawain no sabía demasiado sobre el familiar del que había heredado su tercer nombre, Morgan. Solo que había sido el hermano pequeño de Aileana, muerto años antes de que Keiran naciera, nada más. Le sorprendía bastante que nadie hablase de él, sobre todo teniendo en cuenta la importancia de la familia para los dannan. Ni la más mínima mención, jamás, bajo ningún concepto. Keiran se había enterado de su origen poco antes de que Rhiannon naciera, y hasta donde Gawain sabía, ese detalle solo se lo había confiado a él. Desde entonces, había puesto más atención a sus tíos cada vez que ese nombre era pronunciado. Gawain tenía curiosidad, pero nunca se había atrevido a preguntar. No con el profundo dolor que aparecía en los ojos de Aileana cuando escuchaba ese nombre, y con la rabia fría y oscura que petrificaba los rasgos de Kendrick.

No entendía el porqué de esas reacciones, ni cómo su tío había permitido que su hijo mayor llevase ese nombre si le provocaba una reacción tan intensa y negativa, pero había muchas cosas que no entendía en la relación de sus tíos y en la historia de su familia. Con el tiempo lo descubriría, o eso esperaba, siempre y cuando el propio Keiran quisiera saber también la historia completa detrás de aquel tío muerto con quien compartía nombre, algo muy importante y cargado de simbolismo entre los feéricos.

—Me alegra que tenga alguien más que la proteja —añadió Keiran mirándolo.

Gawain compuso una mueca con la boca, a medio camino entre la sorna y la duda. Llanrhidian era una de los pocos sitios en los que se podía permitir esa expresividad, por sencilla y vaga que fuera.

—No diría que Rhiannon es de las que necesita que la protejan.

—Sabes que no hablo de armas, Gawain. Todos necesitamos que nos protejan en algún momento.

Keiran compuso una sonrisa ladeada ante la mirada acusadora que le lanzó su primo. Una mueca que hizo que apareciese un hoyuelo en el lado izquierdo de su boca. A Brycen también le salían aquellas pequeñas dobleces a los lados de sus labios, pero mientras que los hoyuelos de su padre hacían que Gawain se estremeciese ante lo que podría haber detrás, los de Keiran solo significaban sinceridad y travesura. Esta última los había metido a los dos en problemas en otras ocasiones, pero no había maldad ni intenciones retorcidas detrás.

Gawain no conocía a nadie más en su familia, ni en los Maira ni en los Fforddludw, que los tuviera, pero sospechaba que Keiran no los había heredado por su tío.

— ¿Crees que soy sobreprotector con ella? —preguntó Keiran tras una breve pausa.

— ¿Solo con ella? Te preocupas por todos nosotros, a veces demasiado, pero no creo que a Rhiannon le moleste —reconoció Gawain—. Es agradable saber que tienes a alguien guardándote las espaldas —añadió lanzándole una mirada llena de significado.

— ¿Con eso quieres decir que vas a solicitar una guardia personal después de casarte?

Gawain se giró para encarar al dueño de esa voz grave y profunda. Una voz que siempre le había recordado al aullido de un lobo, igual que los

ojos de color castaño claro salpicados de tonos avellana y verde.

Idris venía acompañado por Alai. Los guerreros tomaron asiento con los dos primos, el de piel negra entre ellos, y el de cabellos cobrizos al lado de Keiran. Ambos tenían la piel levemente perlada de sudor y se había desabrochado las chaquetas de combate, dejando a la vista la tela de las camisas pegada a la piel surcaba de músculos. Habían estado entrenando en alguno de los círculos que componían los campos de entrenamiento de los dannan, supuso Gawain.

— ¿Qué imagen tenéis de Rhiri? —protestó Keiran.

—La que a ella se ha creado, Keir —contestó Alai después de apartar un mechón de cabello negro de la frente de Carys, que todavía dormía profundamente entre los brazos de su hermano—. La de una guerrera, en todos los sentidos de la palabra.

El entrechocar del acero contra el acero los hizo desviar su atención un momento hacia la escena que se desarrollaba delante de ellos.

Iver estaba practicando con Maeve movimientos básicos y sencillos con las espadas gemelas, nada demasiado peligroso. El niño se movía con destreza y agilidad, esquivando estocadas desde una distancia prudencial. Gawain pensó que se movía como una sombra, o tal vez como una serpiente, con elegancia, precisión y rapidez.

Mientras su abuela y su hermano practicaban, Rhiannon recogía las flechas que habían sido disparadas. Las sacaba de las dianas con un único movimiento fuerte y diestro para luego meterlas en el carcaj que llevaba en la mano libre. Al sentir que la estaban observando, Rhiannon se giró hacia donde se encontraban los guerreros. Sus ojos negros, perfectamente distinguibles incluso con la distancia que los separaba, se encontraron con los de su prometido. Una sonrisa leve estiró sus labios, y él le devolvió el gesto antes de que ella volviera a centrar su atención en las flechas.

Gawain fue el primero en desviar la mirada de sus primos y de Maeve, y dirigirla hacia sus compañeros. Hacia dos de ellos, en particular. Keiran y Alai.

El segundo se había sentado muy cerca del heredero, sus hombros casi se tocaban, pero a Keiran no parecía molestarlo. En realidad, Gawain casi podría asegurar que el cuerpo de su primo había oscilado levemente hacia el de Alai.

Nunca terminó de comprender por qué se había acabado su relación. O, mejor dicho, por qué Keiran había permitido que se terminase. Gawain sabía lo mucho que su primo deseaba crear su propia familia, pero todavía

era joven en término inmortales, y le había sorprendido que hubiera cedido a las demandas de Nerys de tener una relación exclusiva, algo extraño entre los feéricos si no había un compromiso firme para llegar más lejos. Se había fijado en la manera en la que los ojos de color cobalto de Keiran se iluminaban cuando la miraba; con amor y ternura, sí, pero también con anhelo y cierto miedo, como si temiera perderla. A ella y todo lo que simbolizaba para él.

Lo que no le había sorprendido en absoluto era que Alai lo hubiera aceptado sin rechistar y, sin embargo, al propio Gawain le dolía. Sobre todo después de las palabras que el guerrero le había dicho cuando hablaron sobre el tema en privado.

—Le quiero —había dicho Alai, con una sonrisa pequeña y melancólica en los labios, y los ojos brillantes por la humedad—. Como amigo, como hermano de armas, como compañero. Es... es alguien extraordinario. Y lo quiero en mi vida, de la manera que sea. Por eso voy a aceptar lo que quiera darme, Gawain —había añadido bajando la voz.

—No debería ser así —había dicho el noble sin poder evitarlo.

Siempre que estaba con sus amigos dannan era incapaz de no expresar lo que sentía o pensaba. Puede que se debiera a todo lo que tenía que contenerse cuando se encontraba en el palacio y sus alrededores, a la vista de sus habitantes.

—Nunca me ha querido como yo a él —había replicado Alai negando con la cabeza, pero sin perder la sonrisa—. Siempre lo he sabido, y no me ha importado. Sabía que esto pasaría tarde o temprano, ¿sabes? Y seguí adelante. Keiran es de esas personas tan... únicas y extraordinarias que quieres tenerlas en tu vida, a tu lado, de la manera que sea. Y aceptas lo que sea que quieran darte.

Gawain los miró discretamente mientras ellos observaban a Iver y a Maeve entrenar, con el estómago encogido y sintiendo el pecho demasiado pequeño para su corazón de repente. Durante un tiempo no había terminado de entender las palabras de Alai. O sí las entendía, pero no podía imaginarse que pudieran trasladarse a la realidad. Ahora, había alguien en su vida que lo hacía comprender las palabras de su amigo. Y lo hacía sentirse tremendamente vulnerable.

Keiran se removió en el sitio para acomodar mejor a Carys entre sus brazos y para que su cuello no tuviera una postura tan forzada. Los músculos que la camisa dejaba a la vista, en los brazos, los hombros y el pecho, ondularon debajo de la tela blanca y húmeda de sudor. Gawain podía entender qué era lo que Alai veía en él. No solo en cuanto a atractivo físico, que Gawain era consciente de que era considerable,

aunque él nunca hubiera tenido preferencia por los hombres, sino todo él.

La manera en la que llenaba una habitación cuando entraba, cómo sabía ocupar su espacio en ella, cómo era capaz de hacer que todo el mundo fuera consciente de su presencia, y no solo por el hecho de ser el heredero de la Casa. No solo era su poder incipiente lo que irradiaba una vibración constante y agradable a su alrededor, como una nota de música sostenida, sino él mismo. Keiran.

Como el murmullo hipnótico de la marea contra la playa, plácido y relajante, pero también impredecible. Por lo menos, para quienes no lo conocían en profundidad, Keiran era así. Un mar del que se podía esperar cualquier cosa, y eso lo hacía todavía más atractivo. Con sus sonrisas ladeadas cargadas de travesura y con un hoyuelo enmarcándolas, con sus ojos de un azul imposible rodeados de pestañas negras que podían ser los más enigmáticos o los más sinceros. Y también, los más atentos.

Esa era otra de las características que definían a su primo, pensaba Gawain, y también una de las que gracias a las cuales algún día sería un gran gobernante. Porque Keiran no solamente hacía notar su presencia, sino que también buscaba que quienes lo rodeaban supieran que él era consciente de que estaban allí. Que lo sabía, y que se preocupaba por ellos. Por todos y cada uno de ellos. A veces, demasiado.

Gawain sabía que había feéricos que odiaban a su primo y que si tenían la más mínima oportunidad, no dudarían en clavarle un puñal por la espalda. Ya fuera un arma al uso, con empuñadura y hoja afilada, o palabras siseadas como el murmullo de una víbora. Pero por suerte, eran los menos. Sobre todo entre los dannan, aunque siempre había excepciones. Una de ellas quedó al alcance de su campo de visión en ese momento.

Gawain percibió movimiento a su derecha, pero fue el gesto de Keiran lo que lo alertó del peligro; la manera en la que sus brazos se estrecharon más alrededor de Carys y cómo el gesto de su rostro, antes relajado, se crispaba y hacía aparecer una pequeña arruga entre sus cejas y al lado de sus labios carnosos ahora apretados.

Deian, un guerrero dannan alto y de cabello oscuro, se había acercado a la tarima en la que Iver y Maeve entrenaban. Sus ojos de color verde parduzco los escanearon con paciencia, sin que abuela y nieto se dieran cuenta de que estaban siendo observados por un nuevo espectador más, absortos en su tarea. Pero para los cuatro guerreros sentados cerca de ellos, no pasó desapercibido.

Nunca lo había expresado en voz alta, por lo menos no delante de los cuatro amigos que ahora lo observaban, pero Deian jamás había ocultado su desprecio hacia los hijos que Aileana había tenido con el Hijo Predilecto en la Casa. Ese odio frío y mal contenido se extendía también hacia

quienes los rodeaban. Gawain, igual que todo el mundo en Llanrhidian e incluso fuera de sus fronteras, sabía lo que había detrás de esos sentimientos; un ego hecho pedazos.

Aileana había mantenido una relación con Deian que había ido más allá de ser simples compañeros de entrenamientos, aunque por lo que Gawain tenía entendido, nunca había llegado a ser tan intensa como lo que sentía por Kendrick. Y por lo que había visto entre sus tíos, dudaba sinceramente que hubiera llegado a ser incluso la mitad de fuerte; un amor así era muy difícil de experimentar más de una vez en la vida, aun en el caso de los inmortales. A Deian no le había sentado bien que Aileana se casase con el Hijo Predilecto de la Casa, igual que a muchos otros dannan, pero el orgullo herido de un hombre era más peligroso que el de una nación ultrajada. Entre los feéricos, y también entre los mortales, por lo que Gawain sabía.

A veces, los habitantes del mundo de arriba y el de abajo se parecían de una manera casi escalofriante.

Deian nunca le había puesto la mano encima a Keiran o a Rhiannon, mucho menos a Carys o a Iver, pero siempre que había tenido la oportunidad de toparse con los dos hijos mayores de Kendrick y Aileana en los campos de entrenamiento, no la había desaprovechado. El guerrero se había ensañado con ellos todo lo que había podido y todo lo que ellos le habían permitido, que no eran demasiado; Keiran y Rhiannon habían sido entrenado personalmente por su abuelo, el general de la legión, y ninguno de los dos había desaprovechado ese privilegio. Keiran no rehuía los enfrentamientos con Deian, aunque tampoco los buscaba, y lo hacía por una razón muy concreta. Mantenerlo separado de las personas que le importaban y que, por lo tanto, estaban en el punto de mira del guerrero.

Deian notó las miradas sobre él y echó un vistazo a los cuatro jóvenes y a la chiquilla dormida por encima del hombro. Una de sus cejas oscuras se arqueó y sus ojos verdes destellaron, clavados en uno de los guerreros.

El poder de Keiran vibró al lado de Gawain, un zumbido estático, electrizante y desagradable. Su sabor se intensificó en la boca del noble y le provocó un hormigueo en las manos. Su sangre le susurró en los oídos, pidiéndole que cogiera la ballesta que descansaba a su izquierda, que colocase una flecha y que disparase. Entre las cejas de Deian, a ser posible. El poder de los Hijos Predilectos tenía ese efecto sobre quienes los rodeaban. Excitante y fiero, instaba al movimiento, a la lucha. Al cuerpo bailando una danza antigua y violenta, descarnada.

Gawain sabía que Keiran no lo estaba haciendo a propósito, pero no pudo evitar maldecirlo mentalmente. Sus críticas no parecieron llegar hasta él, porque el poder siguió vibrando al lado de Gawain, haciendo que su corazón latiese cada vez más y más rápido, y provocando que su

respiración se acelerase.

No lo estaba viendo porque tenía sus ojos clavados en Deian, pero sabía que los ojos de Keiran se habían oscurecido, llenándose de tinieblas que harían que se vieran más oscuros, a pesar de seguir conservando su color cobaltos. Más parecidos a los de su padre. Y que detrás de ellos, podía intuirse algo. Una criatura que todavía no residía en su interior, pero que un día lo haría. Negra, con escamas, y violenta. Un ser que haría pedazos la piel pálida de Keiran, le rompería los huesos y los músculos, y batallaría con su propia conciencia para tomar el control de su mente y su cuerpo.

Esa criatura todavía no residía dentro de él, pero el lugar para que lo hiciera ya estaba listo.

Todos salieron del trance cuando una flecha fue clavarse al lado de los pies de Deian con un golpe seco. Los guerreros y Gawain dieron un respingo en el sitio, buscando con la mirada a quien había dejado escapar el proyectil. No tardaron en encontrarla.

Rhiannon todavía se encontraba al lado de las dianas. La cuerda del arco aun vibraba en sus manos, y a pesar de la distancia que los separaba, Gawain pudo ver el brillo acerado que había en sus ojos. No fue diferente al que había aparecido en los ojos de Keiran.

Lo siento, pudo ver que Rhiannon decía con los labios, pero no se estaba disculpando por haber disparado la flecha.

Estaba pidiendo perdón por no haber acercado en el cuerpo del guerrero. Gawain lo pudo ver en la manera en la que sus labios se tensaban sobre sus dientes, dejándolos parcialmente a la vista, como si se tratase de un animal salvaje gruñendo. Una brisa tenue agitaba sus cabellos cortos, haciendo que se movieran alrededor de su rostro como una maraña de zarcillos, o como un nido de serpientes negras y rabiosas.

Por un momento, Gawain no estuvo seguro de si lo que se movía alrededor de Rhiannon era su pelo o las sombras que escondía bajo su piel con tanto celo.

El fae salió de sus pensamientos cuando sintió que Idris, a su lado, se inclinaba ligeramente hacia Keiran. Su voz fue apenas un susurro, pero sus palabras fueron perfectamente audibles.

— ¿Me permites darte un consejo?

Una breve pausa siguió la pregunta, un pequeño espacio de tiempo en el que Gawain sintió vibrar con suavidad el poder de Keiran a su lado.

—No voy a hacer eso —replicó el hijo del Hijo Predilecto en un tono bajo y grave.

Gawain frunció el ceño y alternó la mirada entre uno y otro.

— ¿El qué? —preguntó.

Idris se giró para mirarlo con una ceja enarcada, sus ojos de color avellana destacando contra su piel oscura. Gawain apretó los labios, comprendiendo.

—Si necesitas ayuda... —empezó a decir Alai.

—No voy a matar a nadie que no me haya dado razones para hacerlo —replicó Keiran apartando la mirada y centrándola en su hermana pequeña, a la que le apartó un par de mechones de cabello color tinta con cuidado.

La niña seguía profundamente dormida, ajena a lo que ocurría a su alrededor. A los peligros y las amenazas, refugiada entre los brazos de su hermano. Keiran también tenía ese efecto entre las personas que le importaban; hacer que se sintieran a salvo, anteponiéndose él como barrera.

— ¿No crees que ya te haya dado razones suficientes para hacerlo? —dijo Idris que todavía seguía con la mirada puesta en Deian.

Keiran dejó escapar una risa corta y baja, cargada de ácida ironía y desdén.

—Si empezase a deshacerme de cortesanos y ciudadanos solo por los pensamientos despectivos hacia mi familia, la Casa se quedaría muy, muy vacía —dijo despacio.

Gawain no pudo evitar estremecerse interiormente ante esas palabras.

Keiran no era más violento que el resto de feéricos. Todo lo contrario, era bastante eficiente manteniendo a raya las emociones más primitivas que llevaban a los inmortales a actuar con impulsividad, pero eso no quería decir que esos sentimientos no estuvieran ahí, en su interior. La vibración de su poder momentos atrás había sido la prueba de ellos.

Cuando el heredero de la Casa de la Sombra y la Niebla volvió a hablar, Deian ya había retrocedido y se alejaba discretamente del lugar, no sin antes pararse a lanzarle una mirada a Rhiannon. Gawain no pudo verla, pero sí vio como su prometida se despedía del guerrero con un gesto

burlón de la mano libre y con una expresión feroz en sus ojos negros.

La voz de Keiran sonó pausada, grave y baja. Un murmullo que parecía resonar en la quietud que reinaba a su alrededor desde que la flecha de su hermana pequeña había impactado en el suelo.

Una voz firme, autoritaria, y sensual en cierto modo. La voz de un futuro gobernante de Elter que se está moldeando poco a poco, a partir de tinieblas y bruma.

—Esa es otra de las cosas con las que no comparto con mi padre; tener que esperar a que los pensamientos se conviertan en actos.

Capítulo 14

Daba igual cuantos días, semanas o incluso años pasase con Gawain, Rhiannon estaba segura de que jamás podría acostumbrarse a su ritmo de vida. Levantarse justo para acompañar los primeros rayos del sol en su paseo por la tierra dormida no podía ser sano. Pero no iba quejarse. Él no había protestado ni una sola vez en los últimos días, a pesar de irse a dormir a altas horas de la noche, cuando la luna y las estrellas ya llevaban largo rato iluminando la negrura nocturna.

Rhiannon adoraba montar a caballo, pero esa mañana era una excepción. La cabeza le dolía al no haber dormido lo suficiente y los rayos del sol le aguijoneaban las retinas sensibles. Estaba siendo un comienzo de invierno inusualmente soleado en la Casa de la Sombra y la Niebla. Sin embargo, la nieve había conseguido cuajar en los últimos días, y su blancura, junto con la claridad del día, no estaba ayudando a Rhiannon a permanecer con los ojos abiertos. Su cuerpo protestaba con cada zancada que daba la yegua negra que montaba. Estaba casi segura de que el rechinar que escuchaba a su alrededor de vez en cuando no eran las ramas de los árboles protestando con la brisa fría, sino sus propios músculos pidiendo clemencia.

Y como el paseo durase mucho más, el que acabaría suplicando compasión sería su prometido.

Gawain cabalgaba por delante de ella por primera vez, guiándola, montado sobre una yegua de color castaño claro y crines pálidas. Todavía le faltaba perfeccionar un poco su postura sobre la montura, pero Rhiannon tenía que reconocer que había aprendido rápido a defenderse sobre uno de aquellos animales traídos del mundo de arriba.

Rhiannon se había contenido de preguntar cuánto faltaba para llegar a donde quiera que se dirigieran en varias ocasiones. Gawain no se lo había dicho por la mañana, en el palacio, cuando se había girado para mirarla en la cama, con el rostro demasiado despierto y ceñudo para la hora que era, para pedirle que se vistiera, que tenía que enseñarle algo. Cuando Rhiannon le preguntó con un gruñido contrariado qué era eso que tenía que mostrarle, su respuesta la había dejado mudo y completamente espabilada.

Mis sombras.

Apenas habían vuelto a cruzar palabra desde entonces, pero cuando salieron del bosquecillo de árboles medio pelados por el invierno, Rhiannon no pudo evitar lanzar una mirada acusadora y lacerante a la

nuca de su primo.

— ¿Por qué hemos dados tanta vuelta? —preguntó frunciendo el ceño.

—Porque no quiero que nadie nos siga —contestó él cuando Rhiannon se puso a su altura.

El gesto de ella se intensificó más.

Habían dado la vuelta a la capital, bordeándola por el bosque que poblaba las colinas que la rodeaban. Desde donde se encontraba el apartamento de Rhiannon podrían haber llegado con relativa rapidez al otro extremo de la ciudad si se movían con agilidad por las callejuelas apropiadas. No era necesario andar serpenteando con las yeguas entre los árboles, algunos de hojas moribundas y otros con el mismo aspecto que en los meses más benignos, para llegar hasta allí.

Rhiannon echó vistazo a Gawain. Él le devolvió una mirada de color azul intenso llena de... ¿emoción? Rhiannon no estaba segura. No estaba acostumbrada a ver a su primo expresando demasiados sentimientos, ni de una manera especialmente abierta. Ni siquiera en las últimas semanas, desde que ella le había dicho que estaba embarazada y él la había llevado a ver a Caillic.

Descendieron por las colinas embarradas con cuidado de que los animales no resbalasen. En ese lado de la ciudad, las casas estaban ligeramente más desperdigadas que en el extremo en el que se encontraba el apartamento de Rhiannon, y también eran más pequeñas. Blancas, de una planta, con las contras de madera oscura y los tejados de pizarra negra, individuales, nada de apartamentos de varios pisos en los que vivían varias familias, una en cada piso.

Rhiannon desmontó cuando Gawain lo hizo y lo siguió en silencio. Los cascos herrados de las yeguas rompían el silencio casi sepulcral de aquel lado de la ciudad, expectante, o esa fue la sensación que tuvo Rhiannon.

Gawain se detuvo delante de una casa que apenas se diferenciaba de las otras. Lo único que llamó la atención de su prima fue que el marco de la puerta parecía tener dibujos intrincados decorándola. Rhiannon estuvo segura de ello cuando estuvieron lo suficientemente cerca, pero su atención estaba más centrada en Gawain. Sobre todo, cuando llamó con el puño a la puerta. Tres toques firmes, una pausa breve, y luego otros dos.

La joven no pudo evitar enarcar una ceja, en parte sorprendida y en parte divertida. Nunca se habría imaginado que su primo era de los que usaban ese tipo de consignas secretas.

Gawain no le devolvió la mirada. Su vista estaba clavada en la madera oscura, su cuerpo tenso de una manera que resultaba dolorosa para Rhiannon solo con mirarlo. Pero cuando la puerta se abrió y tras ella apareció una mujer fae con la melena de color anaranjado separada de la cara por una diadema blanca, dejando su atractivo rostro de grandes ojos castaños a la vista, la que se tensó fue ella.

La sonrisa que comenzaba a iluminar su rostro cuando sus ojos se toparon con Gawain se congeló en el momento en el que reparó en quién lo acompañaba. Rhiannon trató de esbozar una sonrisa dulce y agradable, pero sentía que ella también se había quedado petrificada, traspuesta, sin saber cómo reaccionar y sin terminar de comprender que estaban haciendo allí.

—Rhiannon —dijo Gawain por fin a su lado—, esta es Iona. Iona, mi prima, Rhiannon.

Su voz sonó levemente estrangulada y temblorosa.

Rhiannon estudió a la mujer con detenimiento, al mismo tiempo que ella hacía lo propio. Sus facciones denotaban que debía de haber tenido una edad parecida a la de Rhiannon cuando pasó la Turas Mara, quizás un poco menos, teniendo en cuenta las redondeces en las mejillas y el mentón. Su cabello anaranjado y ondulado enmarcaba su rostro de manera que la palidez de su piel era todavía más evidente. El olor que desprendía, una mezcla de cítricos y manzanilla, hacía que Rhiannon se acordase de las lejanas mañanas en las que desayunaba con sus padres y su hermano mayor en la misma mesa, cuando los mellizos todavía no habían nacido y Keiran toleraba estar sentado en la misma mesa que Kendrick sin tener la mandíbula apretada constantemente. Lo que la desconcertaba, era que esos olores estuvieran entremezclados con el de la pintura fresca.

La primera en romper el silencio que se había formado fue la mujer, Iona, que recuperó la sonrisa, esta vez llegando a iluminar sus ojos castaños, al mismo tiempo que hacía una reverencia no demasiado marcada, pero sí respetuosa.

—Es un placer conocerla, mi señora.

—Llámame Rhiannon, por favor —contestó ella al momento.

Iona replicó con un tirón en su sonrisa. Rhiannon se giró para mirar a su primo, pero descubrió que este había desaparecido de su lado sin que ella se diera cuenta. Miró hacia atrás, por encima de su hombro, pero no consiguió vislumbrarlo por ningún sitio con su breve vistazo.

Volvió a mirar a Iona con una sonrisa en la boca, tratando de no parecer maleducada, pero la mujer no la estaba mirando. Se había hecho a un lado, con los brazos cruzados delante de su pecho, y miraba al interior de la casa con una sonrisa brillante y unos ojos cargados de cariño que Rhiannon pudo distinguir incluso viéndola solo de perfil. Pero su atención no tardó en desviarse y quedarse prendida de la visión que tenía ante ella.

Gawain caminaba en su dirección, pero no la miraba a ella. Sus ojos estaban puestos en el bebé que llevaba en brazos, envuelta en una manta blanca y que manoteaba hacia su rostro. Gawain movía los labios en su dirección, como si estuviera diciéndole algo, aunque Rhiannon no podía escuchar qué era lo que le susurraba. Estaba demasiado anonadada mirando la escena, que le resultaba... extraña. Irreal, como hecha de humo. No errónea, pero... había algo que no terminaba de cuadrar. Y menos con las palabras que Gawain dijo a continuación, esta vez mirándola a ella.

—Y esta de aquí es Yvaine. Es nuestra hija —añadió lanzándole una mirada brillante a Iona, que le sonrió, aunque Rhiannon no vio ese gesto.

No podía apartar la mirada de la niña, Yvaine. De sus enormes ojos de color azul celeste que se había clavado ahora en ella y le devolvían la mirada con esa mezcla de curiosidad y sorpresa tan característica de los bebés. Su rostro redondo y lleno estaba rodeado de una mata de pelo de color rubio con un ligero toque cobrizo.

En ese momento, la pequeña le sonrió. La mueca hizo que dos pequeños hoyuelos aparecieran a los lados de su boca y, por un momento, a Rhiannon le vino a la mente la imagen de su tío Brycen con esas mismas muescas, pero no tardó en desaparecer; su tío nunca sería capaz de componer una sonrisa tan limpia e inocente.

La joven se fijó en los dos pequeños puntitos blancos que asomaban por encima de su labio inferior. Eran muy pequeños todavía y Rhiannon no tenía mucha idea de bebés, por no decir ninguna a pesar de que tenía dos hermanos de diez años, pero se imaginó que tendría unos seis meses, tal vez un poco más.... Seis meses.

Sus ojos oscuros siguieron los dedos largos y elegantes que sujetaban la cabecita de Yvaine, y se detuvieron cuando se toparon con un rostro que se asemejaba bastante al de la pequeña, pero más adulto y con un tono más tostado. Sus ojos, sin embargo, eran idénticos. El mismo azul intenso y limpio, solo que los que estaban mirando ahora Rhiannon no estaban cargados de la inocencia de la infancia, sino de las dudas y el miedo de la madurez.

A Rhiannon no le pasó desapercibida no solo la mirada que Gawain le dedicaba, sino la manera en la que sostenía a su hija entre sus brazos. Un agarre protector, cercano, pegándola a su pecho y envolviéndola entre sus brazos. Como si sospechase de una posible amenaza. Y eso hizo que algo se rompiera en el interior de Rhiannon. Algo que se astilló en su interior y que la hizo estremecerse de frío.

La joven fae trató de esbozar una sonrisa como la que había visto en el rostro de Yvaine. Amplia, sencilla, y sin sombras. Sin nada que ocultase lo que había detrás de ella. Sorpresa inmensa y alegría pura.

—Es preciosa —dijo con voz contrita

Rhiannon tragó saliva para deshacer el nudo que se había formado en su garganta. Al mismo tiempo, vio cómo el pecho de Gawain se desinflaba y un suspiro prolongado revolvía el cabello de Yvaine, que seguía mirando a Rhiannon con la misma expresión confiada y curiosa. A la joven no se le escapó tampoco que el agarre que Gawain alrededor de su hija se aflojaba.

Los dos primos intercambiaron una mirada por encima de la cabecita de la pequeña. Rhiannon nunca había sabido leer los rostros de los feéricos como su hermano. Nunca había sido tan observadora, a pesar de los mucho que le gustaba sentirse acompañada e interactuar con otros inmortales. Pero en aquel momento, en los ojos de color azul intenso de su primo, después de todo lo que había compartido en los últimos días, Rhiannon comprendió todo lo que Gawain no le decía ahora ni le había dicho antes.

Las piezas del puzle que siempre había sido Gawain para ella encajaron con un sonido leve y seco. Como una llave abriendo una cerradura.

Las sombras podían ocultar aquello que se deseaba, podían difuminar una imagen, tergiversarla, el humo y la penumbra que las componían podían parecer reales y sólidos, pero no lo eran. La luz tenía el mismo efecto. Rhiannon se acordó de los espejismos de los desiertos de la Casa del Fuego y la Arena; ilusiones hechas de luz. Un resplandor demasiado intenso también podía actuar como un manto de sombras, creando un manto de invisibilidad, una imagen engañosa.

Las dos caras de una moneda, opuestas y distintas. Y al mismo tiempo, idénticas a su modo. Complementarias. Una no podía vivir sin la otra, y por eso se entendían y se necesitaban. Por esa razón, se atraían y se buscaban.

La noche más oscura y el amanecer más resplandeciente.

La luna y la alondra.

Fue la voz de Iona la que los sacó de su ensimismamiento, haciendo que Rhiannon diera un respingo en el sitio.

— ¿Quieres cogerla? —preguntó dando un paso hacia ella.

Rhiannon abrió la boca, pero la volvió a cerrar casi al instante, cogida por sorpresa.

—Ha pasado mucho tiempo desde que tuve a mis hermanos pequeños en brazos —contestó finalmente.

Iona se limitó a asentir con una sonrisa educada, en un gesto de comprensión.

Rhiannon tragó saliva y apartó la mirada. Sus ojos fueron a posarse en la manta blanca que envolvía a Yvaine. Sentía su corazón acelerado en el pecho y la sangre corriendo apresurada en sus venas y en sus oídos, provocándole un leve pero molesto pitido. Se sentía abrumada por todo lo que acaba de descubrir. No solo el hecho de que su futuro marido (y... ¿amigo?) tuviera una hija, sino todo. Todo lo que había quedado al descubierto ahora que la luz resplandeciente se había atenuado y que las sombras, en consecuencia, eran menos oscuras y marcadas.

Rhiannon quería volver a cruzar su mirada con la de Gawain, pero no conseguía desviar sus ojos de la manta blanca. Lo que había visto en el azul intenso de sus irises momentos antes le había resultado demasiado repentino, aunque al mismo tiempo liberador. Como si se hubiera quitado un peso de encima.

Como si todo lo que ella le había contado desde que se había enterado de que estaba embarazada hubiera sido correspondido, aunque Rhiannon no había esperado ningún tipo de recompensa por sus confesiones.

Iona fue la que rompió de nuevo el silencio.

—Habéis llegado justo a tiempo. Tenía pensado salir a comprar un par de cosas —dijo cogiendo un manto de color oscuro y bordado en azul que colgaba de un gancho detrás de la puerta—. Así os quedáis vosotros con Yvaine y no tengo que estar pendiente de que de que coja algo de algún mostrador sin que yo me dé cuenta. Es un poco ladronzuela —añadió mirando a Rhiannon y poniendo los ojos en blanco, con una sonrisa burlona en sus labios—. No tardaré.

Iona se echó el manto sobre los hombros con un movimiento ligero. Vaciló un instante antes de ponerse de puntillas y darle un beso a Gawain en la mejilla. A Rhiannon no se le escapó cómo las mejillas de este se curvaban

hacia arriba.

Iona besó después la cabecita de la niña y pasó junto a Rhiannon para salir por la puerta.

—Ha sido un placer conoceros en persona, mi... Rhiannon.

La dama de la noche quiso responderle de la misma manera, pero de su boca no salió nada. Solo consiguió componer una mueca educada y un tanto cohibida, un gesto extraño en ella. Iona hizo un último asentimiento antes de cerrar la puerta detrás de ella y dejar a Rhiannon y a Gawain solos con la pequeña en la entrada de la casa, donde las luces de la mañana no conseguían iluminar por completo ese rincón, pero la penumbra tampoco era absoluta.

Gawain hizo un gesto con la cabeza hacia el interior de la casa y Rhiannon lo siguió. No quería resultar entrometida, pero con su entrenamiento de guerrera, no pudo evitar fijarse en lo que la rodeaba. En las paredes pintadas de un tono azul pálido, muy claro, pero agradable, sin llegar a ser frío. Había diseños de color blanco que subían del zócalo hasta la mitad de la pared; a Rhiannon le recordaron a los zarcillos espinosos de las retamas, o a algún tipo de animal de cuerpo alargado. Serpientes, tal vez, pero la joven lo dudaba. No creía que nadie se atreviera a pintar algo que hiciera referencia a la Casa en unos colores que no fueran los suyos, ni siquiera en la privacidad del hogar.

Pasaron por delante de la cocina. El marco de la puerta parecía tener los mismos diseños que el de la entrada, pero Rhiannon no pudo pararse a comprobarlo. En su interior, la estancia tenía los mismos colores pálidos y serenos que el pasillo, parecía ordenada y tremendamente ordinaria, pero tampoco pudo prestarle demasiada atención, siguiendo el ritmo de los pasos de Gawain.

La llevó al salón, donde el olor a pintura que Rhiannon había notado cuando Iona había abierto la puerta de la casa se intensificó. La explicación era sencilla; allí una cantidad considerable de cuadros secándose en la estancia.

Un escalofrío recorrió la espalda de Rhiannon. La familiaridad de aquella imagen y su olor la transportó a su propio apartamento y a los aposentos de sus padres. Keiran apenas pintaba con acuarelas o pinturas acrílicas; él prefería los lápices, pero a Lea le encantaba la versatilidad que le proporcionaba mezclar los colores para conseguir las diferentes tonalidades, así que podría decirse que Rhiannon había crecido con la visión y el aroma de aquella estancia. La única diferencia eran los colores del mobiliario y las telas. De nuevo, claros y plácidos.

Por instinto, sus ojos buscaron armas, pero lo más peligroso que encontraron fue un tarro de pintura añil mal cerrado en el que Yvaine podía meter los dedos y llevárselos después a la boca.

Cuando su mirada reparó en Gawain, este la estaba mirando con una ceja enarcada. Sabía lo que estaba haciendo, por supuesto. Rhiannon le dedicó un pequeño encogimiento de hombros. Gajes del oficio.

Gawain se sentó en el sofá que tenía detrás de sus piernas, y acomodó a su hija sobre sus rodillas. Rhiannon hizo lo propio en un sillón cercano.

Yvaine se removió entre los brazos de su padre para poder quedar sentada de frente a Rhiannon. La pequeña parecía sentir cierta atracción por aquella extraña que había aparecido esa mañana en su casa, irrumpiendo la pequeña nube de tonos pálidos y colores cálidos en la que sus padres la habían mantenido desde su nacimiento. Una mujer que aparentaba estar hecha a partir de un boceto al carboncillo; blanco níveo y negro noche, hasta sus ropas, pero lejos de transmitir frialdad y lejanía como el firmamento nocturno, parecía cercana.

Una futura amiga, tal vez.

A pesar de lo pequeña que era, Rhiannon no podía evitar sentirse intimidada por sus enormes ojos celestes, idénticos a los que trataba de evitar mirar fijamente. La miraban como lo habían hecho los de su padre momentos antes; con la misma fascinación y la misma vulnerabilidad de quien acaba de descubrir un secreto muy bien guardado a cambio de revelar uno propio.

Rhiannon tomó aire antes de deshacer el pesado silencio que se había instalado entre el olor a pintura del salón.

— ¿Quién más lo sabe? —preguntó.

Gawain se aclaró la garganta con suavidad antes de hablar.

—Keiran, Idris, Alai, y ahora, tú.

Rhiannon no se sorprendió, pero no pudo evitar fruncir el ceño. Su hermano no era de los que iban haciendo públicas las confesiones que otros le hacían, pero le extrañó no haber sospechado nada en ningún momento. Ningún comentario, ninguna mirada cargada de significado, nada.

En cuanto a Idris y Alai, ellos eran un poco más bocazas, o por lo menos más dados a soltar comentarios con los que tirando un poco del hilo se conseguía sacárseles información sobre qué era lo que había detrás. Sin embargo, hacía tiempo que Rhiannon no pasaba con ellos tantos

momentos como le gustaría. Además, algo le decía que por muy indiscretos que pudieran ser a veces, no jugarían con algo como aquello. Ni con un buen amigo, ni con nadie.

— ¿Por qué? —preguntó Rhiannon en un susurro.

—Iona no es de sangre noble —respondió Gawain con sencillez, apartando un mechón de pelo de Yvaine, que seguía distraída mirando aquella nueva cara—. Es una artista con cierto nombre, pero no tiene ni gota de sangre aristocrática en sus venas.

—Por esto querías casarte conmigo, ¿verdad?

Las palabras salieron sin reproche de la boca de Rhiannon, pero aun así resonaron con fuerza en la quietud que los rodeaba.

Una pequeña arruga apareció entre las cejas rubias de Gawain. Sus ojos de color azul claro se cruzaron con los negros de Rhiannon. Estaban velados de arrepentimiento y culpabilidad.

—Necesitaba que mis padres dejasen de husmear en mi vida privada —contestó—. Si las descubrían, me apartarían de ellas, y no habría mucho que tu padre o Keiran pudiera hacer. Este es mi secreto, Rhiannon —dijo tras una pausa, sin apartar la mirada de su prometida—. Mis sombras. Una familia fuera de los muros del palacio.

El pecho de la joven volvió a hacerse demasiado pequeño para su galopante corazón. Todos los pensamientos que la habían abrumado momentos antes volvieron, y las palabras salieron de sus labios atropelladamente.

—No voy a contárselo a nadie.

Una risa baja escapó de la garganta de Gawain.

—Si sospechase que fueras a hacerlo no te habría traído aquí —replicó en un tono bajo, como un ronroneo grave y profundo.

Una voz que había escuchado en las amenazas veladas tanto de su padre como de su hermano y de su abuelo. El cuerpo de Rhiannon se tensó en un acto reflejo. Su respuesta, sin embargo, fue pausada y sencilla.

—Gracias —dijo con sinceridad—. Por compartir esto conmigo.

Gawain negó con la cabeza.

—Lo que tú me contaste...

—No lo hice esperando que tú me dieras nada a cambio —cortó ella—. Lo que tú hiciste por mí... —Rhiannon tragó saliva para poder continuar—. Lo que hiciste por mí es muy grande, Gawain. Por mí y por la Casa.

—No lo hice por la Casa, Rhiannon —replicó él.

Gawain hizo una pausa en la que desvió la mirada un instante hacia su hija, frunciendo el ceño y tragando saliva. Antes de que Rhiannon pudiera replicar, él volvió a hablar.

—Lo hice por ti. Porque era lo que querías. Que tus motivaciones nacieran de lo que crees que es mejor o peor para la Sombra y la Niebla es otra cosa, y lo respeto, aunque sabes lo que pienso —añadió con una mirada intensa y cargada de significado ante la que Rhiannon no se amilanó, pues tampoco era la función de ese gesto por parte de Gawain—. Nunca pensé que alguien como yo tendría la oportunidad de ayudar a alguien como tú, y volvería a hacerlo —sentenció antes de que ella pudiera decir anda—. Eres mi prima, la hermana de uno de mis mejores amigos, mi prometida. Eres... —la luz que se reflejaba en sus ojos titiló antes de proseguir— eres importante para mí, Rhiannon. Lo suficiente como para ayudarte en lo que hiciste, guardar silencio, y también compartir todo esto contigo.

Gawain no apartó su mirada de la de Rhiannon, porque no podría abarcar con ella todo a lo que se refería. No solo era la pequeña Yvaine, ni aquella casa en la que tenía una familia escondida de los ojos indiscretos de palacio, ni tampoco el fae que era debajo del resplandor del amanecer ni detrás de las hojas manoseadas de un libro.

Pero todo lo que le quería decir podía transmitirse a través de sus ojos azules.

Rhiannon parpadeó cuando la voz de Gawain volvió a escucharse.

—Yvaine va a necesitar a alguien que le enseñe el mundo exterior —una sonrisa divertida y tal vez un poco culpable estiraba sus labios—. Alguien que le enseñe a ver la belleza más allá de los libros y los cuadros.

Rhiannon fue a replicar, pero entonces las palabras de Gawain volvieron a hacer eco dentro de ella. Frunció levemente el ceño.

— ¿Iona no tiene familia?

—No con la que se lleve —replicó él negando con la cabeza—. No apoyaban sus sueños y vino a la capital sola.

Rhiannon asintió, comprendiendo.

Los feéricos adoraban el arte de todo tipo y, para ellos, cualquier acción o elemento guardaba una esencia que podía ser transformada en algo atractivo y sublime, algo artístico. Un campo de batalla tras una contienda también, o incluso una tortura. Pero bueno, los inmortales eran así, seres de miras amplias y laxas.

A pesar de ese amplio concepto de arte, en el sentido tradicional, uno más humano, muy pocos conseguían vivir de ese tipo de actividades. Solo los mejores eran capaces de hacerse un nombre y ganarse un sueldo respetable como músicos, pintores, escritores, actores... Y teniendo en cuenta la longevidad de los feéricos y que quienes se dedicaban a estas artes menos belicosas eran menos propensos a morir en una batalla, el relevo generacional era más bien escaso.

Destacar en el mundo artístico de los feéricos no era sencillo, así que Rhiannon podía entender las reticencias de los padres de Iona, sobre todo si no tenían una posición elevada dentro de la aristocracia de los fae.

Un sonido balbuceante la sacó de sus pensamientos y devolvió su atención a la pequeña que Gawain tenía entre sus brazos. La hija de su primo. Su propia familia.

Una pequeña Maira.

Una niña de la Sombra y la Niebla, aunque a muchos les pesase por no tener la sangre tan pura como quisieran. Yvaine también era una media sangre, en cierto modo. No una dannan, por lo que nadie dudaría nunca de que fuera del todo fae, pero siempre le faltaría la sangre noble suficiente para muchos.

La pequeña, que se había quedado mirando a Rhiannon fijamente, extendió ahora sus bracitos rechonchos hacia ella. La joven se quedó tiesa un momento en el sitio, dudando. No había mentido cuando le había dicho a Iona que hacía mucho que no tenía un bebé en brazos y además, ni siquiera había pasado demasiado tiempo con Iver y Carys de ese modo. Siempre le habían parecido tremendamente frágiles, sobre todo su hermana, con su delicada salud, y la idea de que se le cayeran y se hicieran daño por su culpa la hacía retirar las manos al instante.

Además, después de lo que había hecho poco más de una semana atrás, no estaba segura de si podría tener un bebé en brazos. De si lo soportaría emocionalmente y de si tendría derecho a ello.

El destello de desilusión en los ojos de color azul cerúleo de Yvaine fue lo

que terminó de convencerla para dar el último paso.

Rhiannon extendió las manos, lanzando antes una mirada a Gawain, pidiéndole permiso para coger a su hija. Él se la tendió con una sombra de sonrisa en los labios.

Yvaine pesaba más de lo que parecía, y Rhiannon la sentó sobre sus rodillas, rodeándole la cintura con una mano y apoyando su cabeza en la otra. La pequeña se acomodó contra su cuerpo, mirándola con aquellos enormes ojos de color cielo de verano, llenos de luz, sin sombras.

Rhiannon apenas fue consciente de que una sonrisa bobalicona se extendía por su boca.

—Hola, mi pequeña estrellita. Soy tu tía Rhiri —dijo cogiéndola de una de las manitas y sacudiéndosela con suavidad, como si se estuvieran dando un apretón de manos formal—. Tú y yo vamos a recorrernos la Casa de la Sombra y la Niebla en cuanto empieces a caminar, ¿qué te parece? Voy a enseñarte lugares que no aparecen en los libros de tu papá y que son tan extraordinarios que tu mamá no sabría por dónde empezar a pintarlos. Te voy a enseñar a montar a caballo y también a pelear.

Todavía era muy pequeña, pero Rhiannon estaba comenzando a imaginarse a Yvaine de todas aquellas maneras que ella le describía. Una niña risueña y de mirada inocente, con el color de piel tostado de su padre después de que pasase unas cuantas horas bajo la luz del sol. Le enseñaría el territorio nebuloso y oscuro que componía su Casa, a pie y a caballo, pero primero le enseñaría a defenderse por sí misma, algunos trucos básicos. Puede que hasta la llevase a Llanrhidian para que entrenase con niños y niñas de su edad, si a sus padres les parecía bien, claro...

Levantó la vista cuando sintió el cambio de posición de Gawain delante de ella. Su prometido le estaba dirigiendo una mirada escéptica y ceñuda, puede que un poco preocupada incluso. Rhiannon se limitó a encogerse de hombros. Ahora, la mueca de su boca se había vuelto traviesa.

—Mejor que sea yo y no sus tíos dannan.

Los ojos de Gawain se hicieron más grandes un instante antes de asentir una sola vez, pero con vehemencia. Rhiannon rió, divertida, y la niña que tenía entre sus brazos respondió de la misma manera ante la vibración de su cuerpo y el sonido de su alegría.

Capítulo 15

Rhiannon era una criatura inquieta en general, pero por las noches, su actividad aumentaba. Verse encerrada entre las cuatro paredes del palacio no ayudaba lo más mínimo a su estado, pero habían pasado ya demasiadas noches en la capital. Ella no rechistó ante los argumentos de Gawain, y él agradeció en silencio que no insistiera más. No es que le interesase especialmente pasar la noche en el palacio, pero no le apetecía estar otra velada más arrastrándose de un lado a otro de la ciudad, siguiendo a Rhiannon, rodeado de gente que, a pesar de ser agradable y divertida, le resultaba demasiado ruidosa.

Puede que eso fuera lo único que le gustase del palacio de la Sombra y la Niebla, por lo menos cuando no había ninguna fiesta. La quietud y el silencio que reinaba en su interior. Pero esa noche no iba a tenerla.

Rhiannon y él siempre habían vivido en el mismo pasillo. Sus aposentos solo estaban separados por los de Keiran y decidir quién de los dos renunciaba a su espacio personal perfectamente acomodado a su gusto había sido una discusión que, aunque no acalorada, sí les había levantado un considerable dolor de cabeza a ambos. Al final, fue ella la que cedió y trasladó gran parte de sus cosas a sus estancias; era más factible que trasladar la biblioteca personal que Gawain tenía allí montada.

Ahora, los dos estaban tumbados en la cama, él tratando descansar después de lo machacado que había quedado su cuerpo después de todas las emociones de ese día, y ella intentando no molestarlo demasiado. Ninguno de los dos estaba teniendo éxito.

Rhiannon no dejaba de moverse, acomodándose de costado, de espaldas, boca abajo incluso. Gawain, a su lado y tumbado con el rostro en dirección hacia ella, fruncía el ceño cada vez con más intensidad. Estaba empezando a pensar que prefería sentirla merodeando por la habitación, silenciosa, como una sombra en movimiento, pero no dijo nada. Sentía que no tenía derecho a pedirle que contuviese aquella parte inherente de sí misma y que se desataba con la noche, no después de haberla hecho levantarse con los primeros rayos del sol y acompañarlo hasta el otro lado de la ciudad dando un rodeo interminable. No después de lo que había visto en sus ojos negros mientras sostenía a Yvaine entre sus brazos, y de cómo la pequeña la había mirado con aquella fascinación inocente. Una mirada que Gawain ya había visto en otros feéricos cuando sus ojos caían sobre su prima y percibían la energía salvaje e indómita que había dentro de ella. Oscura, pero no amenazante. Misteriosa, como el cielo nocturno. Atrayente, como la sangre para un depredador.

Se habían quedado a comer y a pasar la tarde con Iona y la pequeña. Gawain había sentido como la tensión que había atenazado su cuerpo

desde el amanecer desaparecía cuando la conversación entre su prima y su pareja desde hacía seis años comenzaba a fluir. Él se había quedado callado, observándolas, sentado en el suelo del salón, con un montón de botes de pintura de diferentes colores a su alrededor, y con el olor de las acuarelas entremezclado con el de su hija en la nariz.

—Creo que me gusta para ser tu esposa —le había susurrado Iona mientras Rhiannon estaba distraída pintando con los dedos sobre un lienzo en blanco, con Yvaine como ayudante.

—Yo tenía a otra mujer en mente, pero supongo que sí, es un buen partido —replicó él antes de besar la mejilla de su pareja, recordando la manera en la que su prima se había referido a él en más de una ocasión antes de formalizar su compromiso.

Un buen partido. Esa expresión siempre había chirriado en sus oídos, pero en ese momento, con todo lo que había ocurrido desde que Rhiannon la había usado por primera vez, solo hizo que sintiera una extraña opresión en el pecho.

Su prometida era mucho más que un buen partido. Era su salvación, en cierto sentido. La suya, la de su familia. Era una mujer con la que había aprendido mucho más en los últimos días que con cualquiera de los libros que había leído a lo largo de los años. De ella, y también de sí mismo.

Rhiannon era...

—Ha sido un regalo —dijo ella en ese momento, interrumpiendo sus pensamientos—. Puede que no haya sido tu intención hacerme un regalo, pero lo has hecho. Y ahora me has dejado el listón muy alto para hacerte yo uno a ti.

Gawain entreabrió los ojos. Rhiannon estaba tumbada boca arriba, con los dedos entrelazados sobre su estómago, mirando la lámpara que colgaba del techo, en cuyos cristales se reflejaban las estrellas de la noche. Llevaba un jersey de tela gruesa y un pantalón oscuro para dormir, con las perneras metidas por dentro de unos calcetines con un estampado de copos de nieve.

En los últimos días había descubierto que a su prima, por debajo de su ropa oscura o de tonos sencillos y planos, le gustaba llevar aquel tipo de detalles tan... ordinarios, por llamarlos de alguna manera. Gawain podía ver su ropa porque estaba acostada encima de las sábanas, a pesar de la frescura que reinaba en la habitación.

Su cabello corto y negro formaba una especie de halo oscuro en torno a su rostro pálido y despierto. No tenía la longitud suficiente para poder recogerlo en una trenza o en un moño, así que se lo apartaba de la cara

con una diadema negra que no se distinguía del resto de su pelo.

Él se quedó mirándola largo rato hasta que comprendió a lo que se refería.

—No tienes que regalarme nada, Rhiannon.

—Oh, vamos, querido, pronto nos casaremos —replicó ella girando el rostro en su dirección. Una sonrisa blanca y divertida iluminaba su expresión—. Tú ya me has dado esto como regalo de compromiso —dijo levantando la mano izquierda y moviendo los dedos. La escasa luz de la habitación arrancó un destello a las gemas del anillo que Gawain le había dado la noche que formalizaron su futura unión—, y yo...

—No digas que no me has dado nada, porque sí lo has hecho. Y yo...

—Gawain dejó escapar un gruñido por lo bajo.

Se apretó el puente de la nariz con dos dedos, cerrando los ojos. No quería tener esa conversación en aquel momento. La cabeza le palpitaba con suavidad detrás de los párpados por la cantidad de horas que se había pasado levantado y por las protestas sordas de su cuerpo al estar despierto con el cielo estrellado al otro lado de la ventana.

Una pequeña parte de su cerebro embotado le sugirió que Rhiannon tal vez estaba haciendo aquello a propósito. Sabía que Gawain no estaba en condiciones de mantener aquella conversación plenamente lúcido y rebatirla. Frunció el ceño ante esa idea, pero no se enojó ni un poco. Todo lo contrario.

Una pequeña sonrisa tironeó de las comisuras de sus labios ante la astucia de su futura esposa.

—Es tarde, Rhiannon.

—Pronto será temprano para ti —contestó ella con una jovialidad envidiable—. No sé si llegaré a acostumbrarme a esto —hizo un gesto con una mano hacia el espacio que compartían—. Compartir cama con alguien que tiene unos hábitos de sueño tan... de alondra. Mi madre se ha referido a ti de esa manera en muchas ocasiones —sonrió al ver la mirada que Gawain le lanzaba.

—No tenemos por qué compartir cama si no quieres.

—Sería un poco sospechoso para quienes no nos conocen si yo me paso las noches en la ciudad y tú te quedas aquí.

Gawain resopló con suavidad.

—Como si a ti te importase.

—No quiero meterte en un lío —dijo ella con una firmeza que hizo que Gawain abriera los ojos de nuevo—. Yo... en mi caso es diferente. Soy la hija de Hijo Predilecto y de Lea Fforddludw —se encogió de hombros con una mueca resuelta en los labios como si aquellas palabras lo explicasen todo.

Y lo cierto es que así era.

Ser la hija del gobernante de la Casa suponía ciertas limitaciones a sus libertades, como por ejemplo tener que casarse con alguien con quien no deseaba hacerlo, pero también le reportaba ciertos beneficios. Algunos de ellos, vinculados a tener por madre a la hija del general dannan. No solo por su posición y su apellido, sino por el carácter que había heredado de ella.

La expresión de Rhiannon se ensombreció levemente antes de continuar hablando.

—Sospecharán más cuando no tengamos hijos.

La arruga que había aparecido entre las cejas de Gawain se hizo un poco más profunda. Se revolvió en la cama, metiendo el brazo por debajo de la almohada para elevar la cabeza y poder mirar mejor a su prima, pero ella había vuelto a girar el rostro hacia la araña de cristal.

—Tenemos tiempo de sobra para pensar que haremos con eso —dijo Gawain—. ¿Cuánto tardaron tus padres en tener a Keiran desde que se casaron? ¿Cuarenta años?

—Y, ¿una vez pasen esos años? —replicó ella, casi susurrando, como si no se encontrase del todo presente en ese momento, sino mirando más allá— ¿Qué haremos?

Incluso en la oscuridad, Gawain pudo distinguir el fino velo que cubría los ojos de su prima. La confirmación de que efectivamente se encontraba lejos de la habitación que compartían en ese momento, pensando, cavilando en el futuro. Otro detalle en lo que se parecía a su hermano; ninguno de los dos sabía no mirar más allá del instante presente, no pensar en lo que depararía el mañana y cómo sus decisiones lo afectarían.

Tampoco podían hacerlo, pensó Gawain. No siendo los hijos del Hijo Predilecto; uno, el futuro gobernante de la Casa y la otra, una

representación de la familia que la gobernaba, de los dioses mismos.

Gawain no era de los que retrasaba tomar las decisiones hasta que eran inevitables, pero tampoco quería seguir dándole más vueltas a aquel asunto. Lo único que sabía con certeza era que no iba a dejar embarazada a Rhiannon si esta no quería que ocurriera o si no deseaba que ningún hombre le pusiera la mano encima, algo que no le habría extrañado después de...

Apretó los labios, apartando esos pensamientos que comenzaban a zumbar en su cabeza como un panal de abejas irritadas.

—Ya se nos ocurrirá algo. No creo que a tus padres les importe demasiado si tenemos hijos o no, sobre todo si tu madre ya sabe que prefieres estar con mujeres —tragó saliva antes de continuar—. En cuanto a mi padre, creo que para él no supondrá un gran problema que el linaje de los Maira se mezcle más con el de los dannan —dijo con una sonrisa desganada en sus labios, pero Rhiannon seguía mirando el techo—. Además, no pienso estar así toda la eternidad, separado de Iona y de Yvaine. Se nos ocurrirá algo, Rhiannon —dijo tras una pausa en la que su prima seguía sin proferir el más mínimo ruido, ni siquiera con su respiración—. Ahora, intenta dormir.

—Todavía es de noche... —rezongó ella en voz baja.

—Pronto va a amanecer —replicó Gawain con los ojos cerrados.

Rhiannon calló y se quedó completamente inmóvil. Gawain se extrañó ante su repentina inactividad. Puede que sus palabras le hubieran sentado mal de algún modo. Dudó sobre si abrir los ojos y comprobar que todo fuera bien, pero descartó la idea.

Si Rhiannon tuviera algo que decir o expresar, lo haría. Con él, sí. O por lo menos, eso quería pensar.

La neblina del sueño estaba comenzando a tragárselo por fin cuando una voz se abrió paso entre sus hilillos algodonosos.

—Gawain.

El interpelado resopló.

— ¿Qué quieres, querida?

Sintió movimiento a su lado, la cama hundiéndose suavemente y las sábanas tirando con suavidad por encima de su cuerpo. Cuando abrió los ojos, Rhiannon se había girado en su dirección, con una mano debajo de

la almohada para elevar su rostro.

Gawain se percató de que estaban más cerca de lo que parecía ahora que se encontraban cara a cara. Podía ver las hebras de color negro que conformaban su melena acariciando la piel pálida que el jersey no cubría. Sus grandes ojos negros destacaban contra su piel de alabastro casi tanto como cuando se encontraba bajo la luz del sol; siempre le había fascinado el color de su mirada, igual que el de Kendrick y el de sus hermanos pequeños. Todo el mundo se maravillaba con la tonalidad cobalto de Lea y de Keiran, pero la del Hijo Predilecto y sus otros descendientes era fascinante.

Noche infinita, sin luna ni estrellas. Y en ese momento, estaba centrada en él, mirándolo con una intensidad abrumadora, casi absorbente.

—Gracias —murmuró ella, sacándolo de su abstracción.

—Deja de darme las gracias, Rhiannon —replicó Gawain, sin emplear un tono de reproche. Solo el cansancio y cierta incomodidad teñían sus palabras.

Rhiannon abrió la boca para contradecirlo, pero él no le dejó hacerlo.

—De la manera que sea. Es suficiente.

Los labios de su prometida se apretaron con fuerza y una pequeña arruga apareció entre sus cejas negras. Las palabras de Gawain habían sonado más contundentes de lo que él pretendía, pero por lo menos tuvieron el efecto deseado. Por el momento.

Ninguno de los dos cerró los ojos, pero tampoco se miraron durante largo rato. Gawain se fijó en las sombras que el cuerpo de Rhiannon proyectaba sobre la cama, casi llegando a tocarlo. Una parte de él esperaba verlas retorcerse y culebrear alrededor de su señora, pero permanecieron quietas en su sitio.

A Gawain le gustaba dormir con las cortinas descorridas para que la luz del sol entrase en la habitación cuando empezaba a amanecer; eso era lo que le había dicho a Rhiannon la primera vez que ella había protestado por esa costumbre. No era del todo mentira, sí que le gustaba ver los rayos del astro diurno avanzar perezosos por la tarima de madera oscura, desde la ventana hasta la cama, donde él de vez en cuando también remoloneaba con esa visión.

Lo que no le había contado a su prometida era que dormir en completa oscuridad le resultaba claustrofóbico. Nunca había sido capaz de pasar la noche de esa manera, sin ningún tipo de luz iluminando lo que le rodeaba, a pesar de que con su visión de feérico podía ver con facilidad en la

penumbra. Siempre había tenido la sensación de que en ese palacio, en medio de las sombras y la oscuridad sólida como un muro de piedra de obsidiana, había alguien mirándolo. Alguien de ojos oscuros, aunque no negros, y sonrisa enmarcada por hoyuelos.

El poder de su padre apenas llegaba a ser una fracción mínima del que poseía su tío Kendrick, pero Brycen también sabía hacer un par de trucos con las sombras. Nunca le había prestado demasiada atención, por lo menos no a la luz del día, pero Gawain estaba seguro de que su padre siempre tenía un ojo puesto en él. Y las sombras lo favorecían.

Rhiannon había renunciado a la penumbra nocturna en su habitación cuando decidió quedarse en aquellos aposentos con Gawain, y no había vuelto a protestar ni a quejarse por la claridad que entraba por la ventana cuando comenzaba a amanecer. Como en ese momento.

Las estrellas seguían brillando con fuerza, pero la noche ya no era negra, sino de un color azul muy, muy oscuro.

—El que tendría que dártelas soy yo —susurró Gawain.

Una sonrisa curvó la boca de Rhiannon.

— ¿Vamos a entrar en una espiral infinita de quién le da las gracias a quién?

Gawain le devolvió el gesto.

Puede que él y Rhiannon sí tuvieran algo en común. La perseverancia cuando algo se les metía entre ceja y ceja, como aquella arruga que aparecía cada vez que fruncían el ceño. Los dos eran Maira, al fin y al cabo.

Las palabras de su prometida volvieron a acosarlo mientras la miraba con los ojos entrecerrados por el sopor del sueño, que cada vez era más tenue, según la noche avanzaba hacia un nuevo amanecer.

Un regalo... ¿Qué narices iba a regalarle además del anillo que ya llevaba? Él quería darle algo material, no palabras con las que describir su vida ni mostrarle a su familia al otro lado de la ciudad. Eso había sido un acto de confianza, no un regalo, por lo menos, no en el sentido en el que Gawain lo entendía.

Llevarla junto a Caillic tampoco lo había sido, mucho menos siendo Rhiannon la que pagase después. La sanadora que había ayudado a traer al mundo a su hija siete meses atrás no tenía unos servicios precisamente baratos, pero no solo se pagaba por su atención, sino también por su discreción. Lo que podía ganar vendiendo los chismorreos que surgirían en

su consulta era una tentación jugosa, y muchos otros inmortales con los que compartía profesión no habrían dudado en divulgar por cada extremo del mundo de abajo que la hija de un gobernante fae había ido buscando su ayuda para interrumpir un embarazo.

Gawain nunca había sido demasiado diestro con los regalos, todo sea dicho. La única a la que le había dado obsequios sin contar con ayuda previa o sin formar parte de regalo conjunto había sido Iona, y solo porque era la criatura más sencilla y abierta que Gawain había conocido jamás; para él, la madre de su hija era como un libro abierto, esperando a ser leído por aquel que comprendiera el lenguaje en el que estaba escrito. Y en cuanto a Rhiannon... había comenzado a descifrarla, pero a veces seguía teniendo la sensación de que se comunicaban en un idioma diferente; como si ella hablase esa nueva variante que había surgido en el mundo humano, más seca y directa que la que usaban actualmente los feéricos y que también les habían contagiado los mortales después de décadas de estrecho contacto, más fina y musical. Todos los habitantes de Elter conocían la lengua antigua y sabían hablarla, pero estaba comenzando a quedarse relegada a los libros y a los escritos oficiales.

Lo primero que se le venía a la mente al pensar en un regalo para su prima era un arma, pero estaba más que seguro de que Rhiannon tendría un arsenal bien surtido repartido entre el apartamento de la ciudad, el palacio y Llanrhidian. Luego estaban las yeguas, pero la joven ya tenía varias en la capital, imponentes y sanas, y no tenía demasiada idea de qué era lo que necesitaban para estar bien cuidadas, ni tampoco si Rhiannon necesitaría alguna silla de montar, algunas bridas con un diseño bonito que fuera acorde con ella...

Gawain se encontraba sumido en sus pensamientos, casi completamente despierto, cuando Rhiannon lo cogió por sorpresa moviéndose repentinamente. En su dirección, acercándose más a él. Apenas los separaban dos palmos, él podía sentir su aliento cálido acariciándole el rostro, pero su atención se centró en las manos de Rhiannon. Extendió una de ellas en su dirección y cerró los dedos con suavidad en torno a los de Gawain.

Él se quedó muy quieto un instante, cogido por sorpresa, pero al final abrió la mano y dejó que Rhiannon entrelazase sus dedos con los de él. Eran sorprendentemente frescos, y también rasposos por las armas que había aprendido a usar a lo largo de los años entrenándose con los danna. Los de Gawain también tenían callosidades producidos por la misma actividad, pero en una cantidad considerablemente inferior. Sus manos se parecían más a las de los nobles que pululaban por el palacio de la Sombra y la Niebla, pues las páginas de los libros no dejaban marcas visibles en la piel feérica, aunque se cortase con ellas.

Los dos se quedaron largo rato mirando sus manos unidas sobre la cama. La de Rhiannon, de dedos largos y elegantes, con las uñas pintadas de negro, se encontraba por encima de la Gawain, de un llamativo tono dorado incluso en la penumbra reinante a su alrededor. Ese detalle hacía que la piel de su prima se viera todavía más clara, de una tonalidad casi plateada a la luz de las estrellas y la luna.

Gawain apenas fue consciente de que el manto negro que cubría el cielo nocturno comenzaba a desteñirse hasta que su prima se movió a su lado. Rhiannon se giró lo justo para mirar por encima de su hombro.

—El cielo tiene un color muy bonito antes de que empiece a amanecer, ¿no crees? —dijo con voz soñolienta.

—Nunca me había fijado demasiado en él —reconoció Gawain siguiendo la dirección de su mirada—. Cuando me despierto por la mañana, esos colores ya se han ido.

Aun había pinceladas de color negro entremezcladas en el azul oscuro que bordeaba las estrellas. Cuando abría los ojos al comienzo de un nuevo día, Gawain se topaba ya con tonalidades rojizas entremezcladas con el lavanda de los últimos retazos de la noche.

Un bostezo escapó de la boca de Rhiannon antes de hablar por última vez.

—Yo tampoco. Cuando ese color cobalto aparece, yo estoy demasiado cansada como para poder apreciarlo de verdad.

Mientras un nuevo día se extendía sobre la Casa de la Sombra y la Niebla y sobre todo el mundo inmortal, Rhiannon se iba quedando dormida poco a poco. La pesada bruma del sueño se extendió sobre ella, avanzando al mismo ritmo que los rayos del sol, acercándose cada vez más a la cama, hasta llegar a las sábanas y las mantas que tocaban el suelo. Cuando el resplandor diurno llegó a ella, a sus manos todavía entrelazadas con las de Gawain, la dama de la noche estaba profundamente dormida.

Gawain no deshizo su agarre aun cuando el sol comenzó a cegarlo. Se quedó mirando a su prima, pegada a él, respirando con suavidad y con una expresión relajada. Podía notar el poder que escondía en su interior vibrar bajo su piel. Sus sombras no estaban a la vista, pero se dejaban sentir, como una tonada pausada y al mismo tiempo poderosa, corriendo por sus venas. Una canción antigua, la más ancestral de aquel mundo poblado por los seres que habitaban las historias de los mortales. Una canción de guerra y furia, de sangre y ceniza. De dioses volátiles e hijos caprichosos.

Gawain solo la soltó cuando Rhiannon comenzó a removerse a su lado, deshaciéndose poco a poco del mato de sueño a pesar de que el sol estaba ya alto. Para entonces ya tenía una idea con respecto al regalo que podía hacerle a su prometida. La pulsación de su poder contra la palma de su mano se la había dado, pero no estaba seguro de cómo podía hacerlo realidad.

Tendría que investigar mucho. Rebuscar en manuscritos antiguos, tal vez incluso en la biblioteca de los dannan, para conseguir que alguien como él pudiera llevar a cabo aquella idea descabellada, un tanto suicida. Si salía mal podía acabar con muchos años de fría paz. Si las cosas se torcían, todo por lo que Rhiannon había callado podría irse al traste.

Pero merecía la pena intentarlo, pensó Gawain mientras la miraba dormida a su lado, con el pelo formando una maraña de hebras enrevesadas, dándole un aspecto aniñado, más similar a la fierecilla salvaje que había sido su prima cuando él todavía era un muchacho que ni siquiera había alcanzado la inmortalidad. Intentaría tener todos los cabos bien atados antes de hacer nada, por supuesto. No se lanzaría a una campaña así a ciegas, sabiendo a lo que se arriesgaba si salía mal.

Acarició la mano de su prometida una última vez antes de separarse de ella. Las sombras sisearon bajo su contacto, pero no de una manera amenazante, sino todo lo contrario. A Gawain le recordó a los relinchos suaves de las yeguas de Rhiannon cuando lo reconocían. Familiares y confiados.

No necesitó más alicientes. Estaba decidido. Correría el riesgo, con precauciones, pero lo haría. Merecía la pena.

Rhiannon se lo merecía.

Capítulo 16

Rhiannon pisó con firmeza para evitar resbalar sobre el suelo embarrado y cubierto de nieve sucia. No era de noche todavía, pero de una manera muy similar a como ocurría en la Sombra y la Niebla, en Tierra de Nadie el dosel de árboles era tan espeso que apenas dejaba traspasar la luz de sol, y la penumbra se instalaba de manera casi permanente debajo. Gawain, que avanza varios pasos por delante de ella, no le había dicho todavía por qué se encontraban allí, aparte de que tenía una sorpresa para ella. Rhiannon había decidido vestirse con ropa cómoda para caminar y pelear si fuera necesario. Llevaba su arco y su carcaj colgados del hombro, además de una daga sujeta en el muslo.

Se habían desplazado hasta el límite de su Casa a caballo, pero habían decidido dejarlos atrás, sueltos. Los animales sabían que en cuanto comenzase a oscurecer debían regresar a los establos de la capital, estuviera Rhiannon o no con ellos.

— ¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó de nuevo.

—Ya te dije que era una sorpresa —respondió Gawain por delante de ella.

Rhiannon hizo una mueca con la boca, aunque él no pudo verla. Estaba bastante segura de que el fae que llevaba delante tenía algún tipo de fetiche con las sorpresas que requería largas caminatas para llegar hasta ellas. Algunas de las cuales, innecesarias y, además, un tanto arriesgadas.

—Normalmente suelen gustarme las sorpresas, pero las que tienen lugar en un sitio como este me ponen un poco nerviosa, Gawain.

Su primo, y dentro de apenas una semana, marido, se detuvo y aguardó a que se pusiera a su altura.

— ¿Tienes miedo a los feéricos salvajes? —le preguntó con una sonrisa tironeando de sus labios.

—No más que a cualquier otro —respondió reajustándose el cinturón del carcaj—. Al fin y al cabo, todos somos un poco salvajes, aunque algunos quieran negarlo y creerse mejores.

Gawain la miró un momento, como sopesando sus palabras, pero no dijo nada y continuó caminando. Rhiannon reanudó el paso tras él. Sus pasos no emitían el más mínimo ruido a pesar de que se movía por encima de charcos embarrados que dejaban manchas marrones en sus botas duras y de que la hojarasca no estaba lo suficientemente húmeda como para no emitir un crujido cuando se la pisaba, pero a Rhiannon la habían educado

desde que era muy pequeña para desplazarse con ese sigilo. A Gawain también le habían enseñado esas habilidades, pero no era tan eficiente como su prometida a la hora de ponerlas en práctica. El sonido de sus zancadas largas y elegantes resonaba en la quietud viva del bosque, de una manera que hacía que Rhiannon apretase los dientes con contrariedad, pero trataba de no hacerle demasiado caso. Iba atenta a las sombras, tanto para detectar posibles peligros como para que le comunicasen la presencia de miradas indiscretas. Y las había, por supuesto. No todos los días se dejaban caer por allí dos fae, y menos de la realeza. Pero nadie se acercó lo suficientemente a ellos como para que suponer un peligro; se contentaron con mirarlos desde la espesura de las sombras y las ramas de los árboles cuyas hojas no habían perecido con el invierno.

Después de lo que a Rhiannon le pareció una larga caminata aun estando en forma, Gawain se detuvo delante de un tocón viejo y medio podrido. Apartó las hojas secas y la suciedad entorno a la madera con la bota, bajo la atenta mirada de Rhiannon, que creó un discreto escudo de sombras a su alrededor, al mismo tiempo que echaba un vistazo a las copas de los árboles de vez en cuando. La daga estaba lista en su mano.

Cuando escuchó que su primo dejaba de separar hojarasca, Rhiannon contempló con el ceño fruncido el hueco que había quedado a la vista al lado del tocón cuando dejó de oír hojas removiéndose. Era pequeño, no mucho mayor que el agujero de la madriguera de un zorro. Dio un paso hacia delante para poder ver mejor su interior y las aletas de su nariz se abrieron y cerraron con discreción. Miró a su primo con una ceja enarcada después de oler esa especie de guarida animal. Gawain hizo un gesto elegante con la mano señalando el agujero.

—Las damas primero.

Rhiannon lo miró un momento con el ceño fruncido, inquisitiva, pero su primo solo tenía una sonrisa traviesa en los labios y una ceja levemente enarcada. Un gesto muy Maira, pero que ella todavía no sabía leer en él.

Una vez más, deseó tener el poder que su hermano compartía con su padre y ser capaz de meterse en su mente o, por lo menos, ser lo suficientemente observadora e intuitiva para saber leer lo que había en el atractivo rostro que tenía delante. Pero su especialidad era la Sombra, no la Niebla.

Soltando un suspiro teatral, se agachó y se metió dentro del agujero. Por un momento pensó que se quedaría atrapada a la altura de las caderas, pero finalmente consiguió entrar. Sus botas tocaron un suelo de tierra, que chapoteó y desprendió un fuerte olor a humedad y hojarasca. Sus ojos se adaptaron rápidamente a la oscuridad que reinaba en el túnel, más alto de lo que parecía desde arriba, pero que aun así la obligaba a

estar encorvada. Gawain se deslizó a su lado con elegancia un instante después.

— ¿Se puede saber que es este lugar? —preguntó Rhiannon mientras le hacía espacio para que pasase delante de ella y volviera a guiarla.

—Una antigua galería de boggles.

Rhiannon no pudo contener una mueca de disgusto. Los boggles eran unas criaturas desagradables y molestas que vivían en pandillas que podían llegar a estar compuestas por decenas de ellos. Atacaban a todo lo que se encontrasen por el camino, ya fuera de su tamaño (apenas llegaban a las rodillas de Rhiannon) o diez veces mayores. Si era comestible, los boggles no dudaban, intentarían cazarlo. Los fae eran comestibles, pero no deberían de sentirse intimidados ante la idea de encontrarse con aquellas criaturas. Siempre y cuando el grupo no fuera demasiado grande, claro.

— ¿Seguro que es antigua?

—Si no lo fuera, lo notarías —respondió Gawain tocándose la nariz con un dedo.

Tenía razón, si hubiera habido boggles allí abajo, Rhiannon tendría que haber percibido su olor antes incluso de meterse dentro del agujero, una mezcla de carne en descomposición y sangre seca.

—Vamos, no hay que caminar mucho.

— ¿Cómo descubriste este sitio? —preguntó Rhinnon luego de un rato caminando en silencio. Sus pasos no emitían el más mínimo ruido contra el suelo embarrado.

—No lo descubrí yo.

Rhiannon abrió la boca para preguntar, pero entonces la galería se ensanchó. Gawain se apartó a un lado para permitirle ver que era lo que se encontraba ahora delante de ellos.

Habían llegado a una oquedad de tamaño considerable, lo suficiente como para que ya no tuvieran que estar encorvados, aunque las raíces que colgaban como dedos huesudos del techo rozaban el pelo de Gawain. Sin embargo, no era especialmente profunda, por lo que Rhiannon y Gawain tenían que posicionarse bastante próximos la una al otro para poder estar allí dentro. Ellos dos, y otro fae más.

Rhiannon tardó un momento en procesar que allí, en tumbado de lado sobre el suelo húmedo, se encontraba Darren, el heredero de la Casa del

Viento y la Tormenta.

Todos los feéricos tenían buena vista en la oscuridad, pero Rhiannon jugaba con más ventaja que el resto. Vio como el fae tendido en el suelo, atado de pies y manos y con una mordaza de tela en la boca dirigía sus ojos muy abiertos en su dirección, pero tardaron en registrar quien era. Cuando lo hizo, sus párpados se cerraron un momento y apoyó la frente en sobre el suelo. Murmuró algo que debido a la mordaza no llegó a ser entendible.

Por el estado de sus ropas, Rhiannon supuso que Darren llevaría allí abajo algún tiempo. Más de un día. El corte que tenía en una sien ya había cicatrizado, pero la sangre seca manchaba todavía su piel hasta la mandíbula y parte del cuello. Rhiannon podía olerla, así como algo más, con un regusto ahumado. Carne quemada.

Sus ojos fueron a sus ataduras, y vio que estaban hechas de hierro y también de una madera que hacía que sus fosas nasales hormigueasen de una forma desagradable. Serbal de cazadores. ¿Cómo...?

La voz de Gawain llegó con suavidad a su espalda.

—Es mi regalo de bodas.

Rhiannon se giró lentamente hacia su futuro marido. Sus ojos buscaron los de Gawain y en esta ocasión, entendió lo que había en ellos. En el azul de sus ojos, había un ofrecimiento. Una invitación para que ella se cobrase su venganza.

Ese era regalo.

—No podemos hacer esto —murmuró Rhiannon despacio.

Las manos temblaban en sus costados y de pronto la daga pesaba mucho. Sus dedos se cerraron con fuerza en torno a la empuñadura para no dejarla caer, y el diseño de llamas y lunas, junto con el de serpientes y flores de cardo, idéntico al que llevaba tatuado en su espalda, se clavó en la palma de su mano.

—Claro que puedes —contestó Gawain con voz peligrosamente pausada—. Estamos en Tierra de Nadie, aquí todo está permitido.

Rhiannon se pasó la lengua por los labios. Resistió el impulso de mirar al fae indefenso que tenía a sus pies con un gran esfuerzo.

—Si alguien se entera...

—No habrá ninguna guerra, Rhiannon, porque nadie va a enterarse —dijo Gawain con suavidad y firmeza al mismo tiempo. Una voz dulce y melosa que nunca antes le había escuchado.

Rhiannon habría jurado que el azul cielo de sus ojos era más claro, más frío. El azul del firmamento cuando el sol ya está en lo alto, pero todavía no caliente.

—Quieres hacer esto. Ya has hecho muchas cosas por deber —dio un paso hacia ella—, ahora, hazlo por placer. Al final —añadió con una sonrisa—, todos somos feéricos salvajes, prima.

Su corazón latía con tanta fuerza tras sus costillas que estaba segura de que resonaba dentro de esa caverna bajo tierra. Llenaba sus oídos, igual que el correteo de la sangre por su cuerpo y los murmullos forzosos de Darren, que trataba de decir algo tras la mordaza. Rhiannon solo consiguió preguntar:

— ¿Cómo has conseguido traerlo hasta aquí? Y, ¿las ataduras...?

Gawain se encogió de hombros.

—En los libros pueden aprenderse muchas cosas útiles.

Rhiannon resopló en un intento de carcajada.

—Y yo que creía que solo te gustaban los romances trágicos e imposibles —replicó.

La sonrisa que Gawain le devolvió fue salvaje, sus dientes asomando levemente tras sus labios. Otra parte de él que nunca antes había visto, o en la que nunca había reparado. Puede que fuera la influencia del lugar en el que se encontraban, cuya magia corría libre, sin ataduras con ningún señor fae, tal vez con ningún dios incluso.

O puede que esa parte salvaje siempre hubiera estado ahí, oculta por el resplandor de la luz diurna. Tal vez las sombras de Rhiannon le habían dado el amparo suficiente para dejar en libertad esa parte de sí mismo.

—Sorpresa.

Rhiannon tardó en reaccionar. No podía hacer aquello, no debía. Pero quería. Llevaba mucho tiempo queriendo hacerlo, no solo desde la noche en la que Darren la había violado, sino desde mucho antes. Y no solo a él, sino a muchos otros. Muchas criaturas que le habían clavado finos y fríos puñales cuando pasaba por su lado.

No debía hacerlo, pero siempre había querido.

Allí, en las profundidades de la tierra, al amparo de la oscuridad, nadie tenía porqué enterarse. Solo las sombras que los rodeaban, las raíces y las lombrices que pululasen a su alrededor. Nadie la delataría.

Una vibración tenue y pausada, como la nota sostenida de una canción, comenzó a correr por su sangre, por sus músculos. Hizo que su corazón comenzase a latir con más fuerza, aunque no más rápido, resonando como un tambor de guerra contra sus costillas. Una canción que todos los feéricos sabían bailar, pero que los elegidos por los dioses ejecutaban con más destreza que el resto.

Rhiannon le devolvió el gesto a Gawain con un pequeño y adorable hoyuelo al lado de su boca, adornando su sonrisa llena de dientes. Una sonrisa predatora. Una mueca que pocas veces dejaba a la vista de los demás porque significaba que había desatado una parte de ella que en ocasiones la intimidaba. Sin embargo, de todas las fracciones que componían a la dama de las sombras, aquella era de las que la hacían sentirse más viva.

Se giró despacio hacia el fae que yacía en el suelo, alternando la mirada entre los primos con los ojos desorbitados. Rhiannon se inclinó hacia él con la misma parsimonia, acercó la daga a su rostro y cortó la tela que lo amordazaba.

Darren comenzó a suplicar, y Rhiannon dejó que lo hiciera. Lo miró con la cabeza ligeramente ladeada, como un predador interesado por los intentos de escapatoria de su presa, aguardando el momento hasta que su talante se quebraba al darse cuenta de que no había escapatoria posible.

Sus ojos grises cada vez estaban más acuosos, más empañados de humedad. No se parecía al heredero que la había...

Por favor, por favor, por favor, no... No lo hagas.

Ella no había suplicado. Había llorado, pero no delante de él. Rhiannon había llorado en muy pocas ocasiones con alguien delante, no se lo permitía a sí misma. Era una muestra de debilidad y la joven feérica era muchas cosas, pero frágil no era una de ellas. No de cara a los demás.

Habían intentado quebrarla muchas veces, golpeándola de mil maneras posibles, física y emocionalmente. Darren era uno de los muchos que habían intentado romperla en un millón de pedazos de ambas maneras y por un momento, ella había flaqueado. Pero no estaba rota. Porque las sombras no se rompen; se repliegan y se esconden para reposar cuando algo las amenaza, cuando la luz trata de deshacerlas, pero siempre están

ahí. Aguardando el momento apropiado, como seres inteligentes.

Rhiannon esbozó una sonrisa muy pequeña ahora, ladeada, tirando de una de las comisuras de sus labios hacia arriba, mientras las sombras cobraban vida. Se volvieron más consistentes, alargadas, negras como la noche más oscura, sin luna ni estrellas. Se desperezaron, abriendo sus bocas y siseando mientras aguardaban a que la dama que las había llamado les diera instrucciones precisas, vibrando ansiosas.

Y eso fue lo que Rhiannon hizo.

Darren puso los ojos en blanco cuando vio lo que se dirigía hacia él. Se revolvió, alejándose de ellas como podía, chillando y maldiciendo. Ahora, ya no suplicaba. Las pequeñas serpientes de sombra, no mayores que los dedos de la fae, serpentearon desde sus posiciones, pasando junto a Rhiannon, lamiendo sus botas. Se movían despacio, sin prisa, siguiendo la dirección que su señora les indicaba, a petición de sus deseos. De sus necesidades más oscuras, y también liberadoras.

Subieron por el cuerpo de Darren a pesar de los bruscos movimientos de este. Se detuvieron un instante, levantando sus cabezas hacia su señora, antes de que esta les transmitiera la orden final. Rhiannon se deleitó un momento más escuchando a Darren antes de dictar sentencia.

Las pequeñas víboras sisearon con placer y luego, se metieron en el interior de Darren. Por sus oídos, su nariz y su boca. Una detrás de otra.

Rhiannon sabía cómo se sentían dentro del heredero. Pequeños mordiscos helados por todo su cuerpo, similares al pinchazo en el interior del cráneo que se experimentaba cuando su padre entraba dentro de la cabeza de alguien para espiar en ella. Era molesto, pero ni mucho menos mortal. No mientras no fueran decenas de mordiscos repartidos por todo el cuerpo. No mientras las pequeñas víboras de sombra no circularan por la sangre de sus venas, mordiendo allí por donde pasaban. Pequeños bocados fríos y desquiciantes.

Muy pocos entendían cómo funcionaba de verdad el poder de la Sombra y la Niebla. No se basaba en un efecto físico y material como los poderes de las demás Casas, sino en algo más peligroso. La Sombra y la Niebla tenía la base de su poder en lo mental; en las ilusiones, en las sensaciones y en las emociones. Jugar con todo eso era mucho más peligroso e interesante que con cualquier capacidad física. Rhiannon lo sabía, porque lo había visto. Y ahora, también lo estaba experimentando.

A través de las pequeñas serpientes de oscuridad, Rhiannon podía sentir los finos dientes hundiéndose en el interior de Darren, como esquirlas de hielo. Podía sentir sus estremecimientos, además de oír sus gritos. Podía experimentar lo que él había sentido cuando la mordió mientras la

violaba. Su dolor, su vergüenza y su vulnerabilidad. Su sumisión. Su desamparo y sus ganas de que todo aquello terminase, de la manera que fuera.

Igual que había hecho Darren con ella, Rhiannon se tomó su tiempo. Se recreó en lo que veía, en lo que escuchaba y en lo que sentía. Dejó aquella criatura que vivía dormida dentro de ella vibrase y ronronease en su interior, como un animal desperezándose. Eufórico por poder salir a jugar y divertirse. Por poder comportarse como una criatura más de aquel mundo inmortal, pues era la expresión más pura y elemental de quien lo había creado.

El cuerpo que había en el suelo dejó de moverse tras un lapso de tiempo que a Rhiannon se le hizo eterno y al mismo tiempo demasiado corto. Las serpientes salieron de su interior por los mismos lugares por los que habían entrado, satisfechas por lo que les llegaba ahora desde su señora. Se apelotonaron en el suelo y miraron a la dama con lo que parecía en una sonrisa estirando sus bocas dentadas. Rhiannon les devolvió el gesto y dejó que ocupasen su lugar de nuevo.

Se quedó un rato contemplando el cuerpo desmadejado a sus pies. Pequeños regueros de sangre oscura fluían desde la nariz, los oídos y las comisuras de la boca. Y también de los ojos, entremezclándose con las lágrimas. Unos ojos de color gris tormenta, pero sin ninguna tempestad rugiendo silenciosa detrás de ellos. El corazón de Rhiannon martilleaba dentro de su pecho con fuerza, como la percusión de una balada antigua y liberadora. El ritmo que sigue después de una carrera frenética y salvaje, una galopada por pura diversión.

Cuando la sangre dejó de hormiguar en sus dedos y estuvo segura de que no se marearía cuando se girase, dirigió su atención hacia Gawain. La dama de la noche y el hijo del amanecer intercambiaron una mirada en la penumbra. Los ojos azules de él se habían oscurecido, cargados de sombras aterciopeladas, finas como el manto de nuevos de un amanecer. Los de ella brillaban de esa manera tan peculiar de la oscuridad; como una gema oscura y antigua, afilada y resuelta.

—Ese es el regalo que te merecías, Rhiannon —dijo él cortando el silencio.

Su voz resonó dentro de la oquedad hecha de tierra y también en el interior de Rhiannon, que se estremeció con su tono grave y pausado. El poder que había habitado el cuerpo vivo de Darren se encontraba ahora a su alrededor, latiendo con suavidad, cada vez más despacio, más débil. Mientras esa pulsación siguiera golpeando su piel y el olor de la sangre y la muerte flotase en el ambiente, la criatura que había despertado dentro de Rhiannon se negaría a volver al recoveco oscuro y silencioso del que había salido. Seguiría abrumándola y haciéndola sentir que no era del todo dueña de sí misma. Seguiría recordándole que había una parte

dentro de ella que aun no había abrazado y aceptado, una Rhiannon que no era desconocida, pero con la que todavía no sabía lidiar. Una dama de las sombras que no solo buscaba la oscuridad y el brillo plateado de las estrellas y la luna, una criatura que no se contentaba solo con montar a caballo al amparo del cielo nocturno y con la sangre que la salpicaba en los entrenamientos en la tierra de los dannan. Una mujer que siempre quería más.

Más noche, sin luna ni estrellas. Más violencia, sin ningún tipo de impedimento para llevarla a cabo. Más sangre, sin salpicaduras sueltas; lo que quería era un baño de color carmesí, caliente y todavía palpitante.

Rhiannon tragó saliva y separó los labios para hablar, pero de su boca no salió nada. No sabía por dónde empezar. Quería, debía, decirle que tenían que salir de allí, que lo necesitaba para poder ser ella misma, aunque una parte de ella no lo deseara. Y también quería agradecerle lo que había hecho. Los riesgos que habría corrido para poder hacer aquello posible, aquel regalo que Rhiannon jamás se habría esperado. Deseaba bromear con él, diciéndole que ahora le había dejado el listón todavía más alto para hacerle un regalo de bodas.

Pero las palabras no salían y tenía la sensación de que si las forzaba, lo único que conseguiría sería arrancar un gruñido animal de su garganta. Un recordatorio de que todavía no había vuelto a ser la mujer que todo el mundo en Elter conocía. La hija del Hijo Predilecto que nunca gobernaría su Casa ni que sería digna de llevar el poder de los dioses dentro de ella.

Porque Rhiannon solo era una media sangre.

Gawain enarcó una ceja y la miró con la cabeza levemente ladeada. Ella no se escondió; dejó que la penumbra que los rodeaba formase un halo vibrante a su alrededor y que el aroma de su poder llenase la oscuridad. El examen de Gawain no duró demasiado. Cuando terminó, extendió una mano y rozó sus dedos con los de Rhiannon, sin llegar a tomárselos. Las sombras que asomaban de ellos, como zarcillos negros y punzantes, lamieron la piel de Gawain, probándolo. Estaban frías y afiladas, pero no le hicieron daño. Rhiannon no quería que se lo hicieran.

Dio un último paso hacia él, entrelazando sus dedos con los de Gawain en un agarre fuerte y firme. Las sombras subieron por la muñeca de su prometido, y él no se apartó. Todo lo contrario. Salvó la escasa distancia que los separaba, le rodeó la cintura con el brazo libre y se inclinó. La besó en la frente, donde su piel pálida y ligeramente húmeda después de lo había hecho se encontraba con el comienzo de su pelo.

—Era lo que te merecías, Rhiannon —susurró con los labios pegados a su

piel.

Ella dejó escapar el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta y se pegó más a él, apoyando la frente contra su pecho. Dejó que su poder los arrullase a los dos, que se calmase poco a poco. Rhiannon respiró profundamente, llenándose de todos los olores de la caverna y del de su primo.

Gawain olía a hierba cortada y al rocío que perlaba las hojas de la vegetación por las mañanas. Olía a amanecer, lo cual no la sorprendió lo más mínimo. Lo que sí la cogió desprevenida fue el hecho de que nunca se hubiera fijado hasta ese momento. Y también del efecto que tenía en ella.

Permanecieron así, en silencio, hasta que ella se sintió capaz de volver a salir a la superficie, a la escasa luz del sol del atardecer que se colaba entre las ramas de los árboles, tiñendo los lugares que tocaba con un tono rojizo sangriento. Se quedaron así, pegados el uno a la otra, el cuerpo de Gawain inclinado sobre el de Rhiannon, amoldándose a él. Marcando el límite entre la luz y la oscuridad, curvada a su alrededor. Separadas y al mismo tiempo irremediabilmente unidas.

Una no podía existir sin la otra. Una existía porque la otra también lo hacía.

No había amaneceres sin noche, ni noches sin día.